

# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO / SEPTIEMBRE 2000 NÚM. 596

AV. HEREDIA/0551-5810 1852/00/00E \$ 30.00/ISSN 0185-0110



◆ Ilustran: Cruz,  
Kaminer, Núñez,  
Posadas,  
Quintanilla  
y Rosas

- ◆ Malcolm Lowry: México y otros infiernos (Presentación y versiones de Juan Tovar)
- ◆ Padilla: Tiempo, matemática y cosmología
- ◆ Tapia Zúñiga: Arato y sus Fenómenos
- ◆ Colaboraciones de Alvarado, Rubial García, Ruiz Abreu, Suzán y otros

930.00 104  
133088  
\$27.00  
UNIVERSIDAD DE MEXICO

De marzo-abril de 1993, núm. 506-507,  
a septiembre de 2000, núm. 596

### Números publicados: 67

1993: 9 números  
1994: 9 números  
1995: 9 números  
1996: 11 números  
1997: 9 números  
1998: 10 números  
1999: 7 números  
2000: 6 números

Número total de colaboraciones: 3 737  
Textos: 1 321  
Reproducciones de obras plásticas: 2 416  
(Diseños originales para la revista: 90%)  
Número total de colaboradores: 813

### Clasificación:

Profesores-investigadores en ciencias sociales y humanidades: 337  
Profesores-investigadores en ciencias exactas: 81  
Escritores literatos y/o poetas mexicanos: 127  
Escritores literatos y/o poetas extranjeros: 61  
Artistas plásticos: 150  
Críticos de artes plásticas: 17  
Críticos de artes escénicas, música y literatura: 31  
Traductores: 9

Desde el 8 de agosto de 1996 hasta el 15 de agosto de 2000 nuestra edición electrónica  
ha sido visitada por 19 348 lectores



Coordinación de Humanidades

**UNIVERSIDAD**  
DE MÉXICO  
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Director: Alberto Dallal

*Consejo editorial:* Raúl Benítez Zenteno, Rubén Bonifaz Nuño, Alberto Dallal, Juliana González, Humberto Muñoz, Enriqueta Ochoa, Herminia Pasantes, Manuel Peimbert Sierra, Ricardo Pozas Horcasitas, Josefina Zoraida Vázquez

*Coordinador editorial:* Octavio Ortiz Gómez  
*Corrección:* Amira Candelaria Webster y Carlos Valdés Ortiz  
*Publicidad y relaciones públicas:* Rocío Fuentes Vargas  
*Administración:* Mario Pérez Fernández  
*Diseño y producción editorial:* Revista Universidad de México

*Oficinas de la revista:* Los Ángeles 1932, número 11, Colonia Olímpica, C. P. 04710, Deleg. Coyoacán, México, D. F. Apartado Postal 70288, C. P. 04510, México, D. F. Teléfonos: 56 06 13 91, 56 06 69 36 y Fax 56 66 37 49. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC Núm. 061 1286. Características 2286611212. *Impresión:* Impresora y Editora Infagon, S.A. de C.V., Eje 5 Sur B Núm. 36, Col. Paseos de Churubusco, 09030, México, D.F. *Distribución:* Publicaciones Sayrols, S. A. de C. V., Mier y Pesado 126, Col. del Valle, 03100, México, D. F. y revista *Universidad de México*. Precio del ejemplar: \$30.00. Suscripción por 12 números: \$300.00 (US\$90.00 en el extranjero). Ejemplar de número atrasado: \$35.00. Revista mensual. Tiraje de tres mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. Certificado de Licitud de Título número 2801. Certificado de Licitud de Contenido número 1797. Reserva de uso exclusivo número 112-86.

Correo electrónico (E-mail): [reunimex@servidor.unam.mx](mailto:reunimex@servidor.unam.mx)

Internet: <http://www.unam.mx/univmex>

SEPTIEMBRE 2000  
NÚM. 596

## Índice

- ◆ 2 ◆ **Presentación**
- PEDRO C. TAPIA ZÚNIGA ◆ 3 ◆ **Lo que sí dicen los astros:  
Arato y sus Fenómenos**
- MARÍA DE LOURDES ALVARADO ◆ 11 ◆ **"Abriendo brecha". Las pioneras  
de las carreras liberales en México**
- IRMA LOMBARDO ◆ 18 ◆ **Las tendencias en el artículo  
de costumbres**
- FELICITAS LÓPEZ PORTILLO T. ◆ 22 ◆ **El gobierno de Adolfo Ruiz Cortines  
y la dictadura militar venezolana  
(1952-1958)**
- MARGARITA SUZÁN ◆ 26 ◆ **Un día de tantos, frente al río**
- MALCOLM LOWRY ◆ 28 ◆ **México y otros infiernos**
- NORA MARÍA MATAMOROS FRANCO ◆ 37 ◆ **Experiencia religiosa y misticismo:  
la mística como *ars simbolica***
- PABLO PADILLA ◆ 41 ◆ **El problema del tiempo:  
la matemática y la cosmología**
- ANTONIO RUBIAL GARCÍA ◆ 47 ◆ **Fray Bartolomé de Olmedo:  
la construcción de una figura heroica  
en el espejo de la literatura y el arte**

### LA EXPERIENCIA CRÍTICA

- VÍCTOR BATA FONSECA ◆ 52 ◆ **Una propuesta teórica  
para el estudio del cambio mundial**
- MÓNICA MOLINA ◆ 55 ◆ **Ernesto Sábato:  
símbolo de autoridad moral**
- ALBERTO DALLAL ◆ 57 ◆ **Madurez de la danza contemporánea**
- ÁLVARO RUIZ ABREU ◆ 59 ◆ **La escritura como despojo  
y fragmento**
- ◆ 62 ◆ **Colaboradores**

# Presentación



1. La enorme expansión de los medios de comunicación masiva ha hecho que en todo el mundo, pero de manera evidente en México, se tienda a socializar la vida íntima y privada utilizando todos los objetivos, los conductos y modalidades posibles. Azuzados por la publicidad, los conductores de televisión, los comentaristas y críticos especializados, así como los periodistas en general, respondiendo a estos afanes y curiosidades (que por cierto comparten plenamente con el público), "hacen luz" sobre infinidad de aspectos referentes a la privacidad individual que otrora resultaba inaccesible. Durante el siglo XXI este fenómeno se verá extremada y morbosamente abierto en carne viva.

2. El fenómeno no surgió por generación espontánea. Se refiere al mismo tiempo a los procesos de conocimiento que la ciencia y la tecnología han abierto en torno a la vida humana individual y colectiva; también se relaciona con la transformación de la vida social y su adaptación a los nuevos tiempos políticos, colectivos y universales. Encuentro un antecedente en algunos aspectos de la crítica de arte y en la crítica literaria, así como en los avatares del comentario y de la participación en el campo de la política. De siempre ha existido el deseo de conocer a fondo las vinculaciones que pueden existir, a veces de manera ineludible, entre el ser individual y el ser creativo. Los descubrimientos realizados en este nivel por los críticos literarios y de arte, pero también las revelaciones de los artistas y escritores mismos, han respondido cabalmente a toda una tendencia de hacer crítica, de hacer historia del arte y de hacer investigación con estos instrumentos y temas. Mucho se ha descubierto del proceso creativo con esta metodología. Por otra parte, las curiosidades del ser humano son naturales y espontáneas. Nada de sorprendente hay en ellas. Sin embargo, otro tipo de crítica literaria y artística ha preferido concentrar sus indagaciones en las técnicas, en los procesos "manipulables" de creación y comunicación, y revelarles al lego, al interesado, al público o, como hoy se le llama, al consumidor del arte, exclusivamente la naturaleza y característica de la obra. Se supone que así se establece un puente suficiente hacia el conocimiento. En muchos casos sorprende la limitada importancia de la vida íntima y personal en la confección o establecimiento de una obra estable, trascendente, notable.

3. Por fortuna o desgracia, otro de los fenómenos que acompañan a este cambio de siglo también se refiere a la disolución de las diferencias de identidad que habían separado ancestralmente al ciudadano del creador, al dirigente del estadista, al político del empresario; a su vez, estos "profesionales" o especialistas quedaban separados de aquel sector que, por cierto hechos y actitudes, se denominaba genéricamente la delincuencia. Al iniciarse el siglo XXI no estamos seguros ya, no sólo de la identificación legal de quienes nos gobiernan, nos divierten, nos organizan, nos hacen penetrar en el conocimiento, nos hacen estar en la existencia; a veces gastamos mucha energía para saber si a los ojos de los demás, o de algunas leyes, usos y costumbres, nosotros mismos podemos ingresar de pronto a ese conglomerado de delincuentes. La relatividad legal de la moral social se ha hecho evidente en todas las sociedades del mundo, en todos los esquemas sociales y parece indicar la existencia de una crisis aún mayor con respecto a la moral religiosa. ¿Son delincuentes los drogadictos, los revolucionarios, las mujeres que abortan, los miembros de minorías? ¿Existe una delincuencia implícitamente protegida —como los traficantes, los gobernantes y dirigentes corruptos, los enriquecidos depredadores del presupuesto familiar— por las leyes y los poderes políticos?

4. Lapso esta época de azuzamientos y asentamientos, sólo saldremos de la situación —y tendremos que salir de ella— mediante una especie de militancia política en lo concreto, en lo solidario y en lo inmediato pues sólo esta acción podrá "hacer luz" sobre lo real y darnos los instrumentos suficientes para conocernos, defendernos y autoubicarnos en una sociedad en transición estrujante, en un sistema social que sólo plantea posibilidades futuras pero muy pocas garantías en lo inmediato. Díganlo, si no, los drogadictos, los travestis, los indígenas, los viejos, la mayoría de las mujeres y, precisamente, los artistas-creadores propositivos y de vanguardia. ◆

# Lo que sí dicen los astros: Arato y sus *Fenómenos*

PEDRO C. TAPIA ZÚÑIGA

Así como es difícil decir honestamente algo sustancioso acerca de Arato, en cambio se dicen con facilidad muchas cosas... de su obra.<sup>1</sup> Exceptuando un posible fragmento de alguno de sus himnos,<sup>2</sup> lo que nos queda de este escritor de los siglos IV-III a. de C. son los 1154 versos de sus *Fenómenos*, su gran poema. Ya en otra ocasión dije algo —publicado en esta revista— sobre el mismo tema; no sé por qué creo que hay que volver a hablar sobre lo mismo.

Es normal entender “algo anormal” ante la palabra *fenómeno*; sin embargo, cualquiera puede afirmar que, *per se* y originalmente, tal palabra sólo significa ‘lo que es visible’. Por lo mismo, el plural *fenómenos*, por ahora, sólo debe significarnos ‘cosas visibles’. Así se llama el gran poema de Arato, *Fenómenos*; es decir, *Cosas visibles*, y tan visibles que ya no las vemos, igual que, por común, cada vez resulta más raro ver conductas apegadas al sentido común. ¿Qué pasa? Lo de siempre, lo de hace milenios: “cantamos para ustedes con flautas, y no bailasteis; nos lamentamos, y no llorasteis”.<sup>3</sup>

Culturalmente, los *Fenómenos* se asocian al estudio de la astronomía, pura astronomía. No obstante, quien ignore esta ciencia no debe esperar ir muy lejos mediante una simple lectura de Arato. Al contrario, los muy peritos no deben leer este libro para aprender más de lo que saben... suponiendo que no ignoran las fuentes de su disciplina.

Ciertamente han leído este libro astrónomos y no astrónomos, y todos han aprendido algo. ¿Qué han aprendido? Por supuesto, algo o mucho de astronomía —siempre se puede aprender del otro. No obstante, se dice que en los *Fenómenos* puede aprenderse algo más; por ejemplo, la verdadera hermosura del cielo, disfrutando la ilusión de tener a la vista y en las manos, cómodamente, algo tan distante y digno de veneración: el cielo y sus leyes, sus constelaciones, el sol y la luna, los providenciales signos de Zeus, de Dios o, digamos, “del Cielo” —para quienes no gusten oír hablar ni de Dios ni de Zeus—.<sup>4</sup> Recuérdese que nadie ha negado la calidad de los versos y la inspiración de Arato.<sup>5</sup>

Un resumen breve, casi lacónico, pero interesante, de Arato y sus *Fenómenos* puede verse en el *Kleine Pauly*.<sup>6</sup> Vale la pena citarlo ampliamente, de principio a fin, no sólo por quienes desconocen el alemán —más difícil en la redacción del artículo—,<sup>7</sup> sino porque Böker es (o fue) buen conocedor de Arato (en la traducción, remito a nota los datos bibliográficos que el autor incluye en su texto):

<sup>4</sup> Al respecto, cfr. Manfred Erren, *Die Phainomena des Aratos von Soloi*, Untersuchungen zum Sach- und Sinnverständnis (Hermes Einzelschriften, Heft 10), Wiesbaden, Franz Steiner Verlag GmbH, 1967.

<sup>5</sup> Cfr., no obstante, Quint., *Inst. Or.*, 10, 1, 55, cuyo técnico y casi mecánico juicio se justifica por el contexto épico y retórico en que se emite; sin embargo, deja pensar que, también en esos tiempos, Arato era considerado astrónomo o autor de un libro de astronomía excelente (según el final del comentario) y muy leído, circunstancia que obligó al profesor de retórica a comenzar su catálogo citando en latín el primer verso de los *Fenómenos*; cfr. *Id.*, 10, 1, 46.

<sup>6</sup> Cfr. Robert Böker, en *KP*, s.v., *Arato* (4), vol. I, cols. 488-489.

<sup>7</sup> No creo exagerar en este paréntesis; M. Erren, al comentar algunos pasajes de este autor dice, por ejemplo: “aus seiner etwas verworrenen Darlegung an anderer Stelle glaube ich zu entnehmen, daß Böker...”. Y poco después: “auf dem pseudoeudoxischen Globus wäre also, wenn ich Böker richtig verstehe, ...”. cfr. M. Erren, *Die Phainomena des Aratos von Soloi*, Untersuchungen..., p. 194, nota 2.

<sup>1</sup> En estas líneas, adelanto y preciso algunas ideas que acompañan a mi traducción de los *Fenómenos* de Arato, en prensa dentro de la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana* de la UNAM.

<sup>2</sup> Cfr. A. Barigazzi, “Un frammento dell'inno a Pan di Arato”, en *RhM*, 97, 1974, pp. 221-246.

<sup>3</sup> Cfr. *Lc* 7, 32.

Arato de Solos (en Cilicia), nació entre los años 315-305 a. de C.; fue amigo del joven Calímaco. En el año 277, por medio de Zenón de Citio, conoció a Antígono Gonatas, el rey de Macedonia, y fue llamado a la corte de Pela. De sus numerosas obras poéticas, sólo llegaron a nosotros sus *Fenómenos*, una obra originalmente considerada "científica", y luego degradada a ejercicios en la asignatura de gramática. Según Hiparco, los *Fenómenos* se dividen en tres partes claramente distintas: versos 1-450, fenómenos; versos 451-732, ortos simultáneos y ocasos simultáneos, y versos 733-1154, pronósticos según los signos. En conjunto, se trata de un poema didáctico<sup>8</sup> que ha tenido un éxito enorme, duradero hasta nuestros días. Sobre sus comentaristas de gramática, léase a Knaack.<sup>9</sup> Cicerón, Manilio, Germánico, Higino, Aquiles Tacio y algunos autores anónimos hicieron traducciones, paráfrasis y extractos de él.<sup>10</sup> E. Honigmann habla de traducciones al árabe.<sup>11</sup> En alemán hay una reciente traducción de Schott, con bibliografía, particularmente sobre la iconografía aratea de las constelaciones.<sup>12</sup> Sólo muy raramente, los comentaristas han agregado algo útil a su acarreo de palabras tomadas del texto de Arato. Sin embargo, en las *Esféricas* de Vetio Valente (el intérprete en el escolio de Arato), de Germánico y de "Eudoxo", éstos tenían a la mano listas de ortos simultáneos que contenían más constelaciones de las que menciona Arato —y por cierto, justamente llamadas astronómicas—. <sup>13</sup> a. Los Fenómenos: en su crítica a la interpretación de Átalo, Hiparco supone que la temática de Arato proviene de Eudoxo.<sup>14</sup> En este hecho hay que ver una arbitrariedad de atribución anterior a Hiparco: del mismo modo, a Tales, a Pitágoras y a Platón se les atribuyeron cosas no suyas, pero cuyo valor intelectual parecía ser digno de ellos. Mediante la lectura de un globo de precesión (cimentada en comprobaciones), con un buen registro de estrellas y buena técnica,<sup>15</sup> pudo determinarse lo siguiente: la altura del polo de la esfera sobre la cual se hicieron las lecturas era de 33° (15-4 Sesentavos / 2), el punto cero de la enumeración yacía a 25° 34' de la eclíptica del año 1900, correspondiente a una época del 60 d. de C.;

el punto del coluro de primavera yacía exactamente a 15° al este de ahí, correspondiendo a una época aproximada al año 1025 (todo esto, mediante un condicionamiento puramente técnico e instrumental).<sup>16</sup> b. Los Signos del tiempo son la paráfrasis poética de un texto básico peripatético,<sup>17</sup> o mejor, de un extracto, insólitamente intrincado y corrompido, de dicho texto.<sup>18</sup> Toda la literatura antigua sobre los Signos del tiempo ha transmitido irreflexivamente las mismas confusiones y desatinos.

No sé si alguien sienta curiosidad de ir a los *Fenómenos* de Arato después de leer esta monografía que debió ser escrita entre los años 1959 y 1967: se cita la traducción de Schott como reciente,<sup>19</sup> y no se habla de las investigaciones de Erren.<sup>20</sup> Böker cita la traducción inglesa de Mair<sup>21</sup> y la francesa de Martin;<sup>22</sup> por lo mismo, ahora cabría agregar las nuevas traducciones hechas en dichos idiomas.<sup>23</sup> Esta monografía, a pesar del tiempo que ha pasado desde su publicación, resulta interesante por poner en la mesa, técnicamente, los datos astronómicos que se manejan en el poema de Arato, y por exponer al público la injusticia con que los astrónomos, a partir de Hiparco, le niegan al poeta Arato todo logro científico.

Por lo demás, han pasado muchas cosas después de esa publicación y, en general, después de los otros escritos de Böker. Para comenzar, estos escritos, según parece, no han sido muy leídos; por otro lado, hoy no se hacen afirmaciones tan rotundas sobre la vida de Arato. Hay que señalar, también, que la monografía pasa por alto el elemento filosófico (estoico) del poema, y que poco o nada dice sobre la

<sup>16</sup> Cfr. van der Waerden, "Hist. of the Zodiac", en *AJO*, 16, 1953, p. 225.

<sup>17</sup> Sobre ello, cfr. W. Knaack, *loc. cit.*, 397, 35; Böker, en *RE Suppl.* IX 1611 y ss.

<sup>18</sup> Cfr. Schott-Böker, p. 114 y s. [véase la nota 12].

<sup>19</sup> Cfr. Arato *Sternbilder und Wetterzeichen*, übersetzt und eingeleitet von A. Schott mit Anmerkungen und Nachtrag von R. Böker, München, Max Hueber Verlag, 1958.

<sup>20</sup> Cfr. M. Erren, *Die Phänomene des Aratos von Soloi*, Untersuchungen...

<sup>21</sup> Arato, con traducción al inglés de Gilbert Robinson Mair, en Calimachus, *Hymns and Epigrams*, Lycophron, con traducción al inglés de A. W. Mair, Arato (...), Londres, Cambridge, Mass., Harvard University Press, primera edición 1921 (The Loeb Classical Library, núm. 129).

<sup>22</sup> Arato, *Phaenomena*, introduction, texte critique, commentaire et traduction par Jean Martin, Firenze, La Nuova Italia Editrice, 1956.

<sup>23</sup> Cfr., en alemán, Arato *Phaenomena: Sternbilder und Wetterzeichen*, griechisch-deutsch, ed. Manfred Erren, mit 23 Sternkarten von Peter Schimmel, München, Heimeran Verlag, 1971; en inglés, Arato, *Phaenomena*, edición, introducción, traducción y comentarios de Douglas Kidd, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, y en francés, Arato, *Phénomènes*, editado, traducido y comentado por Jean Martin, París, Les Belles Lettres, 1998, 2 volúmenes.

<sup>8</sup> Cfr. Kroll, en *RE* XII 1847 y ss.

<sup>9</sup> Cfr. Knaack, en *RE* II 395, 58 y ss.

<sup>10</sup> Cfr. J. Martin, *Hist. du Texte des Phénom. d' A.*, 1956.

<sup>11</sup> Cfr. E. Honigmann, en *Isis*, 41, 1950, pp. 30 y ss.

<sup>12</sup> Cfr. Schott-Böker, Arato, 1958 [para este dato bibliográfico que da Böker, mismo que se repite en la nota 18, véase la nota 19, donde doy los datos completos].

<sup>13</sup> Cfr. Böker, *Entst. der Sternsph.* A.s, BSG math, Kl. 99, 1952. H. 5, 29.

<sup>14</sup> Cfr. Manitius, *Comm. Hipp.* p. 287.

<sup>15</sup> Cfr. Böker, *op. cit.*



Felipe Posadas

unidad y sentido del mismo. Al respecto, sólo se informa, remitiendo a Kroll, que se trata de un poema didáctico que ha tenido gran éxito, hasta nuestros días; no dudo de que, al leer tal sentencia, los lectores —y con razón— hagan un gesto: ¿cuál gran éxito? Quizá las siguientes líneas nos den una idea sobre este aspecto:

esta obra no era ningún experimento teórico en el campo de la poesía; habría podido despertar incluso intereses y esperanzas financieras. Por eso, el poema de Arato tuvo el éxito avasallador que todos reconocen: ciertamente no por su exquisitez poética, como mucho se especula, sino a causa de su contenido. Se reprodujo muchas veces, y fue cargado con muchos comentarios referentes al contenido, como sucede únicamente con los autores que son interesantes por su contenido. No fue su forma, sino su contenido, lo que dio cuño a la formación escolar en la antigüedad tardía y durante la temprana edad media.<sup>24</sup>

Cabe agregar que los *Fenómenos*, visible, funesta y casi editorialmente, muchas veces se han dividido en dos par-

tes, una división también antigua, y tan fuerte, que, fijando como límite de la primera parte el verso 732, algunos escolios hablan del “comienzo de otro libro muy útil para la vida, el cual se llama *Señales del cielo*”.<sup>25</sup> Esta división es anterior al César Germánico y más vieja que Cicerón; quizá también procede de Hiparco, que termina su comentario más o menos a la altura de estos versos. Uno y otro —Cicerón y Germánico—, según se ve, sólo tradujeron hasta el verso 732, es decir, la parte astronómica del poema o, de otro modo, lo que se consideró durante muchos siglos como el libro de texto de astronomía del poeta Arato.

¿Qué decir de estas divisiones? Que, como son naturales en la lectura, pueden ser fatales en la comprensión del poema. Nada más natural que decir, por ejemplo, que la *Ilíada* se divide en 24 partes, o rapsodias; sin embargo, nada sería más fatal que afirmar que, dadas dichas divisiones, se trata de 24 partes distintas entre sí, es decir de 24 rapsodias que no están relacionadas por un hilo o tema único que da uni-

dad y coherencia a un sólo poema. Lo mismo puede decirse de los *Fenómenos* de Arato, sobre todo en cuanto a la bipartición: sin duda, la primera parte habla de 48 constelaciones, y de sus ortos y ocasos simultáneos, teniendo aquí como referencia cada uno de los 12 signos del zodiaco, y la segunda, de muchos signos que pronostican “los vientos o las tormentas o aguas que vienen / el mismo día, después de éste o, incluso, ya en el tercero”.<sup>26</sup> Al respecto, se dice que, si el poema de Arato actualmente se comprende mal, no hay que echarle tanta culpa a las divisiones que se le hacen, sino a la falta de unidad con que éstas se miran.

Manfred Erren, abogando por la unidad del poema, plantea las consecuencias del dividirlo, en los siguientes términos:

ello significa reconocer la autonomía de las disciplinas que se exponen, y considerar a Arato como un “poeta didáctico” que, con su poema, sólo quiere ofrecer esas disciplinas, y no otra cosa. Quien piensa que un poema didáctico es una hora de clase en versos, será adoctrinado por Arato en tres materias: en astronomía para principiantes (primera

<sup>24</sup> Cfr. Jean Martin, *Scholia in Aratum Vetera*, Stutgardiae in aedibus B. G. Teubneri, MCMXXIV, p. 371, 11-12.

<sup>26</sup> Cfr. versos 1130-1131.

<sup>24</sup> Cfr. Manfred Erren, “Las constelaciones en la antigüedad”, en *Nova tellus*, 17, 1, 1999, p. 109.



Felipe Posadas

parte), en astronomía para iniciados (segunda parte) y en meteorología (tercera parte); en tal caso, no tiene importancia si el poeta Arato trabaja a partir de un manual determinado al cual versifica, o si expone su clase libremente, con base en su repertorio de conocimientos personales.<sup>27</sup>

¿Qué quiso Arato? Se han dicho, y se dicen tantas cosas, que resulta casi imposible afirmar algo que no sea, o bien puramente repetitivo, o bien tirado de los cabellos. Por lo mismo, si hay que decir algo, diré que estoy en favor de un único poema y, con la esperanza de colocar al lector entre los espectadores de los *Fenómenos*, sin seducirlo hacia alguna interpretación particular (y descabellada), intentaré comunicar, más o menos ordenadamente, algo de lo que se revuelve en mi cabeza tras mi experiencia de lector y traductor de Arato.

No se puede leer ni traducir a Arato sin comentarios, y ante la lectura de éstos, distrae el darse cuenta de que, frente a los *Fenómenos*, estamos ante un caso más en donde hay problemas de recepción, de esos que resultan cuando luego, o inmediatamente después de la edición, se malinterpretan las intenciones del autor: a un siglo de la publicación, Átalo nos presenta al poeta Arato como un gran

<sup>27</sup> Cfr. M. Erren, *Die Phainomena des Aratos von Soloi*, Untersuchungen..., p. 231. Para esta misma cuestión, cfr. W. Ludwig, "Die Phainomena Arats als hellenistische Dichtung", *Hermes*, 91, 1963, pp. 425-448; id., *RE Suppl.* 10, 1965, cols. 26-39; id. + D. Pingree, "Manfred Erren, *Die Phainomena des Aratos*. Untersuchungen...", *Gnomon*, 43, 1971, 346-354.

maestro de astronomía; casi como en respuesta, el famoso Hiparco de Nicea, le saca a Arato, a primera vista con justicia, todos sus trapitos al sol, diciendo y *probando* que sólo puso en verso un tratado de Eudoxo, y que comete errores.<sup>28</sup> Justos o injustos, estos comentarios distraen de la lectura y del poema, hacen desconfiar de Arato, y envían al lector a ver cómo estaba la astronomía del poeta o, de otro modo, qué astronomía se nos enseña.

Según dice Hiparco, el poema de Arato nos presenta la astronomía de Eudoxo, algo de lo que se le atribuye a Eudoxo: la astronomía de sus *Fenómenos*. ¿Existiría este libro?<sup>29</sup> ¿Hay en los versos de Arato alguna teoría astronómica personal, producto de cálculos matemáticos? Ninguna, hasta donde se sabe. Sin embargo, se sabe que,

hoy por hoy, su poema es para nosotros la más antigua representación del cielo que nos dejaron los griegos.<sup>30</sup> Sin darse cuenta, el lector ha caído en la trampa: ya piensa que hay identidad entre Arato, *Fenómenos* y astronomía; dicho de otro modo, el lector piensa que los *Fenómenos* de Arato equivalen a la primera parte de la obra.

A partir de los comentarios de Hiparco, toda la tradición ha sostenido que los *Fenómenos* del poeta Arato sólo son una muy buena versificación de los *Fenómenos* del astrónomo Eudoxo, aunque con algunos errores. La crítica es doble: Arato únicamente sigue a Eudoxo, y comete errores. En cuanto a lo primero, valga decir que poco a poco, después de más de veinte siglos, salta a la vista que se exagera o se malinterpreta la dependencia de Arato con respecto a Eudoxo; casi lo mismo debe afirmarse en cuanto a lo segundo, y puede agregarse que ello explica el comentario de Cicerón.<sup>31</sup> La frecuencia con que el orador exagera y la ma-

<sup>28</sup> Cfr. Hipparch, 1, 1, 8.

<sup>29</sup> Cfr. *Die Fragmente des Eudoxos von Knidos*, ed. François Lasserre, Berlín, Walter de Gruyter, 1966, pp. 39-66. La mayoría de los fragmentos que nos quedan de dicho libro están tomados de los *Fenómenos* de Arato, o del comentario de Hiparco a los *Fenómenos* de Arato (y Eudoxo), o de algún otro comentario al poema de Arato. Erren hace notar que, si Eudoxo hubiera escrito una obra semejante, ésta lo habría hecho ya en vida más famoso de lo que lo hizo su teoría de las esferas concéntricas, que sólo se leía en círculos exclusivos; cfr. Manfred Erren, "Arat und Aratea 1966-1992", *Lustrum*, 1994, Band 36, p. 232.

<sup>30</sup> Cfr. J. Martin, en Arato, *Phénomènes*..., p. xcvi.

<sup>31</sup> Sin contexto, se cita a Cicerón diciendo que Arato era "un ignorante en astronomía", *hominem ignarum astrologiae*; cfr. Cic. *De oratore*, I, 69.

levolencia —o, siendo más benignos, la ingenuidad— de los lectores, han provocado que su frase, fuera de contexto, parezca un ataque contra la competencia astronómica del poeta. Cabe asegurar que Cicerón, al elaborar su juvenil traducción de los *Fenómenos* de Arato, se ayudó de los comentarios de Hiparco, y es casi seguro que ingenuamente se tragó las críticas.

Ante las críticas de Hiparco y la defensa de Átalo de Rodas, poco más viejo pero contemporáneo de Hiparco, cualquier lector se pregunta cómo y por qué, un siglo después de la edición, se tomaron posturas tan opuestas ante el mismo fenómeno de Arato. ¿Quién tenía la razón? Hacia 1952, Böker parece haber sentenciado el caso más o menos en los siguientes términos: "tanto la desesperada *salvación* que Átalo quiso hacer de Arato, así como la crítica del gran Hiparco fueron intentos hechos sobre una esfera celeste malentendida".<sup>32</sup> Ello, en cuanto a la competencia astronómica de Arato. En cuanto a su dependencia de Eudoxo, según parece, el libro que Hiparco encontró en su biblioteca no era de Eudoxo, sino de un listo que, para darle autoridad a su manual, lo publicó bajo el nombre del gran Eudoxo, y a partir de entonces se habla del Pseudo-Eudoxo.<sup>33</sup> Sobre el mismo tema, muy recientemente surge la tesis de que "las semejanzas entre *Eudoxo* y *Arato* se explican mejor, si se piensa que el primero, Eudoxo, no ha hecho más que adaptar torpemente al segundo, a *Arato*".<sup>34</sup>

<sup>32</sup> Cfr. Robert Böker, *Die Entstehung der Sternsphäre Arats*, Sber. Leipzig, nat.-math. Klasse, Bd. 99, H. 5, 1952, y K.P., s.v. Attalos (7). El mismo Böker, en 1958, anotaba: "en mi investigación *Die Entstehung der Sternsphäre Arats* he demostrado que es imposible que Eudoxo mismo haya redactado una descripción del cielo tan indigna de confianza como la que reproduce Arato sin reparo. La fuente que Arato extracta incompletamente debió estar bastante descompuesta a causa de una larga transmisión" (cfr. *Arato Sternbilder und Wetterzeichen*, übersetzt und eingeleitet von A. Schott mit Anmerkungen und Nachtrag von R. Böker..., pp. 81-82).

<sup>33</sup> Cfr. M. Erren, *Die Phänomene des Aratos von Soloi*, Untersuchungen..., pp. 159-200; id., en *Arato, Phänomene...*, p. 126 y 131 ss., y R. Böker, en *Arato Sternbilder und Wetterzeichen*, übersetzt und eingeleitet von A. Schott mit Anmerkungen und Nachtrag von R. Böker..., pp. 81-82.

<sup>34</sup> Cfr. J. Martin, en *Arato, Phénomènes...*, p. xci: "les similitudes entre *Eudoxe* et *Aratos* s'expliquent mieux si le premier n'a fait qu'adapter maladroitement le second"; esta afirmación está precedida de esta otra: "il me semble qu'il y a là l'une des raisons les plus fortes de penser que les *Phénomènes* attribués à Eudoxe par Hiparque, loin d'être le modèle d'Aratos, sont dérivés de son poème", y antes de ésta, Martin acaba de hacer un breve análisis a la descripción de las constelaciones que hace Vitruvio en el libro IX de *De architectura*. Esta descripción, según Kaibel (*Aratea*, pp. 93 y ss.) se remonta más o menos directamente a los verdaderos *Fenómenos* de Eudoxo, y no se parece a los *Fenómenos* del (falso) Eudoxo de Hiparco; por tanto, el Pseudo-Eudoxo deriva de Arato, quien (variándolo de acuerdo con sus objetivos) siguió al verdadero Eudoxo.

Irrita tener que aceptar que el gran Hiparco haya escrito tan a la ligera, y en una doble vertiente: primero, cuesta aceptar que, como astrónomo, no haya notado que el libro de Eudoxo que tenía en su biblioteca no era del gran Eudoxo de Cnidos; que se tomara tan en serio una astronomía para principiantes, y que, en lo que toca a la astronomía para iniciados, no haya apuntado que era imposible atribuir a Eudoxo unos desatinos que ni su peor alumno hubiera escrito. Segundo, nos cuesta, aunque más bien da pena, ver que ya entonces se daba una lamentable deformación académica: que los científicos no entiendan de humanidades, y viceversa: cuesta y da pena afirmar que el astrónomo Hiparco no tuvo mayor idea de lo que quiso decir el poeta Arato.

A estas alturas, pensando que se está ante una tarea imposible, al lector le dan ganas de mandar a Arato a la hoguera, y sus *Fenómenos* a la basura: ni uno ni otro, ni Átalo ni Hiparco entendieron lo que Arato quiso decir, y los dos confundieron *Fenómenos* con astronomía, con la primera parte, mientras la otra, la de meteorología, exceptuando sus influjos puramente poéticos,<sup>35</sup> cayó en el olvido, ¿quién les cree a los meteorólogos? Todo esto sucedía unos cien años después de la primera edición del poema; sería interesante saber más acerca de cómo recibieron este libro, cómo leyeron a Arato sus contemporáneos. Sin embargo, al respecto, casi sólo nos queda el terreno de las conjeturas.

Es posible que Arato haya redactado su poema hacia el 276 a. de C.; es seguro que lo leyeron sus contemporáneos, sus colegas que, sin duda, también habían leído a Eudoxo, y puede afirmarse, en honor a la buena fama de Hiparco, que éste no ignoraba estos datos. Por lo mismo, resulta curioso que Hiparco diga que "la mayoría dudaba"<sup>36</sup> que Arato le debiera a Eudoxo; al respecto, si la gran mayoría dudaba, sólo cabe pensar que, o en tiempos de Arato aún no existía tal libro de Eudoxo, o ya existía y, dado el caso, la imitación de Arato, o era tan evidente que no había necesidad de decirlo, o era muy peculiar: quizá todos sabían que Arato y su poema perseguían otros objetivos, no precisamente astronómicos, y que Arato tenía el derecho de trabajar sobre la base de alguna fuente astronómica; si esa fuente había

<sup>35</sup> Hay algunos ecos de meteorología en Calímaco, en Teócrito y en Apolonio de Rodas, entre los griegos; entre los latinos, es imposible leer a Virgilio, *Geórgicas*, 1, 351-460, sin pensar en Arato, versos 909 y siguientes, por ejemplo.

<sup>36</sup> Cfr. Hipparch, 1, 2, 1 y 1, 1, 3 donde se dice que ya muchos otros han escrito comentarios sobre los *Fenómenos*. Al respecto, Martin, en *Arato, Phénomènes...*, p. xciv, comenta que nadie tendría por qué haber dudado, si hubiera tenido a la vista los libros de que habla Hiparco.



Felipe Posadas

sido Eudoxo, y más aun, los *Fenómenos* de Eudoxo, era lo de menos.

¿Qué sucedió realmente? Desde luego, es posible que Arato haya querido un texto de astronomía y de meteorología, un poema didáctico sobre esos asuntos, ¿por qué no? Lo que enseña casi es impecable. Sin embargo, no es muy creíble que haya pensado en un poema de pura astronomía: no se explicarían fácilmente muchas cosas; sobre todo, la relación tan íntima que hay entre cada una de las tres partes del poema. Resulta, pues, más aceptable que haya querido un poema didáctico de astronomía y meteorología, pero uno muy peculiar, uno que, como posteriormente las *Geórgicas* de Virgilio, y como el *De la naturaleza de las cosas* de Lucrecio, osaba tratar un tema científico desde los cánones de la poética, quizá una nueva poética, una cuyas intenciones van mucho más allá del simple y eternamente sospechoso poema didáctico.<sup>37</sup>

Ya vale preguntarse qué tanto de astronomía, qué tanto de meteorología realmente sabía Arato o, de otro modo, qué tan astrónomo y meteorólogo era Arato. La respuesta,

<sup>37</sup> Sobre el tema, cfr. Bernd Effe, *Dichtung und Lehre. Untersuchungen zur Typologie des antiken Lehrgedichts*, München, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1977 (= *Zetemata*, 69).

aunque con muchos bemoles, es simple: Arato sabía, por lo menos, tanto cuanto nos enseña en sus versos; ya en la III biografía de Arato se dice que “saber realizar una buena paráfrasis supone competencia en la astronomía”<sup>38</sup> y —cabe agregar— en meteorología. Más aún, según se verá en seguida, es seguro que Arato sabía un poco más de lo que nos enseña en su trabajo. Si saber lo que se enseña (y algo más) implica el ser astrónomo, es otra cuestión, cuya respuesta es tan simple como la de decidir si, en nuestros días, los astrónomos necesariamente imparten clases de astronomía y si son matemáticos todos los que dan clases de matemáticas o si es lingüista el que escribe algún libro de gramática. En las dos últimas cuestiones, puede responderse que, si no son matemáticos ni lingüistas, por lo menos saben algo acerca del tema que enseñan. ¿Dice algún autor de éstos todo lo que sabe al respecto? Lo más seguro es que no, o que todo depende de sus objetivos y destinatarios.

En la primera parte de su poema, Arato, unos trescientos años a. de C., describe el cielo, adornándolo con 48 constelaciones: casi exactamente las mismas de hoy.<sup>39</sup> Al leer los *Fenómenos* de Arato, sería bueno hacerse de alguna esfera o de unos mapas celestes, para seguir el argumento astronómico del poema.<sup>40</sup> En los tiempos de Arato, quizá más que ahora y por varias razones, la ciencia de la astronomía era una asignatura oficial en los programas educativos; tal vez obligatoria, sin duda de moda, si uno se imagina el humor del astrónomo Conon que, a mediados del siglo III a. de C., descubrió entre las constelaciones del León y del Boyero la cabellera de Berenice,

<sup>38</sup> Cfr. Jean Martin, *Scholia in Aratum Vetera...*, pp. 17, 22-24.

<sup>39</sup> “Estas figuras, en parte, llegaron junto con la inmigración de los pueblos indoeuropeos; en parte, fueron introducidas a Grecia, desde la Babilonia persa, por los filósofos jonios y por marineros; algunas, sobre todo el grupo de la familia de Cefeo, fueron inventadas durante la Grecia clásica, y de otras, como Hércules y la Corona del Sur, no tenemos más testimonio que la fuente de Arato (citada por Hiparco), o el mismo poema de Arato”; cfr. M. Erren, en Arato, *Phainomena...*, p. 125.

<sup>40</sup> “Arato ciertamente habla a su lector como a alguien que quiere aprender, pero también, como a alguien que, con base en su nacimiento en un pueblo civilizado, participa desde un principio de las ideas de unos antepasados cultos y de las doctrinas de grandes filósofos y científicos. Así, él ya no le muestra el cielo estrellado como debe mirarlo un tonto y primitivo, sino que le da al mismo tiempo la interpretación válida, le presenta, bien preparado, el alimento espiritual de la ciencia, en cuanto que le muestra unos signos que, como el alfabeto y Homero, no son principio y semilla de los conocimientos humanos, sino el resultado ya maduro, un fruto que ha crecido a lo largo de muchos siglos”; cfr. M. Erren, en Arato, *Phainomena...*, p. 118.

desaparecida misteriosamente del templo donde ésta la había depositado para el buen éxito de la campaña de su esposo Tolomeo.<sup>41</sup> Arato, pienso, sólo indirectamente enseña astronomía: en cuanto que los lectores deben estudiarla, si quieren llegar bien al sentido del poema.

Aunque provoque fastidio, debe aceptarse que, de alguna manera, los *Fenómenos* son más novedosos para el lector moderno que para sus destinatarios originales: ellos jamás se preguntaron, como nosotros, sobre el sentido de esos ortos y ocasos simultáneos de las constelaciones; ellos sabían lo que a nosotros nos costó siglos redescubrir: que en el fondo se hallaba una astronomía náutica (y para navegantes), y que, lo que es un tanto impreciso desde el punto de vista de un astrónomo profesional, no tiene por qué serlo en la práctica de los marineros. Aquellos lectores a quienes se dirigía Arato, jamás sufrieron, como hoy nosotros, tratando de imaginar, por ejemplo, ese sinuoso Dragón que, muchísimo más que a las Osas, enreda y pierde a los lectores actuales, en una de las descripciones astronómicamente más precisas de los *Fenómenos*: ellos, igual que Arato, tenían nítidas en la memoria las historias e imágenes de las constelaciones, o, enfrente, una esfera que ponía a girar sus pensamientos alrededor de un cielo impecablemente estrellado: de la esfera al poema, del poema al cielo y del cielo a la esfera para volver al poema: ¿qué nos dice la astronomía, qué más pueden enseñarnos las ciencias?

Cualquier lector podía ver en cualquier esfera lo que Arato describe en la primera parte de sus *Fenómenos*, las constelaciones, y la materia que se presenta en la segunda parte de los mismos debió de existir en docenas de libros que circulaban en aquellos tiempos, materia que, casi indudablemente, muchos estudiantes y marineros sabían de memoria: los ortos y ocasos simultáneos son para eso, para retenerlos en la memoria y usarlos en el momento oportuno. Casi es posible decir lo mismo de la tercera parte del poema, la sección de meteorología: cuando Arato escribió sus *Fenómenos* todos disponían, mínimamente, de ese tratado en prosa titulado *De signis*, atribuido a Teofrasto, y del cual, según se ha dicho secularmente, Arato extrajo su temática. Sobre este asunto, todos admiten que Arato sigue una fuente anterior a él; casi todos afirman que dicha fuente es dicho tratado de Teofrasto. No obstante, es posible que Arato haya tomado de la misma fuente de donde copió Teofrasto, de una más antigua; de una que, según se puede

ver en estos autores, tiene muchos detalles tan poco aristotélicos, y tan directamente relacionados con las doctrinas de Anaxágoras que, al menos una parte de la meteorología de Arato y de Teofrasto, debe remontarse a dicho autor, a Anaxágoras, sin contar otros detalles meteorológicos, los cuales, sin duda, provienen de la sabiduría y de las creencias populares.<sup>42</sup>

Así que, independientemente, de si Arato era o no astrónomo y meteorólogo, él, como cualquier autor moderno de un texto de astronomía o de lo que sea, se documentó en otros libros y creyó de manera razonable en ellos, igual que nosotros en nuestros días, sólo que, como hace notar Manfred Erren, nosotros tenemos mejores libros que Arato. No saber apreciar toda esa tradición que Arato encontró en los libros de su época y supo transmitir con tanta elegancia sólo es un signo más de nuestros tiempos. ¿Es mala la astronomía de los *Fenómenos* y por eso Arato es un cero a la izquierda en la historia de la astronomía? No; su astronomía es buena, tan buena que muy bien pudo funcionar en su tiempo como texto de astronomía náutica; un siglo después, Hiparco se puso a pulirle algunos detalles y el libro funcionó, en general, como texto de astronomía, bien acreditado, hasta la Edad Media. Sin embargo... se nos ocurren tantas cosas al respecto. ¿Qué quiso escribir Arato? ¿Una poesía? ¿Un tratado de astronomía y meteorología? No es fácil decidirse por tan sólo una de estas opciones: para ser poesía, es demasiado astronómica y meteorológica, y para ser una obra de astronomía y meteorología, resulta demasiado poética. Por tan científica, se le echaron encima los lunáticos, y por tan poética, se le negaron sus grandes valores científicos. ¿Qué quiso Arato?

Arato, decíamos líneas arriba, sabe más de lo que dice. A ningún buen poeta —y menos a uno de la época helénica— se le puede acusar de negligencia en cuanto a la presentación del tema de que se ocupa: conscientemente dice lo que escribe y voluntariamente calla lo que omite. En nuestro caso, lo que expresa el poeta y, de manera curiosa, algo de lo que sin duda evita decir, puede funcionar en la búsqueda de sus objetivos.

Leyendo los *Fenómenos* de Arato, resulta muy interesante darse cuenta de cuántas cosas sabía y no las dice; por

<sup>41</sup> La celebración que se hizo de este descubrimiento puede verse en Calímaco, fr. 110, Pf. (vol. I, p. 112) y, mejor, en la traducción de Catulo, LXVI.

<sup>42</sup> Cfr. M. Erren, en Arato, *Phainomena...*, p. 130. Hablando del redactor de la primera fuente, Böker dice que debió ser alguien con poco sentido crítico; de lo contrario, no hubiera dejado ir, por ejemplo, los disparates que escribe a propósito del Pesebre y sus Asnos; cfr., Böker, en Arato *Stem-bilder und Wetterzeichen*, übersetzt und eingeleitet von A. Schott mit Anmerkungen und Nachtrag von R. Böker..., p. 114.

ejemplo, casi al principio de su poema, al describir a las Osas, mucho más que de constelaciones, habla de mitología. La colación de constelaciones resultaría un aburrido catálogo si no estuviera envuelta en la inspiración del poeta: fuera de ésta y de algunos mitos, todo se reduce a casi sólo dar el nombre de constelaciones y su lugar en el cielo: Arato pudo hablar más, como lo hizo en el cetro del Dragón. Cuando termina la lista de constelaciones, es decir, de las estrellas fijas, uno espera las estrellas errantes, los planetas, y efectivamente, Arato sigue con los planetas; sin embargo, sólo nos dice que no se siente capaz de hablar de ellos; esto es increíble: sabemos que Arato escribió el *Canon*, relativo al movimiento musical de los planetas. En seguida, antes de presentar los ortos y ocasos simultáneos de las constelaciones, habla de los círculos que ciñen la esfera celeste, de los dos trópicos, del ecuador y de la eclíptica, empero, se olvida de los coluros, no se ocupa de la rotación que hace la esfera diariamente, ni describe las distintas relaciones de las estrellas con respecto al horizonte: sabía muy bien todo esto, según las indicaciones que hace al hablar, por ejemplo, de la cabeza del Dragón; del Toro y del Auriga; del Carnero, con respecto a Cinosura; de los Peces, etcétera.

Casi lo mismo podría afirmarse a propósito de los detalles que se dan sobre la luna o, mejor dicho, sobre sus fases y sobre las demás señales meteorológicas que se encuentran en la tercera parte del poema. Arato no dice todo lo que sabe; él sabía cuán caprichosamente nos coquetea la luna en sus rondas mensuales: todos lo sabían; se trataba del problema de la calendarización del tiempo a que ya se ha hecho mención en líneas anteriores. Sin embargo, presenta las fases de la luna como si se tratara de algo tan regular y preciso como todo lo que puede verse en el cielo y, por si esto fuera poco, comienza preguntándole al lector si no se ha dado cuenta de ello.<sup>43</sup> Además, y finalmente, en la fuente donde abrevaba Arato había muchísimos signos meteorológicos; no habla de todos, él mismo lo dice: “¿Cómo te cuento tantas señales / que se dan a los hombres?”<sup>44</sup> Arato sólo presenta algunos signos: hay que suponer una selección hecha por él de acuerdo con su criterio personal, guiado por los objetivos de su poema que, dadas estas y otras características, no parece querer ser un texto de astronomía

y meteorología en el sentido estricto del término: ninguno, si sabe, se guarda lo que debe decir, cuando es preciso decirlo, sin motivos y sin razones. Parece, pues, que, mediante estas omisiones, Arato dice que lo que dice es suficiente para lo que verdaderamente quiere decir.

¿Qué quiere decir Arato? Es una cuestión de exégesis que le queda al lector, igual que la tarea de analizar la estructura del poema y el estilo de Arato. Si no hay que terminar estas líneas bruscamente, valga apuntar que, a partir de los detalles que se han señalado, puede pensarse que Arato, en los *Fenómenos*, no quiere ofrecer un manual de teoría (astronómica y meteorológica) sino, más bien, cantar la teoría de los fenómenos celestes y poner al lector en contacto con ellos,<sup>45</sup> con unos fenómenos que, según se ve y se deduce de las ciencias, obedecen impecablemente a una ley universal, a una ley que, por fortuna, es benigna y providencial con nosotros, con el género humano: llámese como se quiera, para él era Zeus, de quien somos hijos<sup>46</sup> en el sentido que se quiera.

Las constelaciones y sus ortos y ocasos simultáneos se apegan milimétricamente a una ley, son precisos y cósmicos (= ordenados), sin importar si a Arato o a sus fuentes se les haya escapado algún detalle; de la misma manera se dan los fenómenos meteorológicos, a pesar de que (porque “aún no todos / los designios de Zeus saben los hombres”)<sup>47</sup> fallen todos los sistemas de alarmas preventivas. Por ello, Arato invita a estudiar los fenómenos, para conocerlos mejor y, o ponernos de su lado o ponerlos del nuestro a cada paso: no hay que esperar milagros concretos ni horóscopos favorables, parece decir el poeta, porque lo que resulta bueno para uno resulta malo para otro; se trata de conocer el funcionamiento de la naturaleza, ese que, desconocido, daña a unos y favorece a otros, y “así, tristes e inestables unos por esto y otros por lo otro / vivimos los humanos”;<sup>48</sup> por ello, en seguida agrega que todos debemos estar “prestos a descubrir / los signos que doquier hay y a marcarlos para el futuro”.<sup>49</sup> Si existe un milagro, está en que cuanto ha sucedido, sucede y sucederá, se da invariablemente de acuerdo con las leyes de la naturaleza: “si estudias juntamente todos los signos..., / nunca, a partir del éter harás pronósticos a la ligera”.<sup>50</sup> Así termina el poema. ♦

<sup>43</sup> “Considerada más atentamente, esta pregunta resulta una verdaderamente audaz patraña retórica; quien verdaderamente sigue los fenómenos lunares con sus propios ojos tiene que negar esa pregunta: los signos de la Luna que describe Arato no se ven en el cielo”; cfr. M. Erren, *Die Phainomena des Aratos von Soloi*, Untersuchungen..., p. 235.

<sup>44</sup> Cfr. vv. 1036-1037.

<sup>45</sup> Cfr. M. Erren, *Die Phainomena des Aratos von Soloi*, Untersuchungen..., p. 240.

<sup>46</sup> Cfr. verso 5, y Hch 17, 28.

<sup>47</sup> Cfr. versos 768-769.

<sup>48</sup> Cfr. versos 1101-1102.

<sup>49</sup> Cfr. versos 1102-1103.

<sup>50</sup> Cfr. versos 1144-1145.

# "Abriendo brecha". Las pioneras de las carreras liberales en México

MARÍA DE LOURDES ALVARADO

## Los prolegómenos

La integración de las mujeres al estudio y ejercicio de las carreras liberales en México no fue tarea fácil. Como en otras partes del mundo, este proceso implicó largo tiempo y, sobre todo, el pujante esfuerzo de una minoría para enfrentar la serie de prejuicios que durante siglos le impidieron su avance intelectual y profesional. De hecho, en nuestro país no fue sino hasta bien avanzado este siglo cuando las mexicanas irrumpieron de manera significativa en las aulas universitarias. Sin embargo, los antecedentes de esta especie de conquista de las profesiones tradicionalmente masculinas, a la que se oponía un sector social mayoritario, se remonta a las postrimerías del XIX, cuando un reducido grupo de mujeres, "contra viento y marea", lograron abrirse paso en la Escuela Nacional Preparatoria y en las instituciones de enseñanza superior de aquella época. Así, no sólo dieron la primera batalla contra quienes temían que su entrada al mundo cultural y laboral masculino rompiera el "equilibrio" existente, pues con su ejemplo, contribuyeron a abrir la brecha por la que, tiempo después, habrían de transitar las nuevas generaciones. Tales fueron los casos de las médicas Matilde Montoya, Columba Rivera, Guadalupe Sánchez y Soledad Régules, la abogada María Asunción Sandoval de Zarco y la metalurgista Dolores Rubio Ávila, entre otras, cuyas difíciles trayectorias académicas representan un hito en la historia cultural del país.

Pero el retraso con que se inició y desarrolló dicho proceso no se debió a circunstancias casuales o aisladas; por el contrario, fue consecuencia directa de la concepción cultural vigente que, bajo reglas más implícitas que explícitas, celosamente impidió el acceso de las mujeres a la educa-

ción superior formal. Un ejemplo representativo de esta corriente de pensamiento fue José Díaz Covarrubias, a cargo del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública hacia mediados de los setentas de la pasada centuria y partidario de la modernización del sistema educativo de su tiempo. Desde su punto de vista, la educación femenina no debía orientarse hacia las carreras profesionales, pues consideraba que aún no había las condiciones necesarias para compartir con ese sexo "la alta dirección de la inteligencia y de la actividad". Prueba de eso, aseguraba, era la naturalidad con que ellas mismas asumían dicha situación, al abstenerse de tomar parte en "las funciones sociales de los hombres, no obstante que, con excepción de las costumbres, nada les prohibiría hacerlo en muchas de las esferas de la actividad varonil". Por tanto, concluía el político y escritor, dos eran las razones del retraimiento profesional del "bello sexo": su "organización fisiológica" y su tradicional "lugar en sociedad",<sup>1</sup> juicio muy a tono con su tiempo y con el que, finalmente, se justificaba la continuidad del *statu quo*.

Y en efecto, de acuerdo con las leyes de Instrucción Pública de 1867 y 1869, no había impedimentos formales para que las jóvenes mexicanas se matricularan en la Escuela Nacional Preparatoria y, una vez que acreditaran los estudios respectivos, ingresaran a alguna de las instituciones de educación profesional. Recuérdese que aquel plantel nunca se definió exclusivamente masculino, y si en sus primeros años de vida funcionó como tal lo fue debido a la presión social y al peso de la tradición, abiertamente con-

<sup>1</sup> José Díaz Covarrubias, *La instrucción pública en México. Estado que guardan la instrucción primaria, la secundaria y la preparatoria en la República*, 2 vols., Imprenta del Gobierno, México, 1875, vol. I, p. CXCII.

traría a la presencia femenina en dominios varoniles. Esta circunstancia explica la posición de Díaz Covarrubias, pues cuando publicó su obra sobre el estado de la instrucción pública en México (1875) las mujeres continuaban excluidas de las aulas preparatorias. No sería sino hasta las siguientes décadas cuando, poco a poco, se atrevieron a franquear las trincheras de la instrucción superior. Recuérdese que para inscribirse en alguna escuela de nivel profesional era requisito indispensable haber acreditado los estudios preparatorios.

En contraste, desde las esferas oficial y privada, se impulsó abiertamente el acceso femenino a la carrera magisterial, al punto que, hacia finales de siglo, la matrícula de la Escuela Normal de Profesoras era bastante superior a la registrada en la Normal de Profesores, no obstante los diversos incentivos ofrecidos a los varones para que se sumaran a las filas de los maestros. Los argumentos más comunes esgrimidos para justificar tal política académica eran varios; por una parte, destaca el convencimiento que esta generación albergó respecto a la supuesta capacidad innata de las mujeres para las tareas educativas y el cuidado moral y material de la niñez: "a todo prefieren esto —afirmaba Sierra—, para nada son más aptas". Además, tal estereotipo venía como anillo al dedo a la clase dirigente, enfrentada a la urgente necesidad de educar a un pueblo mayoritariamente analfabeta, tarea para la que se requerían mentores mejor preparados que los improvisados de otros tiempos. Por la otra, aunque con serias cortapisas, predominaba el interés por preparar a las mujeres de clase media para que, en caso de necesitarlo, pudieran ganarse la vida dignamente y con tal fin nada mejor que el magisterio, actividad que encajaba a la perfección con el esquema ideológico y simbólico de la sociedad porfirista.

Pero en este proceso de "feminización" de la carrera magisterial también hubo intereses de orden económico, pues las profesoras recibían sueldos más bajos que los de sus compañeros varones, lo que redundaba en un atractivo ahorro para las finanzas públicas. Al reflexionar sobre el tema, Díaz Covarrubias reconocía abiertamente que las jóvenes egresadas de las escuelas normales resultaban "más baratas" que sus colegas del sexo opuesto, ya que, por las cualidades de su carácter y por falta de otras opciones laborales, se entregaban en forma más completa y prolongada al servicio de sus escuelas.

Si bien ésa fue la principal tendencia oficial en favor de la educación femenina, no todas las acciones gubernamentales se ajustaron fielmente a dicho objetivo. A raíz

de la promulgación de la Ley de Instrucción Pública de 1867, se observó en las esferas del poder cierto interés por abrir el abanico formativo de las mujeres. Prueba de esta novedosa preocupación fue el establecimiento de una "Escuela secundaria para personas del sexo femenino", cuyas metas no se redujeron a formar profesoras de educación elemental o a capacitar a las alumnas para el desempeño de algún oficio "propio de su sexo", como pretendió hacerse en la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres. Por el contrario, la Secundaria de Niñas, contemporánea de la Nacional Preparatoria, tuvo intenciones más amplias: además de moralizar a las alumnas y darles "ocupación en sociedad", reconoció como uno de sus propósitos vertebrales "proporcionarles los conocimientos generales que las pongan al tanto de los adelantos de la época".<sup>2</sup>

De manera simultánea, y a reserva de que se contara con los recursos necesarios para fundar la escuela normal prevista por el código de 1867, tanto la secundaria como la preparatoria debieron suplir tales funciones. Con tal fin, incluyeron en sus respectivos planes de estudio la asignatura de "métodos de enseñanza comparados" para alumnos o alumnas, según fuera el caso, que desearan dedicarse al magisterio. Es claro que las pretensiones iniciales de ambas instituciones rebasaban semejante objetivo; de ahí, en el caso del plantel femenino, la denominación de Secundaria Nacional de Niñas y no el de Normal de Profesoras con que pudo habersele identificado si ésta hubiera sido su intención vertebral, a más de que dicha legislación incluía uno y otro planteles. Al menos en teoría, la creación de la secundaria representó el primer intento oficial de alcance nacional de otorgar a las mexicanas una cultura "superior" y su plan de estudios llegó a incluir materias científicas, inexistentes hasta entonces en otros establecimientos educativos para mujeres.

Sin embargo, en la práctica las cosas fueron muy distintas y, pese a las expectativas de sus fundadores, las metas iniciales de la secundaria cedieron ante la demanda social: desde sus primeros años de vida, la secundaria se perfiló como un "semillero" de maestras, hasta que, por decreto del 4 de junio de 1888, se convirtió definitivamente en la Escuela Normal de Profesoras. Como expresara Ezequiel A. Chávez refiriéndose a aquel plantel, su carácter híbrido y la heterogeneidad de los conocimientos que impartía "tenían que dispersar las energías, evitando se concentrara

<sup>2</sup> "Editorial. Inauguración de la escuela de niñas", en *El Siglo Diez y Nueve*, 11 de julio de 1869, p. 1.

en la formación del profesorado todo el esfuerzo material, intelectual y pecuniario”.

Con todo, la importancia de la Secundaria Nacional de Niñas llegó a tal grado que, cuando Justo Sierra presentó ante la Cámara su proyecto de crear una universidad (7 de abril de 1881), la incluyó entre las escuelas constitutivas de dicha institución y, así, le confirió igual jerarquía que al resto de las instituciones nacionales de enseñanza ya creadas y de las que habrían de fundarse para dicho efecto.<sup>3</sup> Incluso, para evitar cualquier duda sobre su novedosa postura, precisaba que las mujeres tendrían derecho a cursar “todas las clases de las escuelas profesionales, obteniendo al fin de la carrera diplomas especiales, de la Escuela Normal y de Altos Estudios”. Añadía que en esta última escuela, considerada por el futuro secretario de Instrucción Pública como pináculo de los estudios universitarios, las mexicanas podrían obtener *los mismos títulos* que los varones, lo que equivalía a un inusitado reconocimiento de la capacidad intelectual y profesional del sexo opuesto, abiertamente cuestionada desde muy diversos grupos y posiciones, no sólo en esa etapa, sino en las posteriores. Si bien este primer proyecto universitario no tuvo eco en los medios políticos e intelectuales contemporáneos, muestra la disposición de un sector representado por Sierra en favor de la superación educativa de la población femenina.

Pero la transformación de la secundaria en escuela normal no liquidó las posibilidades de que las mujeres ampliaran su cultura sin tener que dedicarse al magisterio o, incluso, cursaran alguna carrera profesional, como de hecho empezó a suceder hacia mediados de los ochentas. De modo paulatino, las mexicanas reivindicaron su derecho a estudiar en la Preparatoria, posibilidad legalmente abierta desde los orígenes de dicho plantel, pero inoperante debido, como señalamos con anterioridad, a las rígidas simbolizaciones de género. Un primer acercamiento a la “sección inscripciones” del Fondo Escuela Nacional Preparatoria suministra datos de interés al respecto.<sup>4</sup> Hasta donde tenemos noticias, Matilde

Montoya fue quien inició el listado de preparatorias en 1882; un año después, Concepción Morales y Dolores Morales, tal vez hermanas, presentaron a la dirección de la escuela sus respectivos certificados de instrucción primaria y de buena conducta, aunque no consta que fueran aceptadas, pues no hemos localizado ningún otro documento de su paso por San Ildefonso. Les siguió un pequeño grupo, conformado por Herlinda e Ignacia García, Paz Gómez y Carmen Sastre, cuyos nombres aparecen a partir de 1885, mientras que Francisca Parra, Ynés Vázquez, María Sandoval y María Nájera se inscribieron entre 1887 y 1889. Con excepción de Paz Gómez, cuyo destino profesional no queda claro en la documentación respectiva, el resto —ocho en total— manifestaron interés por el área de medicina.

Entre 1891 y 1900, el número de alumnas matriculadas en la Preparatoria aumenta considerablemente. Hasta el momento, hemos localizado un total de 50 discípulas, originarias de distintas regiones de la República e, incluso, de dos países vecinos: Cuba y Estados Unidos de América. De acuerdo con el reglamento escolar vigente, tenían carácter “numerario” las que habían aprobado todas las materias del curso anterior; “supernumerario”, las que adeudaban alguna asignatura, y “oyentes”, las que simultáneamente estaban inscritas en alguna otra escuela oficial. Tales fueron los casos de Candelaria Manzano, alumna de la Escuela Nacional de Bellas Artes, o de María de Jesús Martínez y Etelvina R. Osorio, del Conservatorio Nacional. Sorprendente para la época fue la presencia de una viuda de 32 años de edad, Sofía Villagrán viuda de Rubio, quien solicitaba inscripción para el primer curso semestral de estudios preparatorios, seguramente convencida de la necesidad de mejorar su preparación, así como la de María Jiménez de Muñoz, bastante más joven (22 años) y casada.

De acuerdo con la información disponible, la mayor parte de las alumnas sólo permanecieron uno o dos años en San Ildefonso, pero hubo otras más perseverantes o irregulares como Elena Carrera (1885-1900), Juana Dávalos (1891-1895), Juana Díaz y Asunción Walker, quienes al terminar el ciclo preparatorio lograron matricularse en una de las escuelas superiores y cursar una carrera profesional. Entre ellas destaca Soledad de Régules, cuya documentación va de 1896 a 1899 y que, como sabemos, posteriormente se graduó como médica cirujana en la Escuela Nacional de Medicina.

Aunque no en todos los casos, la documentación consultada refleja las preferencias profesionales de estas primeras generaciones de preparatorias. De un total de 60 alumnas localizadas en las últimas dos décadas del siglo pasado,

<sup>3</sup> Además de la Secundaria de Niñas, la universidad ideada por Sierra en 1881 estaría conformada por los siguientes planteles: Escuela Nacional Preparatoria, Bellas Artes, Jurisprudencia, Ingenieros y Medicina, Ciencias Políticas, Altos Estudios y una Escuela Normal orientada a formar al profesorado de nivel superior. Cfr. artículo 2º de dicho proyecto en Sierra, “La Universidad Nacional [Proyecto de Creación]”, en *Obras completas*, vol. VIII, UNAM, México, pp. 66 y 333.

<sup>4</sup> Para elaborar este artículo se revisaron los expedientes de alumnas del Archivo General y la Colección Inscripciones del fondo Escuela Nacional Preparatoria del AHUNAM, aunque, por el carácter del trabajo, nos abstendremos de citar los documentos específicos de cada una de las jóvenes preparatorias localizadas entre 1882 y 1900. Con todo, los datos aquí registrados no son definitivos, pues continuamos la revisión documental del fondo Escuela Nacional Preparatoria.

28 se inclinaban por medicina, seis por farmacia, dos pretendían llegar a ser abogadas, una más notaria, otra de ellas manifestaba particular interés por la ingeniería y sólo una por la telegrafía. Aunque tanto estas jóvenes como sus familiares representaban al grupo más progresista de la comunidad, reproducían los patrones culturales predominantes y precisamente era el área de la salud la que garantizaba mayor aceptación social, tanto por la larga tradición femenina en este campo (enfermeras y parteras), como por la identificación entre el estereotipo femenino vigente y las aptitudes que se adjudicaban al desempeño profesional de la medicina.

Prueba de ello es la posición de algunos escritos de la prensa liberal que colaboraban a "airear" el tema y a preparar mentalmente a la ciudadanía para que flexibilizara sus posiciones al respecto. Desde inicios de los setentas y en tono crítico, *El Monitor Republicano* se refería a la abierta oposición de los estudiantes de medicina "de algunos lugares de Inglaterra" a la creciente presencia femenina en sus respectivos establecimientos. Para el escritor, el motivo de fondo que animaba a los inconformes era el temor a perder parte de su clientela potencial,<sup>5</sup> denuncia que invitaba a la reflexión y propiciaba un enfoque más realista del problema, pero en el propio entorno. El mismo cotidiano, varios años después, publicaba algunas cifras interesantes sobre la afición femenina por los estudios médicos; de un total de 114 alumnas inscritas en la Escuela de Medicina de París, 12 eran francesas, una americana, 8 inglesas, una austriaca, una griega, una turca y 90 rusas.<sup>6</sup> En la misma línea, un rotativo más mencionaba que de los 139 estudiantes de medicina de la Universidad de Zurich, 95 eran mujeres de diversas edades que, con su empeño, demostraban su capacidad. Pero, según el escrito, era en Japón donde "el feminismo" hacía mayores progresos: gracias al movimiento encabezado por la señora Hayotamo, mujer de un antiguo ministro, se habían formado cuatro importantes sociedades "para la elevación y cultura de la mujer desde el punto de vista moral, intelectual, físico y social".<sup>7</sup>

Fue también mediante la prensa como la sociedad porfirista se enteró de las vicisitudes que debió enfrentar Matilde Montoya para acreditar, mediante exámenes extraordinarios, sus estudios preparatorios y continuar con los

de medicina hasta obtener el primer título concedido a una mujer en dicha profesión. Asimismo, se ocupó de difundir las conquistas académicas de algunas mexicanas en el extranjero, como fueron los casos de Laura Mantecón de González, esposa del ex presidente de la República, Manuel González, quien obtuvo el título de doctora en medicina en una universidad estadounidense,<sup>8</sup> o el de la "Srita. Toral", quien una vez terminados sus estudios de medicina en Cincinnati, se proponía retornar a su país para ejercer la profesión.<sup>9</sup> Lo cierto es que, aunque se tratara de casos aislados, este tipo de información contribuía a discutir públicamente el tema y, aunque muy lentamente —como ocurre con los procesos históricos—, a modificar los arraigados patrones culturales de la sociedad mexicana.

Aunque siempre en condición minoritaria, la matrícula femenina en San Ildefonso fue en ascenso y, pese al sinnúmero de obstáculos simbólicos y concretos que estas pioneras de la Preparatoria tuvieron que enfrentar, poco a poco surgían nuevas voces en favor de su incorporación a dicha escuela. *El Correo de las Doce*, por ejemplo, tomaba abiertamente partido en favor de Matilde Montoya, quien desde su perspectiva había sido evaluada de modo injusto por el profesor de lógica, Francisco Rivas, ya que la alumna había dado muestras más que suficientes de "ilustración y talento".<sup>10</sup> Por su parte, *El Diario del Hogar* invitaba a la población femenina que deseara alcanzar "mayor honra y provecho" a seguir el ejemplo de la primera médica, opinión a la que se sumaba *El Correo de las Doce*, publicación que llegó a responsabilizar a algunos empleados y funcionarios del gobierno de la escasa presencia femenina en las instituciones de enseñanza media y superior. Eran ellos —acusaba el periódico—, los que "prevalidos de su posición social en los establecimientos de enseñanza secundaria procuran estorbar el ingreso [de] las jóvenes", tal como recientemente había ocurrido al negárseles inscripción en el plantel a "varias jóvenes de intachable reputación y notorias aptitudes intelectuales". Prejuicios tales, concluía el autor de un artículo, representaban una verdadera aberración.<sup>11</sup>

Pese a éstos y otros impedimentos, la matrícula femenina en la Preparatoria iba en aumento e, incluso, conforme

<sup>5</sup> "Gacetilla. Las mujeres médicas", en *El Monitor Republicano*, 12 de julio de 1873, p. 4.

<sup>6</sup> "Noticias varias. Doctoras en medicina", en *El Monitor Republicano*, 15 de diciembre de 1888, p. 2.

<sup>7</sup> "Feminismo", en *El Mundo*, 2 de agosto de 1902, p. 2.

<sup>8</sup> "Gacetilla. Doctora mexicana", en *El Monitor Republicano*, 7 de enero de 1891, p. 3.

<sup>9</sup> "Feminismo", en *El Mundo*, 2 de agosto de 1902, p. 2.

<sup>10</sup> "Escándalo en la Preparatoria", en *El Correo de las Doce*, México, 23 de diciembre de 1884, p. 2.

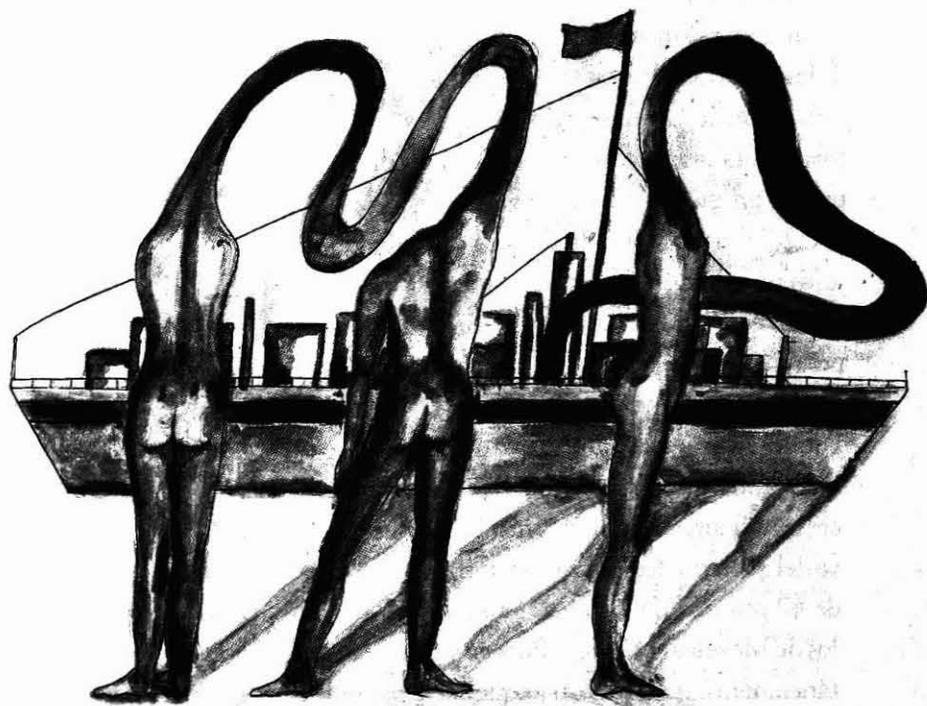
<sup>11</sup> "Al Diario Oficial", en *El Correo de las Doce*, México, 19 de febrero de 1885, p. 2.

pasaba el tiempo, las mujeres se atrevieron a incursionar en las disciplinas tradicionalmente masculinas, como lo prueban las tres candidatas a seguir estudios de derecho y la primera aspirante a la carrera de ingeniería. A esta toma simbólica de las aulas preparatorias seguiría la conquista de las profesiones liberales, mucho más difícil quizás por los múltiples intereses que, desde diversas posiciones y niveles, se oponían a redefinir las áreas de acción femeninas y masculinas. Pese a ello, fue en las postrimerías del siglo pasado y en la primera década del presente cuando surgieron las pioneras de este nivel educativo en México.

### "Abriendo brecha"

Hacia mediados de los ochentas del siglo pasado, se percibió un cambio significativo en el ámbito cultural del país; los días 24 y 25 de agosto de 1887 tuvo lugar en la Escuela Nacional de Medicina el primer examen profesional de una joven mexicana. Se trataba de Matilde Montoya, quien, tras enfrentarse a todo tipo de problemas, logró concluir exitosamente sus estudios y responder con "entereza, sangre fría y aplomo" las preguntas de los sinodales. El hecho revestía particular importancia pues rompía una barrera de siglos y contribuía a modificar las representaciones de género tradicionales. No por casualidad la escritora Laureana Wright presentaba a la médica como una auténtica heroína, pues "a fuerza de constancia había logrado vencer a la envidia y dominar a la ciencia",<sup>12</sup> mientras que otra autora más la definía como libertadora de su género y conquistadora del progreso.<sup>13</sup>

Sin embargo, Matilde Montoya no fue el único caso, ya que, si bien en número muy reducido, otras jóvenes seguirían su ejemplo hasta conformar la primera generación de profesionistas mexicanas. Aunque predominan las médicas, también hubo algunas odontólogas, una abogada y una egresada de la Escuela Nacional de Ingenieros. Den-



Laura Quintanilla

tro del primer grupo, además del de Montoya, titulada en 1887, conocemos los nombres de Columba Rivera, quien presentó el examen profesional de médica cirujana y obstetra en 1900; de Guadalupe Sánchez, que lo hizo en 1903; de Soledad de Régules Iglesias, en 1907, y de Antonia Ursúa, en 1908. Rosario Martínez fue un caso especial, pues, aunque terminó sus estudios en noviembre de 1906, no se recibió sino varios años después (1911). Por otro lado, el número de alumnas debió de ser mayor, sólo que seguramente no todas pudieron concluir la carrera: según datos de Mílada Bazant, hacia 1900 la Escuela de Medicina contaba con 18 alumnas de un total de 356 estudiantes. Sin embargo, es probable que, en dicha cifra, la autora incluyera a las estudiantes de obstetricia, carrera que atraía a mayor número de mujeres, pues para obtener el título respectivo sólo se exigía haber cursado la primaria superior y dos años de estudios en la Escuela de Medicina. Por ello, representaba una de las opciones profesionales de mayor demanda para las mujeres. Baste recordar que, únicamente en 1903, se graduaron siete nuevas parteras: Francisca García, Adela Vaca viuda de Mata, Rosario Rojas, Natalia Lamadrid, Francisca Campos, Isabel Pereda de Ruiz y María E. Ramírez.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> Laureana Wright, "La Srita. Matilde de P. Montoya", en *Las Hijas del Anáhuac*, 1º de enero de 1888, p. 54.

<sup>13</sup> Concepción Gimeno de Flaquer, "La primera doctora mexicana", en *La Mujer Mexicana*, México, agosto de 1907, p. 73.

<sup>14</sup> "Estadísticas de títulos profesionales [otorgados en 1903]", en *Boletín de Instrucción Pública*, t. III, 1903, p. 176.

Varias de las candidatas a la carrera de medicina contaron con cierta simpatía y apoyo económico de parte de las autoridades educativas y gubernamentales para la realización de la carrera. Al decir del *Hogar*, Matilde Montoya había arrancado sus estudios médicos en Puebla, pero el propio presidente Díaz la invitó a finalizarlos en la capital de la República, pues opinaba que nada más justo ni mejor que la primera doctora mexicana se titulara en esta ciudad. Con posterioridad y gracias a su irreprochable trayectoria académica, contó con el auxilio de Joaquín Baranda, secretario de Justicia e Instrucción Pública, a quien ella misma calificara como “mi bondadoso protector” y que en todo momento la ayudó a “vencer las dificultades que encontraba”. Asimismo, tuvo apoyo del gobierno federal, que le concedió una mensualidad de 40 pesos, y de algunos mandatarios estatales, como los de Morelos, Hidalgo, Puebla y Oaxaca, que “espontáneamente le señalaron pequeñas pero utilísimas pensiones”.

Los casos de Columba Rivera y Guadalupe Sánchez son semejantes: a la primera se le asignó una subvención mensual de 15 pesos a lo largo de su carrera (1894-1900), mientras que esta última obtuvo 20 durante sus estudios preparatorios y 15 en los profesionales, siempre en atención a sus buenas calificaciones. Pese a que Soledad Régules parece haber disfrutado de una condición económica más cómoda que sus antecesoras, también gozó del apoyo oficial. Tras finalizar sus estudios en la Nacional Preparatoria (1900) y de radicar un año en Europa, inició la carrera de medicina, en cuya última parte se vio favorecida con 30 pesos al mes y, una vez titulada, la Secretaría de Instrucción Pública la distinguió con una beca para realizar estudios de posgrado en el extranjero:

La Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, sabedora del aprovechamiento y de la conducta intachable de la nueva doctora, acordó pensionarla para que por espacio de dos años viva en Europa y se perfeccione allí en la carrera cuyo título acaba de adquirir. La señorita Régules marchará a París, probablemente dentro de poco tiempo, y allí concurrirá a las clínicas de hospitales famosos o de médicos renombrados, pues no le faltarán recomendaciones eficaces para lograr aproximarse a las celebridades científicas de aquel centro universitario del saber.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> “La cuarta doctora mexicana”, en *El Imparcial*, 19 de febrero de 1907, p. 3.

Pero, como señalamos antes, junto a estas precursoras de la medicina hubo algunas jóvenes que se atrevieron a ir más allá, incursionando en las áreas del conocimiento juzgadas típicamente masculinas. Egresada de la Escuela Nacional Preparatoria, María Sandoval cursó la carrera de abogada entre 1892 y 1897 y, como sus compañeras médicas, disfrutó de una pensión mensual para realizar sus estudios, aunque en alguna ocasión sus calificaciones fueron inferiores a las exigidas a los y las alumnas becados. Incluso, Sandoval recibió la suma de 45 pesos para “expensar los gastos de recepción en dicha escuela” —prerrogativa que no habíamos observado en los casos anteriores—, lo que, una vez más, muestra la disposición oficial favorable hacia las estudiantes. Sin embargo, esta “simpatía” no dio lugar a un trato de excepción: en términos generales, las futuras profesionistas se atuvieron a las mismas reglas que sus compañeros varones, y si ocasionalmente gozaron de algún beneficio fue dentro de lo estipulado por la legislación y la práctica escolares.

Como había sucedido con Matilde Montoya, el examen profesional de María Sandoval (julio de 1898) motivó algunos comentarios de la prensa. *El Imparcial*, además de referirse a su corta edad, que “apenas ocultará unos 22 años de edad”, y a su agradable presencia, subrayaba el acierto y la precisión de sus respuestas, reflejo —decía— de los “profundos conocimientos que ha adquirido en derecho”. Pero los méritos de la examinada no quedaban ahí: la tesis profesional era, de acuerdo con muchos de los abogados asistentes al acto, “una verdadera pieza jurídica” y, en su práctica como pasante, la nueva licenciada había hecho un brillante papel, donde destacaba particularmente el juicio en que logró demostrar la inocencia de una mujer acusada de asesinato.<sup>16</sup>

*El Mundo* aprovechaba el “inusitado acto” para atacar “la doctrina antifeminista”, partidaria de la división sexual del trabajo, y apoyar el valor de esas primeras profesionistas, cuyo empuje le parecía digno de ejemplo, ya que las hacía emanciparse de la tutela del hombre, bastarse a sí mismas y procurarse, por medio del estudio y del trabajo, una posición decorosa y digna y medios más nobles y amplios de subsistencia. Finalmente, dejando a un lado las posturas más tradicionales, observaba que “la mujer come igual que el hombre” y, como él, debía de estar suficientemente preparada para enfrentarse a la

<sup>16</sup> “La primera abogada mexicana. Aprobada por unanimidad”, en *El Imparcial*, 11 de julio de 1898, p. 3.

vida: "Por eso, cuando una Matilde Montoya o una María Asunción Sandoval se sobreponen a esas preocupaciones, estudian, pasan exámenes y conquistan un título profesional, las aplaudimos, las felicitamos, y las consideramos como los apóstoles y las precursoras de la rehabilitación de la mujer".<sup>17</sup>

Otro escritor más atraído por el tema fue "Juvenal", quien en *El Monitor Republicano* comentaba la novedosa presencia de algunas señoritas en la Escuela de Jurisprudencia, futuras abogadas que fungirían como jueces, magistrados o representantes del Ministerio Público y que, por su probada capacidad intelectual y "sexto sentido", atemorizaban a sus colegas del sexo opuesto. Lo importante, decía, es que "en nuestra patria la mujer ya ocupa la tribuna, ya diserta, ya perora; ¡quién quita que andando el tiempo la veamos en los escaños del Congreso predicando en contra de la reelección!"<sup>18</sup>

En cambio, Dolores Correa Zapata, integrante del reducido grupo de mujeres profesionistas que, a través de la revista *La Mujer Mexicana*, conjugaban esfuerzos en favor de la causa femenina, era bastante más crítica. Lejos de concretarse a celebrar el surgimiento de la primera abogada, la profesora Correa cuestionaba a la comunidad de su tiempo con una pregunta difícil de contestar: ¿por qué en un país de doce millones de habitantes, de los cuales siete millones eran mujeres, sólo había una abogada? Representativa de esa vanguardia intelectual y profesional, Correa Zapata aprovechaba la difícil trayectoria académica de María Sandoval para denunciar las múltiples dificultades que caracterizaban el camino profesional de cualquier mujer. Pero —aclaraba— no lo hacía para perderse en las "inútiles lamentaciones" de siempre, sino para que, con base en la experiencia y ejemplo de estas primeras profesionistas, se ampliaran los horizontes culturales y laborales femeninos, única forma de contribuir al futuro progreso de su sexo.<sup>19</sup>

Muy comentada fue también la inscripción, en 1910, de la alumna de ingeniería Dolores Rubio Ávila, pues hasta entonces sólo se recordaba el caso de otra joven, inscrita con anterioridad en la carrera de ensayador

de metales, "pero que desertó a lo mejor de la carrera".<sup>20</sup> Nacida en Chihuahua, Dolores debió de pertenecer a una familia de pocos recursos, pues para continuar sus estudios en la Nacional Preparatoria solicitó al ministro de Justicia e Instrucción Pública una pensión o una clase en alguna escuela primaria nocturna. A manera de justificación, la estudiante destacaba una conducta y calificaciones irreprochables a más de amplios conocimientos, certificados por varios profesores, sobre métodos pedagógicos. Finalizado el ciclo preparatorio (abril de 1910), Rubio Ávila optó por la carrera de metalurgista y, a sabiendas de que no era su especialidad, solicitó una de las cuatro becas otorgadas por el ministerio a los estudiantes de ingeniería de minas. Desconocemos si la ayuda le fue concedida, pero dos años después la joven había cubierto el plan de estudios de la carrera de ensayador y únicamente adeudaba la parte práctica que, al parecer, realizó en la Casa de Moneda.

Desafortunadamente, desconocemos la identidad de las otras estudiantes de jurisprudencia que menciona "Juvenal", así como la trayectoria profesional, en caso de que hubieran ejercido, de María Sandoval y de Dolores Rubio. Habrá que esperar nuevos estudios sobre la matrícula femenina de las distintas escuelas nacionales para tener una idea más precisa de esas primeras generaciones de mujeres profesionistas, pues a la fecha sólo se conoce la tesis doctoral de Gabriela Cano sobre la Escuela Nacional de Altos Estudios (UNAM, 1996). Sin embargo, la información recabada hasta el momento refleja que, a partir de la década de los ochentas del siglo pasado, se empezó a perfilar un cambio en el comportamiento educativo de las mexicanas, quienes por vez primera se atrevieron a pisar las aulas de la Preparatoria y de las escuelas superiores. Gracias al apoyo que les brindaron algunas autoridades educativas, al espíritu progresista de sus respectivas familias, pero sobre todo al valor y la perseverancia de las jóvenes estudiosas, paulatinamente, ante el asombro y no pocas veces inconformidad de la sociedad porfirista, se empezaron a fracturar las viejas estructuras ideológicas y, en este caso, académicas, que por siglos impidieron a las mexicanas el acceso al estudio y ejercicio de las profesiones liberales. La brecha estaba abierta; lo demás sería cuestión de tiempo. ♦

<sup>17</sup> "La regeneración de la mujer. Un juriconsulto del bello sexo", en *El Mundo*, 14 de julio de 1898, p. 1.

<sup>18</sup> "Juvenal" [Enrique Chávam], "Charla de los domingos", en *El Monitor Republicano*, 12 de junio de 1892, p. 1; *El Monitor...*, 3 de julio de 1892, p. 1.

<sup>19</sup> "¡Año nuevo! A la mujer mexicana", en *La Mujer Mexicana*, enero de 1904, p. 1.

<sup>20</sup> *Revista de Revistas*, 13 de julio de 1910, p. 16. Cfr. Moisés González Navarro, "El Porfiriato. La vida social", en Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, Hermes, México, p. 636.

# Las tendencias en el artículo de costumbres

IRMA LOMBARDO

Los géneros periodísticos de opinión distinguen el desarrollo del periodismo crítico, político y de polémica practicado durante varias décadas del siglo XIX. Editorial, artículo de opinión, crónica parlamentaria y artículo de costumbres son las formas de expresión elegidas para difundir hechos e ideas que los escritores consideran de interés público. Son el conducto para suscitar la reflexión de los lectores; de allí su utilidad para aclarar y legitimar acciones políticas, explicar situaciones y confrontar puntos de vista con los contrarios. La finalidad del escrito de opinión es inducir la participación activa de cada uno de los lectores en la vida pública. Por otra parte, la forma de redactar y presentar la información en las distintas estructuras de opinión y en espacios específicos del periódico permite conocer el estilo de hacer periodismo.

Debido a ello, conviene establecer una relación entre el tema, la manera de abordarlo y el género periodístico, por un lado, y, por otro, un marco histórico específico; así resulta posible localizar propósitos políticos, sociales y culturales, es decir tendencias.

Lo anterior viene a colación por el tema de este escrito: las tendencias en el artículo de costumbres, o bien, como asevera el refrán popular: caras vemos, corazones no sabemos.

## Un primer acercamiento al tema

En los semanarios de corte moral-literario-periodístico que circulan en Inglaterra y contagian a Francia, España y las colonias americanas hacia los siglos XVII y XVIII, se

aprecia la intención de penetrar en el ámbito privado de los lectores para educar e ilustrar a éste.

En México, hacia la cuarta década del siglo XIX, empiezan a editarse ese tipo de publicaciones y entre ellas destacan las destinadas al bello sexo. Allí, el cuadro o artículo de costumbres hace acto de presencia.

El *Semanario de las señoritas mejicanas* (1841-1842), editado por Isidro Rafael Gondra y Vicente García Torres, informa que el cuadro de costumbres tiene por objeto pintar en vivo las ridiculeces de los hombres o las preocupaciones de las mujeres.<sup>1</sup> En opinión del periódico, se trata de artículos bonitos que hacen reír y evitan el lagrimeo. En ellos se localiza una "Panchita" y una "Lolita". Incluyen refranes y descripciones. No utilizan palabrotas de horror como fantasma, vértigo, sensibilidad o maldición. En ellos nadie muere ni se consuman venganzas ni castigos. Tampoco hay plañideras... ni siquiera amantes románticos desafiándose o suicidándose. Ahí se encuentra gente llana y corriente, como todos nosotros, y los acontecimientos son ordinarios.

De acuerdo con ese contenido se les clasifica. Los hay de corte metafísico, y también enfáticos, románticos e incluso altisonantes. Hasta aquí un primer acercamiento al tema.

## Una primera cara y su respectivo corazón

En la época actual, se ha privilegiado el estudio de la propuesta liberal. En este bando se adscribe a Guillermo Prieto

<sup>1</sup> "Cuadros de costumbres. Diálogo entre una suscriptora y el editor", en *Semanario de las señoritas mexicanas*, t. III, 1842, pp. 240, 241-245.

—poeta épico y lírico, además de tenaz periodista— como el primer autor nativo que publicó cuadros de costumbres en México, y se le atribuyen más de un centenar de ellos.

Un buen número de sus escritos se difundieron en los semanarios editados por Ignacio Cumplido, como *El Mosaico Mexicano* (1836-1837, 1840-1842) y *El Álbum Mexicano* (1849). Además, *El Siglo Diez y Nueve*, en su sección de "Variedades", incluyó esos artículos de 1845 a 1852, y años más tarde, hacia 1878, bajo el título "San Lunes de Fidel".

Prieto elaboró por escrito copias exactas de la sociedad de su tiempo. Capturaba los hechos, las palabras y hasta los pensamientos de las distintas clases de la sociedad y los transmitía frescos al público. Los temas que abordaba provenían de la realidad y eran actuales, guardaban cercanía con los lectores y con su entorno, pues reflejaban las diferentes situaciones que vivían.

Con la finalidad de que el país alcanzara el progreso, pretendía exhibir y corregir costumbres, y con tal fin eligió temáticas referentes a los individuos y sus hábitos cotidianos, como el trabajo, la vestimenta, la comida, los ritos religiosos, las diversiones y paseos, los sentimientos y las emociones.

Prieto observa la vida de todos los días y, para pintar sus cuadros de una manera fiel, narra situaciones y describe las costumbres y los comportamientos de los personajes. En estos asuntos los lectores se ven a sí mismos como tema de conversación, son protagonistas de él. Se establece una relación entre autor y lector porque hay una búsqueda de lo humano. También se da lugar a que la crítica sea un elemento de conversación.

El escritor emprende la tarea de localizar ejemplos de aquellos caracteres que ocultan los verdaderos sentimientos y pasiones de los hombres, a causa de la imposición de valores procedentes de una dinámica familiar que giraba en torno a la religión. Intenta poner al descubierto esa doble moral de los hombres, adquirida de su vida en sociedad. De allí que en sus cuadros de costumbres figuren las personas vanidosas, los hipócritas, los ociosos, los que carecen de valores.

Fidel argumenta con la realidad para hacer ver a sus lectores lo inadecuado de su proceder. Y aquí vale la pena recordar: parte del principio de que los hombres son libres y justos, y están dotados de razón y entendimiento; por esto, los escritos de Fidel sirven para prepararlos y ofrecerles rasgos de identidad que permitan conformar una mística



Dulce María Núñez

social favorable a la unidad entre los hombres. La modificación de las costumbres ayudará a crear al hombre positivo, tan necesario para la República.

En la propuesta liberal, el artículo de costumbres forma parte de una estrategia para impulsar la transformación político-social. Es un acto comunicativo; de allí que, desde mi punto de vista, siga resultando útil hasta nuestros días.

### *El corazón de Mequetrefe. Una interpretación*

Sin embargo, lo dicho hasta aquí de Guillermo Prieto es una mentira, según la opinión atribuible al autor de cuadros de costumbres del bando conservador, por las razones que en seguida veremos.

Para Fray Gerundio mexicano, Mequetrefe, Tirabeque, Juan Coneja o Pelegrín, Guillermo Prieto es Dandini. Este personaje es un joven de veinticinco años que se viste con estudiado descuido, tiene modales afectados y es altanero. Quiere darse a conocer con un artículo de costumbres sobre las chinampas. Firma con seudónimo pero varios de sus amigos tienen el encargo de propagar su verdadero nombre.



Dulce María Núñez

Dandini estudia costumbres y juega al ajedrez en algún café, sólo para matar el tiempo. Se dedica a filosofar en las fondas, en los cafés, en los toros, en los teatros, en los billares y hasta en lugares menos decentes. Recoge anécdotas de cocheros, de alcaldes de barrio. Pinta al populacho porque las sociedades alta y media son más difíciles de estudiar, cuesta más trabajo representarlas y las personas que forman parte de ellas pueden ofenderse. Carece de lecturas clásicas porque es romántico. Lee a Ripalda y el Catón cristiano. Le prestaron un tomo de Zorrilla y otro del Curioso Parlante; uno le sirve para escribir en género serio y el otro, en el jocoso. Además de artículos de costumbres, escribe poesías. Valgan algunos ejemplos: "El baile en el cementerio", "El hijo de la maldición", "Plegarias del condenado", "Banquete de los gusanos", "Los gemidos del placer" y "El diablo en el campanario".

En verdad, aseveran sus antagonistas, los artículos de Dandini pintan al populacho con toda la grosería que lo envilece, hace creer a los extranjeros que no conocen nuestra nación, que toda ella es plebe. Se preguntan qué utilidad pueden tener los textos de Dandini si el pueblo no los

ha de leer, y si por casualidad los leyera ningún provecho sacaría porque no se burla solamente de sus costumbres, sino que hace una cansada relación de lo que ha visto, de una manera tan poco decorosa que necesariamente repugna a la gente culta.<sup>2</sup>

Todos estos comentarios dan una idea del estilo empleado para desprestigiar al afamado liberal Guillermo Prieto.

Cabe señalar que los artículos de costumbres de Fray Gerundio mexicano adoptan el sentido crítico y político de la época y reprobaban la actuación del bando liberal en diferentes aspectos: político, literario, moral.

Desde las páginas de *El Universal*, el citado Fray Gerundio se presenta con una epístola introductoria a sus hermanos creyentes en Jesucristo. Les advierte que, cuando sus artículos traten de costumbres, criticará los hábitos considerados punibles y pintará los vicios con sarcasmo y sátira mordaz.<sup>3</sup>

El empleo de este género periodístico, en boga por parte del bando conservador, coincide con el momento en que la nación convalece de sus quebrantos, el erario está exhausto, las rentas de los estados aniquiladas y la desmoralización cunde en todos los ámbitos.

A pesar ello, Fray Gerundio mexicano atiza la discordia: desprestigia al grupo que milita en las filas de *El Siglo Diez y Nueve* y de *El Monitor Republicano*, le atribuye la guerra del 47 y lo culpa de la victoria estadounidense.

Ejemplifico lo antes dicho con un escrito gerundiano publicado en el mes del silencio, según se afirma, del año (1848) en que "si nos descuidamos nos lleva la trampa."<sup>4</sup> En su opinión, los liberales "no sostuvieron su independencia ante un puñado de ebrios, de soldados sin instrucción, sin disciplina y sin valor". Huyeron ante el ejército de chivos del norte y este hecho "levantó un gran velo a este pueblo tan escarnecido por sus mandarines, tan vilipendiado por esas sanguijuelas patrióticas". El resultado fue que el pueblo respondió burlándose de los nombres de patria, libertad, nacionalidad e independencia: "silbado en sus

<sup>2</sup> "Variedades. Dandini", en *El Universal*, 5 de febrero de 1849, pp. 3-4.

<sup>3</sup> "El Fray Gerundio mexicano a los lectores de *El Universal*", en *El Universal*, 18 de noviembre de 1848, p. 4.

<sup>4</sup> "Variedades. Contestación de Fray Gerundio a Fray Ablativo Absoluto", en *El Universal*, 14 de diciembre de 1848, p. 4.

derrotas a sus farsantes de faja, charretera y bastón, que tan bien sabían jugar a los naipes y no a las acciones de guerra; se mofó de ellos y de sus problemas liberticidas, de su valor en el gallinero, de su cacareo en los cafés”.<sup>5</sup> Fray Gerundio señala, en ese mismo artículo sarcástico —el cual acusa a los liberales de cobardía ante el ejército invasor—, que “al final del drama representativo, soberano, libre e independiente la rechifla fue tan general, que aquel acto se asemejaba al de una plaza de toros”.

Cabe apuntar que legisladores y ministros son objeto permanente de escarnio. Se les califica de progresistas de rapiña, de engañifa y mala fe. Ocupan puestos sin tener méritos suficientes, son charlatanes que usan frases huecas. Intrigan, estafan al erario, son déspotas, arbitrarios, cobardes. Se encubren con la carnalesca careta de un valor tan mentido como todos sus embustes.

En este caso, Fray Gerundio mexicano presenta a Don Ciruelo, persona de importancia y buen republicano, liberal por principios y déspota de carácter. Desde su punto de vista, es el mejor ejemplo de la trayectoria de aquellos liberales interesados en la política.<sup>6</sup>

Informa de la participación de Don Ciruelo en favor de la libertad y en contra de la tiranía. Después, al caer su partido, en virtud de un pronunciamiento acaudillado por Don Cualquiera, se quedó patitieso y se afilió a la contrarrevolución. Años más tarde fue comunista, después anticomunista, escritor de oposición, después diputado y finalmente ministro.

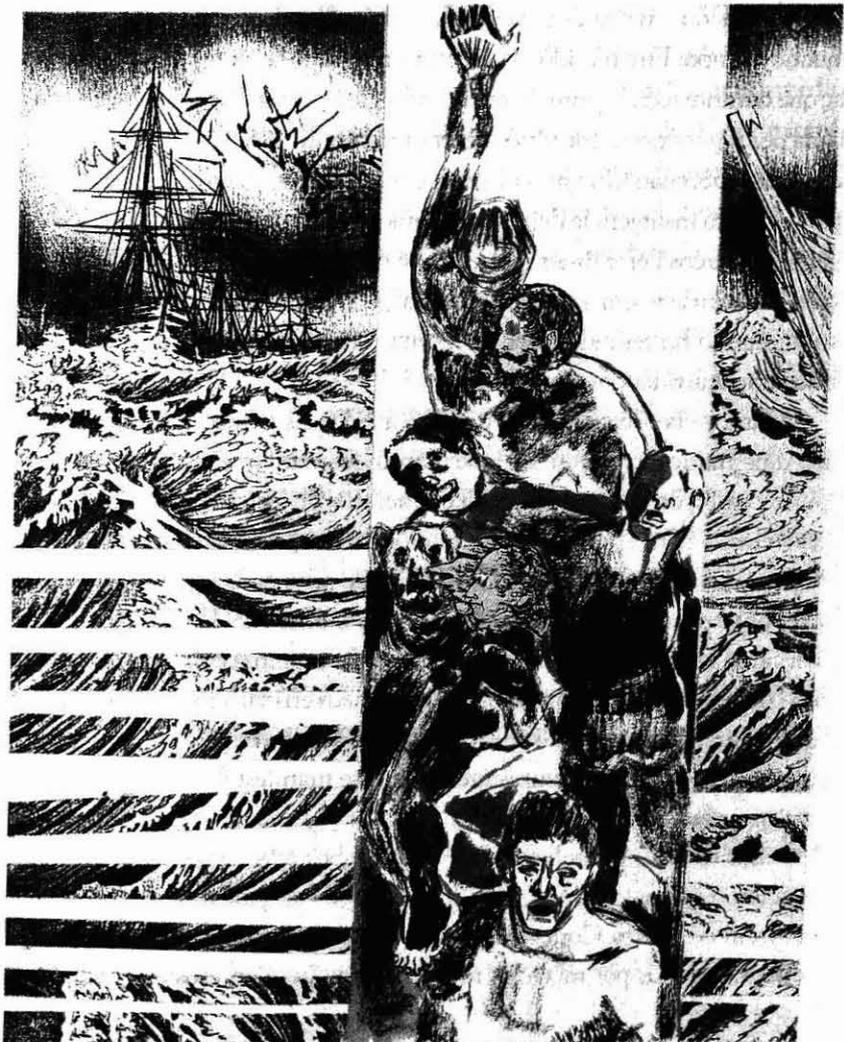
Al caer del ministerio se encontró no en la calle, sino en su magnífica casa en donde tenía una caja de hierro perfectamente arreglada y con buenas entrañas. En fin, prestó buenos servicios a la patria. Mientras el soldado y el ciudadano derramaban su sangre en los campos de batalla, él desocupaba las cajas nacionales, con el fin de que, en caso de desgracia, los enemigos no tomasen los caudales.

Don Ciruelo es un tanto filarmónico. Los frailes le llaman “do de abajo”, porque se mascó varias encomiendas religiosas; los curas “re”, porque los quiso arreglar libremente

con objeto de que ciertas mandas cristianas sufrieran algún retroceso; el pueblo “fa”, porque bajo su administración las cosas marchaban de un modo fatal; “sol” le denominan ciertos seres satíricos porque, cual otro sol, alumbraba y daba luz a una porción de pillos y aduladores, y “la” se refiere a ciertos pecadillos nacionales que atentan directamente contra el séptimo.

A todo esto hay que agregar los ataques del costumbrista conservador hacia las libertades individuales porque, opina, un ciudadano libre está autorizado para robar, estafar, casarse cuando, como y en la forma en que le dé la gana.

Es así como, al relacionar un género periodístico, los temas y la forma de abordarlos con un momento social concreto, se localiza este reactivo y reaccionario corazón desestabilizador de Mequetrefe, al cual habrá que seguir estudiando con el propósito de conocer sus propuestas en tanto representante del grupo conservador. En este caso, solamente presentamos un avance de investigación y, por supuesto, una opinión particular que requiere una mayor fundamentación teórica. ♦



Dulce María Núñez

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> “Variedades. Don Ciruelo”, en *El Universal*, 24 de enero de 1849, p. 3.

# El gobierno de Adolfo Ruiz Cortines y la dictadura militar venezolana (1952-1958)

FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO T.

Quizá sea conveniente iniciar este trabajo con el recordatorio de que nuestro país rige su política exterior sobre los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos, amén de que presumió durante mucho tiempo de su condición revolucionaria, por lo que no fue bien visto por las dictaduras que en este continente han sido, las cuales gozaron de cabal salud durante mucho tiempo. Éste ha sido el caso concreto de Venezuela, que durante toda la primera mitad del siglo XX fue gobernada por regímenes autoritarios de impronta militar, hasta enero de 1958, cuando un movimiento cívico-militar, acompañado de la insurgencia del pueblo caraqueño, derrocó al general Marcos Pérez Jiménez, hecho que marcó la transición hacia la democracia representativa —la cual, por cierto, tampoco ha rendido buenas cuentas en los cuarenta años transcurridos desde entonces.

Durante la década que va de 1923 a 1933, las relaciones diplomáticas con Venezuela se mantuvieron interrumpidas a causa de unas tronantes declaraciones de José Vasconcelos contra el presidente dictador de ese país, Juan Vicente Gómez. Se restablecieron el 24 de julio de 1933, al conmemorarse el sesquicentenario del natalicio del Libertador. Por cierto, la noticia se presentó en la prensa con un bajo perfil, en un afán de que pasara inadvertida, aunque las manifestaciones de descontento no dejaron de producirse, pues los estudiantes mexicanos se manifestaban acérrimos antigomecistas.

Las relaciones diplomáticas entre ambos países prosiguieron normalmente, a pesar de los cambios de gobierno acaecidos en ellos. Concretamente, en Venezuela se sucedieron algunos por métodos no ortodoxos, pero en esos

casos México aplicó la Doctrina Estrada, promulgada en septiembre de 1930 ante la urgencia de contar con una definición de política exterior frente a los numerosos golpes de Estado provocados por la crisis de 1929, que tuvo perversos efectos sobre América Latina.

A la primavera democrática de la inmediata posguerra sucedió una serie de golpes de Estado que inscribieron a la región dentro del clima autoritario de la guerra fría. Como lo hizo también en Perú, donde gobernaba el general Manuel Odría, cuyo periodo presidencial abarcó de 1948 a 1956, México envió como su representante diplomático en Venezuela a un influyente miembro del Ejército, el general de división Ignacio Otero Pablos, antiguo miembro del Estado Mayor del general Obregón y sonoreense como él, quien duró en la embajada dos años, de 1950 a 1952. Como es lógico suponer, nuestro representante diplomático simpatizó con el régimen militar establecido en Venezuela a partir del cuartelazo contra Rómulo Gallegos en noviembre de 1948. En ambos países se hallaban en el poder gobiernos desarrollistas que pregonaban la necesidad de superar el atraso y la miseria que entorpecían el mejoramiento integral de nuestros pueblos, mientras se daba primordial importancia a la realización del ideal modernizador, expresado en las obras materiales. Las relaciones diplomáticas de nuestro país con el gobierno militar venezolano fueron tersas, al grado de que en septiembre de 1952, en vísperas del término del gobierno presidido por el licenciado Miguel Alemán Valdés (1946-1952), se condecoró a los integrantes de la Junta de Gobierno con el Águila Azteca.

Durante los diez años de gobierno militar, en Venezuela (1948-1958) se vivió una época de prosperidad y cre-

cimiento económico, basada en la creciente exportación petrolera y en el mejor precio alcanzado por el energético (desde 1928 hasta 1960, Venezuela fue el segundo productor mundial de crudo, después de los Estados Unidos. En esa segunda fecha, fue superado por la extinta Unión Soviética). Con los recursos provenientes de ello, se afianzó el intervencionismo estatal en la economía, se efectuó una importante labor en pro de la modernización de la infraestructura y se apoyó el establecimiento de industrias básicas con el fin de independizar a la economía de la excesiva dependencia petrolera y para satisfacer "los requerimientos integrales de la defensa nacional".

La opulenta Caracas fue sede de la X Conferencia Interamericana celebrada en marzo de 1954, cuando se promulgó la declaración anticomunista que dio luz verde a la agresión contra el gobierno reformista de Jacobo Arbenz. En la misma, los gobiernos mexicano y venezolano insistieron en que, para atajar el creciente peligro rojo, era necesario el crecimiento económico y la ayuda internacional al desarrollo con el fin de lograr mejores condiciones de vida, pues un pueblo pobre y abatido era presa fácil del comunismo. Así lo señaló Adolfo Ruiz Cortines en su informe presidencial de septiembre de 1954, en referencia a dicho encuentro (después de hacer declaración de fe de los principios rectores de la política exterior mexicana: "La solución pacífica de los conflictos, la no intervención en los asuntos internos o externos de los Estados, la solidaridad en la defensa ante la agresión, y la colaboración indispensable en todos los planos, para el armónico desarrollo del sistema interamericano"):

Como lo habíamos hecho ya en otras conferencias interamericanas, México afirmó el convencimiento que tiene de que uno de los mejores medios para asegurar a la democracia en América debe buscarse en el progreso económico y en el perfeccionamiento de la justicia social en todos sus pueblos, oponiendo —a la propaganda de doctrinas que no corresponden a lo esencial de nuestra mexicanidad— un impulso cada vez más vigoroso en el ejercicio real de la democracia.<sup>1</sup>

En dicha reunión nuestro país se batió valerosamente por los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos, pero sus esfuerzos fueron nulificados por la

<sup>1</sup> Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Enero a diciembre de 1954, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Luis Padilla Nervo, secretario del ramo, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1955, p. 12.

delegación norteamericana encabezada por el secretario de Estado John Foster Dulles, artífice de la guerra fría, y el escaso entusiasmo que sus propuestas despertaron en sus contrapartes latinoamericanas, por lo que se decidió por la abstención.<sup>2</sup> Anotemos que sí fue aceptada la proposición mexicana de debatir el tema "Derechos Humanos: medidas tendientes a promover los Derechos Humanos sin menoscabo a la soberanía nacional y al principio de no intervención", iniciativa aprobada por los países participantes. Anteriormente, en la IX Conferencia Interamericana celebrada en la primavera de 1948 en Bogotá, Colombia, nuestro país no secundó la iniciativa venezolana, presentada por Rómulo Betancourt, de que sólo gobiernos elegidos democráticamente podrían ser miembros de la recién creada Organización de Estados Americanos y rechazó la moción presentada por ese país, Uruguay y Guatemala, quienes propusieron que el nuevo organismo "previese la acción solidaria contra violaciones a los derechos humanos en el seno de los estados americanos",<sup>3</sup> en consideración a que pudiera usarse como pretexto intervencionista. El cambio de actitud de nuestro país se debió, principalmente, al hecho de que, en 1954, 13 de las 20 repúblicas latinoamericanas eran gobernadas por regímenes militares, por lo que el tema del respeto a los derechos humanos cobró mayor relevancia.

El embajador mexicano designado en Caracas a mediados de 1955, licenciado Salvador Martínez de Alva, diplomático de carrera asignado previamente en nuestra misión en Quito, reportaba a la Secretaría de Relaciones Exteriores que, en virtud del alto costo de la vida en la capital venezolana, "la alternativa es mandar aquí a un multimillonario que conozca el oficio y que esté dispuesto a gastar sus millones". Asimismo, era necesario remozar y amueblar la misión y aumentar el personal a ella adscrito, "si México desea hacer un papel aunque sólo sea moderadamente discreto en este país". Informó, igualmente, que en la primera semana de diciembre se inaugurarían obras por valor de más de 1 105 millones de bolívares, unos 4 500 millones de pesos mexicanos, y concluyó: "Se puede decir que, por el momento, el mayor problema del gobierno de este país, es encontrar en qué invertir sus enormes ingresos."<sup>4</sup> (A manera de analogía, apuntemos que durante el sexenio alemanista

<sup>2</sup> Vid., Olga Pellicer de Brody y Esteban L. Mancilla, *Historia de la Revolución mexicana. Periodo 1952-1960. El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador*, vol. 23, Colmex, México, pp. 97-114.

<sup>3</sup> Demetrio Boersner, *Relaciones internacionales de América Latina*, Nueva Sociedad-Nueva Imagen, México, 1982, p. 256.

<sup>4</sup> Secretaría de Relaciones Exteriores, Exp. III-1722-1.

las inversiones directas del gobierno federal sumaron más de cinco mil millones de pesos, según el secretario de Hacienda Ramón Beteta.)<sup>5</sup> A principios de 1956, Martínez de Alva afirmaba que el gobierno venezolano se consolidaba cada día más: lo apoyaban, "incondicionalmente, la prensa, el ejército, la Iglesia, el comercio, la industria, el petróleo, y la embajada de los Estados Unidos". Lo único que podía cambiar la situación era un cuartelazo, lo que veía difícil, pues las fuerzas armadas, "que todo lo dominan, parecen estar también satisfechísimas".<sup>6</sup> El optimismo era tal, que el señor Giuseppe Bettiol, presidente de la comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados italiana, declaró: "Dentro de diez años, a mi parecer, Venezuela será el primer país de América del Sur y, proporcionalmente, más fuerte económicamente que los Estados Unidos."<sup>7</sup>

Las noticias que se publicaban en Caracas respecto a nuestro país se vinculaban sobre todo con la industria cinematográfica nacional y sus principales actores, así como con toreros, futbolistas, vedetes y asuntos culturales como el muralismo y la arquitectura mexicanos. También se informaba, discretamente, de movimientos huelguísticos estudiantiles y de la actividad de los exiliados políticos en México, que formaban legión. Como escribía nuestro embajador a mediados de 1956: "Sigue reinando entre México y Venezuela y entre la prensa de uno y otro país, la misma tónica suave, indiferente y vaga."<sup>8</sup> Martínez de Alva se preocupó por alertar a nuestro gobierno sobre los afanes expansionistas del gobierno militar venezolano, que durante la década de su predominio apoyó económicamente a varios países latinoamericanos, sobre todo de la cuenca del Caribe y de Centroamérica, algunos todavía no independientes, en una suerte de Plan Marshall tropical cuya finalidad era crear un entorno favorable, una zona de influencia de naciones amigas,



Dulce María Núñez

necesaria si se tiene en cuenta que el acceso de Venezuela al mar abierto está marcado por un cinturón de islas. Se buscaba llenar el vacío que dejarían las potencias coloniales al abandonar la región; como afirmaba el hombre fuerte, el general Pérez Jiménez: "Hay que exportar obras, no dinero. Hay que exportar civilización. Hay que darle a esos pueblos lo que ellos no habían tenido con sus colonizadores."<sup>9</sup> Las intenciones no eran tan altruistas, por supuesto. La prensa de la época escribía con todas sus letras que las Antillas Holandesas debían ser venezolanas, no sólo por la evidente cercanía geográfica, sino porque existían múltiples similitudes religiosas, culturales y étnicas entre ellas y el país sudamericano. Se confiaba en que los mismos habitantes de las islas pedirían su incorporación al millonario vecino cuando se independizaran de sus metrópolis. Martínez de Alva escribía al respecto: "Personalmente creo que el gobierno de Venezuela hace

discretamente cuanto puede para ganarse el afecto de los antillanos con miras a una unión a la que creen tener pleno derecho desde mil puntos de vista."<sup>10</sup> En agosto de 1956, volvió a tocar el tema:

Los venezolanos que forman la oligarquía se sienten no sólo eufóricos, sino arrogantes, soberbios, agresivos, y no es ya secreto para nadie que el Gobierno de Venezuela aspira a adquirir en la primera oportunidad no sólo territorios realmente vecinos, sino Trinidad, las Antillas Holandesas y las Guayanas, y que aspiran asimismo a extender su radio de acción sobre Centroamérica y quién sabe qué otros países más.

A fines del mismo año apuntaba: "Aunque parezca increíble, ya se consideran amos del Caribe."<sup>11</sup>

Como es lógico suponer, Venezuela mantenía relaciones estrechas con los países cuyos gobiernos eran similares al suyo, como el Paraguay de Stroessner, el Perú de Odría y la Guatemala de Castillo Armas y de su sucesor Ydígoras Fuentes. En relación con el diferendo sobre Belice, quizá

<sup>5</sup> Ramón Beteta, *La realidad económica mexicana*, Nuevo México, México, s-f, p. 28 (Discurso pronunciado en la XVIII Convención Nacional Bancaria, abril de 1952).

<sup>6</sup> Archivo Histórico Diplomático Mexicano (AHDM), III-1722-1.

<sup>7</sup> Despacho desde Roma de France Press, 26 de abril de 1956. AHDM, III-1754-1.

<sup>8</sup> AHDM, III-1805-9.

<sup>9</sup> Citado en Agustín Blanco Muñoz, *Pedro Estrada habló*, UCV, Caracas, 1983, p. 289.

<sup>10</sup> AHDM, III-1754-1.

<sup>11</sup> AHDM, III-1805-9. Subrayado en el original.

convenga aclarar que Venezuela apoyaba al país centroamericano en su reclamación sobre ese territorio, lo que se contradecía con los derechos de México, que en ese tiempo todavía reivindicaba. Según nuestro representante en Caracas, la cancillería venezolana concluía que la influencia mexicana en Centroamérica “decae perceptiblemente, y que ellos deben suplantarnos”.<sup>12</sup> Parecía ser que Venezuela pretendía reconstituir la Gran Colombia, amén de extender su radio de acción hacia Centroamérica y el Caribe, a donde enviaba su flamante equipo naval con motivo de las tomas de posesión de los presidentes de la zona. Colombia sufría su incómoda vecindad: ante el enorme gasto armamentista venezolano y las cordiales relaciones mantenidas con el Ecuador de Velasco Ibarra, temía un ataque bélico en su contra.<sup>13</sup>

Durante el periodo de gobierno encabezado por Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), se evidencia cierta frialdad hacia el gobierno militar, que durante estos años consolidó su vocación represora y antidemocrática. Las relaciones prosiguieron normalmente, pero en las *Memorias* de la Secretaría de Relaciones Exteriores correspondientes a este sexenio no se menciona el convenio cultural firmado por el gobierno anterior con su homólogo venezolano, ni la prosecución de las conversaciones para establecer un acuerdo comercial con Venezuela. En su último informe presidencial, don Adolfo apuntó: “El derecho de asilo político se vio sujeto a pruebas de las que salió incólume, con reconocimiento general tanto interior como exterior”,<sup>14</sup> en una no tan velada referencia a las dificultades surgidas con el gobierno dictatorial a raíz de las protestas ciudadanas intensificadas durante el mes de enero de 1958, que pusieron fin a diez años de gobierno militar.

Nuestro representante diplomático en Caracas se reveló como un furibundo liberal, rasgo no bien visto por el gobierno del país donde se encontraba acreditado. Mantenía contacto con la proscrita oposición (al parecer bastante estrecho) y elaboraba prolijos informes donde daba cuenta, con todo detalle, de las atrocidades cometidas por el régimen, al que calificó de represor, antidemocrático, militarista, policiaco y plutocrático, en lo que evidentemente tenía razón. En noviembre de 1957, debido a que la misión diplomática mexicana brindó asilo a un estu-

dante<sup>15</sup> acusado de intentar asesinar al hombre fuerte, el general Pérez Jiménez, las relaciones se tensaron, hasta el punto de que el gobierno venezolano pidió la remoción del embajador Martínez de Alva y clamó por que lo sustituyera el general Otero Pablos, quien se encontraba acreditado en Ciudad Trujillo, República Dominicana. La controversia se solucionó con el cambio de embajadores y el otorgamiento del salvoconducto solicitado.

Llegados a este punto, quizá convenga hacer una acotación respecto a la política exterior de México. Durante la posguerra nuestro país tuvo un importante papel en la creación de las nuevas organizaciones multilaterales surgidas en la época, especialmente la OEA, en cuya acta constitutiva se impuso la Doctrina Estrada de la no intervención y la autodeterminación de los pueblos, con lo que se buscó poner un dique a los afanes injerencistas de los Estados Unidos en la región. Si bien es cierto que México necesitaba el aval de su incómodo vecino para lograr el anhelado desarrollo económico, no por eso dejó de expresar su negativa de militarizar el sistema interamericano, de protestar por la composición monopólica del Consejo General de la ONU y el poder de veto de las grandes potencias, y de hacer frente a los intentos estadounidenses de enrolarnos en la disputa ideológica de la guerra fría. Pese a contar con un marco doctrinario que le ha dado organicidad y continuidad a nuestra política exterior, se ha actuado con pragmatismo, como corresponde a un país débil que además posee una larga frontera común con la nación más poderosa de la tierra.

En este contexto, las relaciones de nuestro país con Venezuela son importantes por varias razones: desde siempre ha enarbolado un discurso de acatamiento a los ideales bolivarianos de integración latinoamericana, tanto para hacer frente a los Estados Unidos como para complacer a los ardientes bolivarianos de nuestro país, que forman legión, y de cara al resto de los países iberoamericanos. Es una nación sobresaliente en el plano internacional, debido a su importancia petrolera y sus ingentes recursos naturales, además del destacado papel histórico que desde el siglo XIX ha desempeñado en el subcontinente y de sus pretensiones hegemónicas respecto al Caribe y Centroamérica. Destaquemos también que nuestro país, tradicional tierra de asilo desde los tiempos del general Lázaro Cárdenas—y aún antes—ha recibido numerosos contingentes de exiliados políticos venezolanos, que han dejado su huella en todos los campos del quehacer nacional. ♦

<sup>12</sup> AHDM, 1805-1.

<sup>13</sup> AHDM, III-1805-9.

<sup>14</sup> *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. 1.º de enero a 31 de diciembre de 1958, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Lic. Luis Padilla Nervo, secretario del ramo*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1959, p. 13.

<sup>15</sup> Humberto Teraut Villaut, quien estuvo en la embajada casi un año; ingresó en diciembre de 1956.

# Un día de tantos, frente al río

◆  
MARGARITA SUZÁN

Cuando se supo que el Ejército Popular Sandinista había recuperado la pista aérea de La Penca, construida por la contrarrevolución para el abastecimiento de sus fuerzas, los periodistas extranjeros que cubrían la guerra de la década de los ochentas en Nicaragua, debían difundir la noticia. Así que formaron un grupo y se dirigieron a El Castillo, población ribereña del río San Juan, en el sur del país y única, más o menos cercana al lugar de los hechos.

Nos ordenaron acompañarlos. A las nueve de aquella mañana de verano —húmedo calor, denso olor del río— Marlon, el camarógrafo; Hernán, su ayudante-sonidista y yo escuchábamos al capitán Ortiz, jefe militar de la Zona Especial III, explicarnos que no existían condiciones de seguridad para la expedición periodística. Si bien la región donde se encontraba la pista que había sido clandestina, paralela a la corriente y distante cerca de cien kilómetros de El Castillo ya estaba bajo custodia de los sandinistas, en la otra ribera perteneciente a Costa Rica, aún había grupos enemigos.

La mayoría de los informadores desistió, se quedarían en el pueblo entrevistando a Ortiz. Pero los representantes de medios audiovisuales de Holanda y México insistían en trabajar in situ. Se llegó a un acuerdo. Irían en un helicóptero MI-8 artillado, pero mi grupo debería acompañarlos. Por aquello de la experiencia de filmación en combate, se suponía.

Siempre me ha gustado volar y desde el inicio de aquella contienda, tendía a olvidar la misión encomendada, por extasiarme ante el paisaje seductor de Nicaragua. Esa oportunidad no fue la excepción, al iniciar el ascenso pudimos observar a lo lejos las aguas ligeramente picadas del lago

Cocibolca, bajo nosotros los cambiantes verdes del bosque, interrumpido por los simétricos arrozales, donde se destacaban nítidas en su pequeñez, las figuras de los campesinos. De trecho en trecho, el sol se reflejaba en los afluentes del San Juan que serpenteaba perezosamente. Al levantarse las brumas matinales, la campiña se ha tornado diáfana y de ella emana una plenitud, una serenidad.

Todo está ahí frente a nosotros, ese sol, ese lago, esa luz y en ellos hemos conocido la victoria y la derrota. Pero no la paz. De nueva cuenta tengo que aceptar que en la hermosura hay violencia, que la tranquilidad de los sembrados es un engaño, que de la lozanía de las colinas puede surgir la atrocidad y la locura.

Descendemos y nos advierten: sólo veinte minutos y el transporte volverá. No aterriza, a un metro del suelo todos brincamos, bajamos un mínimo equipamiento de video, me ocupo de la mochila con los cassettes, las baterías, el micrófono y como de costumbre olvido el AK-47 en el asiento, el copiloto debe lanzármelo cuando ya van subiendo.

La pista consiste en unos miles de metros de tierra apisonada, libre de vegetación. En torno a ella sólo han quedado matas salvajes, arbustillos que insisten en crecer, la hierba; también y siguiendo su curso los huecos de las trincheras. Diseminados en pequeños grupos, a lo largo del área de vuelo, soldados de un batallón de lucha irregular: rostros tiernos en su crueldad de niños, cabello y barba crecidos, collares y amuletos colgando bajo el pañuelo rojinegro del cuello y el certero convencimiento de que no es sacrificio renunciar al derecho al baile, a la luna, a posponer el mar y la playa. Ninguno de ellos debió haber rebasado los veintidós o veintitrés años.

Gerrit y Jan, los holandeses se acercan a algún corrillo, entrevistan, filman y lo mismo hacen los mexicanos.

Marlon me mira y sonrío, sabe que no necesita indicaciones para filmar, lo hemos hecho tantas veces... y sabe también que yo aprovecharé para llenar la pechera de los cargadores de mi rifle con piedrecitas y flores que llamen mi atención. Pero aquella mañana lo contemplaba trabajar. Alto, más bien flaco, con esos ojos tan bellos comunes en muchos nicaragüenses, las manos grandes y los dedos nerviosos. En el Departamento de Medios Audiovisuales todos le tenían afecto; a los diecisiete años en la guerra de insurrección había sido paramédico, porque aprendió rápidamente el curso de primeros auxilios pero sobre todo por su comprensión del dolor ajeno y la delicadeza moral con que trataba a los heridos.

Laboraba tranquilo, sin despegar el ojo del visor murmuraba a Hernán, quien cambiaba de posición el micrófono. De pronto algo prendió su atención y accionó el zoom de la cámara, filmaba a alguien que moviendo los brazos en alto se acercaba a él.

Creo que fui la primera en escuchar el silbido que se inicia en la sorda quietud, creciente, avanzante, amenazante a medida de su cercanía, y antes de que estalle el primer terrible trueno del obús de mortero, que surge de la vegetación tupida del otro lado del río, ya estamos todos en las trincheras.

Para mí el miedo se inicia así: primero un ahogo, siento que se me acabó el aire para siempre, después las náuseas y al tratar de dominarlas sobreviene una calma, un actuar por puro instinto de supervivencia. Debía localizar a los periodistas a nuestro cargo, pero por algunos minutos el mortero fue incesante y ya los nuestros contestaban con fuego de fusilería. Los estallidos rompían la tierra, desgajaban los arbustos, irrumpían iracundos con su pirotecnia retumbante. El polvo, las piedras, las ramas que caían sobre nosotros me cegaban, no advertí cuando Marlon salió a rastras de la trinchera, ni cuando los otros agazapados a mi lado le gritaban que no lo hiciera.

El ruido era ensordecedor y a tientas busqué mi arma. Empezaba a distinguir los gemidos, el dolor aullante, la conciencia de la muerte próxima; junto a mí se deslizó un hombre y tras él venía Marlon, que lo había rescatado. Sostuve el cuerpo del herido como pude, lo acomodé en la tierra y vi su rostro para no mirar sus heridas que ya me llenaban de sangre.

Freddie, querido muchacho, con todas las preguntas en los ojos, perdiendo la vida a bocanadas y lanzándonos

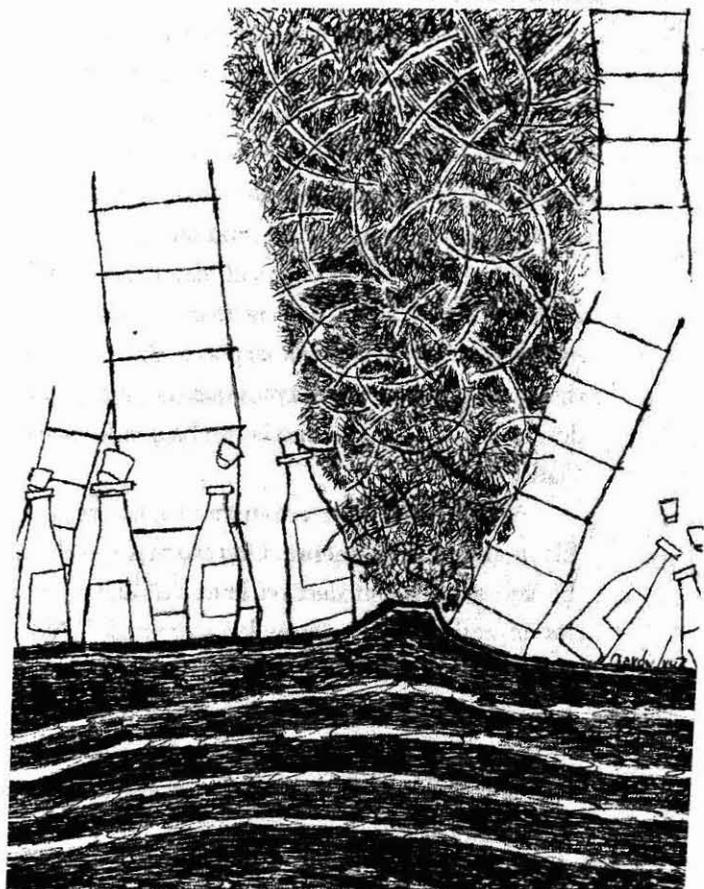
la última mirada desde lo hondo de su destino. Hermano menor de Marlon, seis meses antes había sido dado por muerto en combate y así lo habían avisado a la familia. Dijo Hernán: "Nos han convertido en fieras —me mira desolado—, obsérvanos, queda muy poco de humano en nosotros."

Después viene el silencio, Marlon abraza los restos de su hermano, intenta incorporarlo, cargarlo. Algo ocurre en las filas enemigas que han cesado el fuego y en instantes posteriores conocemos la causa: se acerca el helicóptero disparando hacia la margen del río que esconde al mortero.

El jefe del destacamento nos apresura, tenemos sólo segundos para abordar, no debemos arriesgarnos más ni arriesgar al avión. Marlon se despoja de su pañoleta y con ella, tiernamente, cubre el rostro del hermano muerto, recogiendo, a su vez, la del cadáver.

Los tres equipos retornamos vivos, pequeños golpes y rasguños sin importancia marcan el cuerpo de los periodistas. Sobre el estrépito del MI-8 sólo sobresalen mis sollozos y aquella emotiva canción que Carlos Mejía musicalizara a partir de un poema de Cardenal: "La Tumba del Guerrillero", que Jan silba, seguramente para no llorar.

Han pasado muchos años desde que estos acontecimientos tuvieron lugar. Hoy, de regreso en mi país, cuando rememoro, cuando reconstruyo, agrego a mi inalterable amor por aquel pueblo, por aquella tierra, la nostalgia. ♦



# México y otros infiernos

◆  
MALCOLM LOWRY

**M**alcolm Lowry nació en Cheshire, Inglaterra, el 28 de julio de 1909, hijo de un magnate algodonero y nieto, en línea materna, de un capitán marino noruego. Ganó sus primeras glorias como deportista juvenil, llegando a detentar algún campeonato de golf. A los diecisiete años, sintiendo que su alma se enmohecía, quiso "llevarla al mar a restregar" y se hizo grumete en la marina mercante. De esa experiencia salió alcohólico y escritor; esto es, hecho el hombre que iba a ser. En uno de sus poemas se compara con el Redburn de Melville, otro que aprendió del mar los abismos del alma humana y el "negro aborrecimiento" que sólo el vicio hace soportable y sólo el arte transmuta en lucidez.

Lowry estudió todavía en Cambridge, como había prometido a su padre, y se graduó con honores. Su tesis fue el diario que llevara en alta mar, de donde surgiría también su novela Ultramarina (1933). Poco después de publicar este primer libro, Lowry inicia el peregrinaje que será su vida adulta. España, Francia, Nueva York, Hollywood, México, Canadá, son otras tantas estaciones en ese "viaje que nunca termina" que Lowry quiso plasmar en un vasto ciclo narrativo de trazo dantesco: infierno, purgatorio, paraíso. Se ha dicho que, como la mayoría de los lectores de la Comedia, nunca pasó del infierno, y la observación no carece de justicia. Su obra, o lo que de ella alcanzó a realizar, comprende claros cantos de purgación e incluso aproximaciones al éxtasis; pero si hay tal cosa como un escritor de un solo libro, ése es él y el libro, desde luego, Bajo el volcán (1947), memorable visión infernal configurada con arte impecable y con doliente amor en el mundo mexicano.

No hay, en este libro de extranjero, el observador que conserva su distancia, sino el ser alucinado inmerso en la vivencia del paisaje, de la gente; en la extrañeza de irse reconociendo allí, en la barbarie, como Cristo a la hora de la verdad. Peregrino en la tierra, girando siempre en el círculo vicioso del alcohol, Lowry contempla, en el espejo de su propia destrucción, la condena de un mundo destruido por sus hijos; el infierno interior encuentra su correlato objetivo y "nace una terrible belleza": una poesía despiadada y amorosa que acepta la atrocidad de la existencia y en esa aceptación descubre su esperanza sin esperanza, su alegría.

Diez años sobrevivió Lowry al "desastre del éxito" que su obra maestra le trajo. Todo el tiempo siguió trabajando, cada vez más dueño de sus recursos, cada vez más minucioso y exigente. En su último año de vida, ya de nuevo en Inglaterra, rescribe Ultramarina. El 27 de junio de 1957 muere ahogado en el sueño, dejando por fruto de sus vigilias una selva de manuscritos que ediciones póstumas van desbrozando: Escúchanos, Señor, desde el Cielo donde moras, Oscuro como la tumba donde yace mi amigo, Ghostkeeper, Lunar Caustic, October Ferry to Gabriola...

Al margen de su proyecto narrativo, Lowry fue escribiendo un libro de poemas que tampoco llegó a terminar: El faro invita a la tormenta. Una cuarta parte del material integra los Selected Poems (1962) compilados por Earle Birney, que en su introducción destaca el valor testimonial de los versos lowryanos: allí, dice, es donde el autor muestra sin artificio su "rostro desnudo y sentenciado". Alguna apreciación de este tipo parecería necesaria para encarar a Lowry como poeta lírico y disculpar, justamente, su falta de artificio, o más bien su impericia al manejarlo. Gran poeta de la prosa, anda a tientas en el verso: acumula imágenes, sobrecarga ideas, noveliza, desentona. La complejidad es la misma de la prosa; se echa de menos la nitidez y, a veces, la consecuencia. En otras palabras, y para dar un viso más alegre al rostro sentenciado, cuando Lowry se suelta a cantar vemos al creador a la altura de su humanidad,

"perfectamente borracho". Una poesía de esta índole puede traducirse al pie de la letra, como documento no del todo inteligible, o puede tomarse como punto de partida hacia un texto más propiamente poemático. Ambas cosas se han hecho; las presentes versiones proponen una tercera vía. He tratado de seguir en buen castellano la corriente de la conciencia del poeta, el hilo de su embriaguez, la sintaxis de su espíritu tortuoso y entrañable, que a fuerza de obsesión se adentra en mares ignotos y algo, al cabo, saca en claro.

JUAN TOVAR

### El plagario

(fragmento)

...Mira la herida que la piedra volcada dejó  
en la tierra! Doblemente trágica es la forma hueca—  
Es un milagro que pueda yo usar palabras  
como forma. Pero la analogía ha escapado.  
Reptando hacia la tumba sobre manos y tendones  
encontré en el camino ciertos panfletos.  
Dije que eran míos. Pues explicaban un peregrinaje  
que de otro modo era tan absurdo como el día  
pero dos veces más difícil de racionalizar...



Rubén Rosas, *Bajo el volcán*, 2000, plato de cerámica, 30.5 cm (diámetro)

### Joseph Conrad

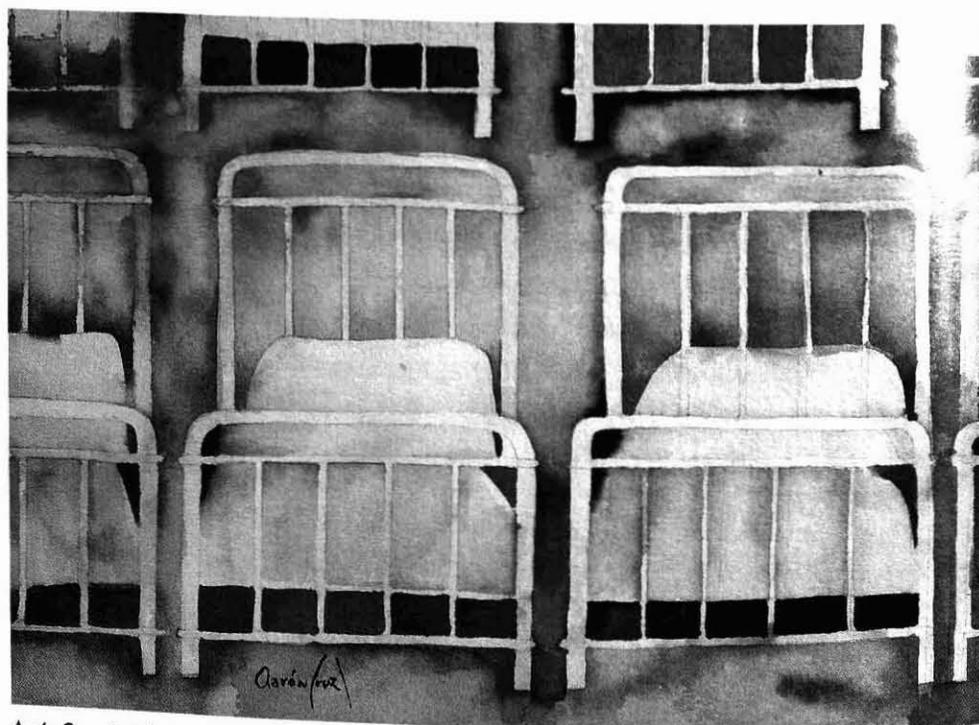
Este forcejeo, como de marinos con la tormenta  
que vuela a sotavento —mientras ellos, unidos  
en el caos, vuelven, cada uno en su litera  
nochecida, a soñar en el caos, o el hogar—  
el poeta mismo, luchando con la forma  
de su obra enroscada, lo conoce; pues ha pagado  
con propósito fatiga de océano, puesto en marcha  
las grúas del alma que calan en su recinto.  
Y todavía un fermento marinero en la sangre  
—así quiera el corazón vagabundo oír el hierro  
y el canto de los barcos que toman rumbo al este—  
lo sostiene porque venza o sea vencido.  
Toda la noche, durmiendo, batalla con una vela;  
pero más allá de la vida de los barcos, las palabras sueñan.

## Venus

Y, cuando te vayas —semejante a un meteoro  
o a este carro de vaivén incandescente  
que, como el amor perdido, deja estela de relámpagos,  
(y yo, un álamo con su Cristo en mente,  
cuya madera recuerda que otrora hizo una cruz  
y tiembla desde entonces en el viento, o sin viento)  
pero más como Venus, con nuestro negro deseo  
que ahora me ciega, una encornada curva tu luz  
al principio; luego, girando, un llameante disco blanco:  
no la distancia, sino tu fase, retira la máscara  
hasta quemar el resplandor de las estrellas—,  
ruega entonces en tu más brillante hora solitaria  
que, reunidos, podamos aprender por siempre  
a interponer el sol entre nosotros y el amor.

## La búsqueda

En Dante no, en Shakespeare no,  
tampoco en ninguna biblioteca.  
Y en Su libro apenas te atreves  
a esperar que hallarás tu agonía.



Aarón Cruz, sin título, 2000, acuarela/papel, 18 x 26 cm

## Pensamientos a borrar de mi destino

Lee y lee, este futuro poeta,  
quizás en esta misma antología—

revisada, claro está, dentro de diez años,  
tiempo suficiente para que el poeta crezca—

Lee y lee, pero no entiende,  
tangencial hasta en su propia tierra;

lee más bien como escribiendo entre las líneas  
cuyo sentido y furor escasamente adivina.

Al daimón acumulado de los otros  
opone sus fuerzas: fogoneros a marinos.

Lee pero nada entiende,

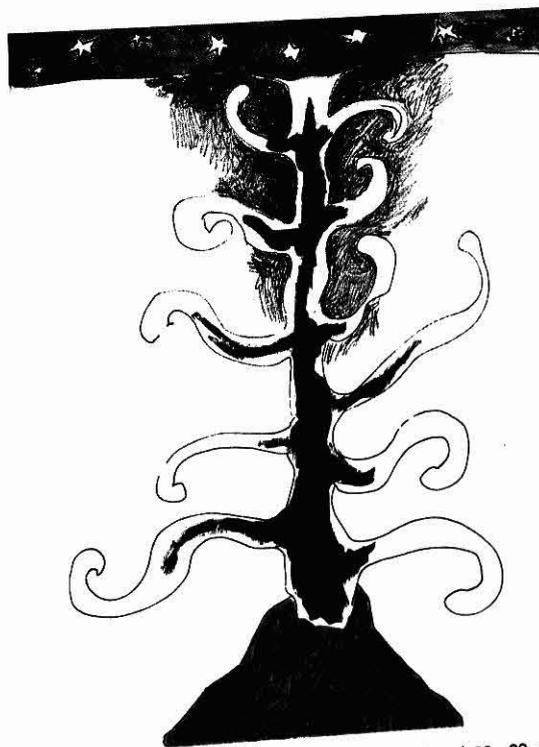
excepto, en algún fragmento de biografía,  
la frase: "Murió por su propia mano".



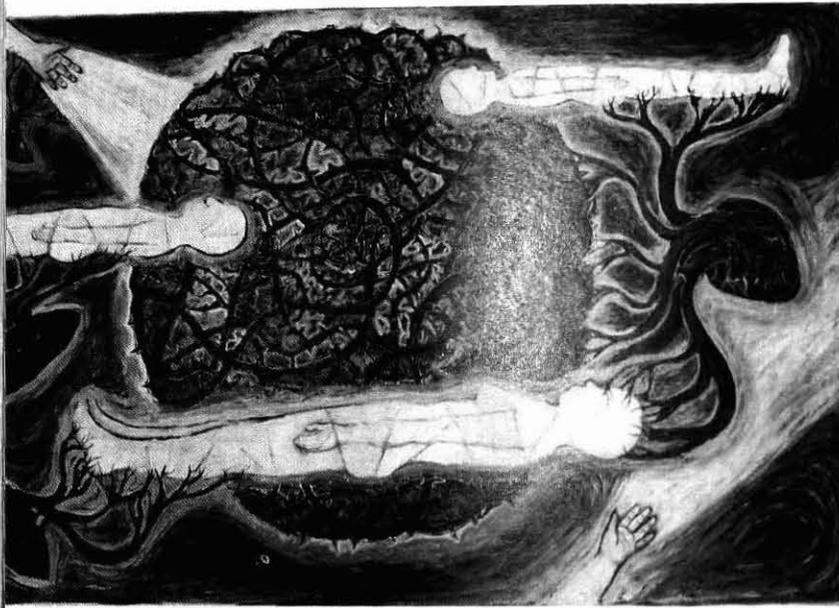
Dulce María Núñez, *La rosa*, 2000, acrílico y collage/papel, 28 x 22 cm

## Los condenados al hundirse

Comparamos a un hombre con un barco a la deriva,  
arrancado de su anclaje con tripulación fantasma  
de falsos preceptos; escorando al impacto de un iceberg.  
Fue melancólico oír cómo trataba de echarnos  
la culpa que bien suya era; pero no tenía  
ningún don de lucidez y, en verdad,  
no se repitieron peticiones tangibles de ayuda;  
largo rato estuvo hablando. Quise después  
escrutar el misterio de que el hombre finja así  
cuando más necesita ayuda. Le habríamos  
dado la nuestra... Lo he pensado desde entonces.  
Mientras más elocuentes son los condenados al hundirse,  
menos fuerza, parece, tenemos para salvarlos,  
y rezamos porque el suyo no sea un caso titánico.



Dulce María Núñez, *Bajo el volcán*, 2000, acrílico y tinta/papel, 28 x 22 cm



Laura Quintanilla, *Configuración del subconsciente*, 1999, encausto y chapopote/madera, 70 x 90 cm



Laura Quintanilla, *La noche*, 1999, encausto y chapopote/tela, 150 x 180 cm

## Hombres con abrigos zarandeados

Nuestras vidas no lloradas  
son caóticos cigarros  
que en un día borrascoso  
encendemos contra el viento  
en el hueco de la mano  
luego se queman tan hondo  
como deudas no saldadas  
y se fuman tan aprisa  
que más se tarda encender  
otra vida que pudiera  
consumirse más parejo  
y al fin no saben a nada  
y por lo común se tiran.

## Muerte de un oaxaqueño

Tanta es la pena de Dios  
en la planicie de cactus  
que lo oí llorar ahí  
  
para guiarme hasta el lugar  
donde habían matado al peón  
Tanta es la pena de Dios  
  
en el aire envenenado  
entre las doce y la lluvia  
que lo oí llorar ahí  
  
y su angustia lacerante  
buscó asilo en mi cerebro  
Tanta es la pena de Dios  
  
que pudo hacerse un cubil  
en tan vano miserable  
Yo lo oí llorar ahí  
  
Oh mayor que nuestra parte  
que el desierto en Nueva España  
Tanta es la pena de Dios  
que lo oí llorar ahí...

Felipe Posadas, *Lowry IV*, 2000, técnica mixta/papel, 28 x 21.5 cm

### La sola compañía del miedo

¿Cómo empezó todo y por qué estoy aquí  
ante el arco de barra con su cuarteado barniz marrón,  
papagayos, mezcal, hennese, cerveza,  
dos escupideras limosas, la sola compañía del miedo:  
miedo a la luz, a la primavera, a la queja  
de aves y autobuses que vuelan a sitios lejanos,  
y los estudiantes que van a las carreras,  
a las niñas que saltan con el viento en el rostro,  
pero la única, la sola compañía del miedo,  
miedo a la fuente que mana: y todas las flores  
que conocen el sol son mis enemigas,  
estas, muertas, horas?

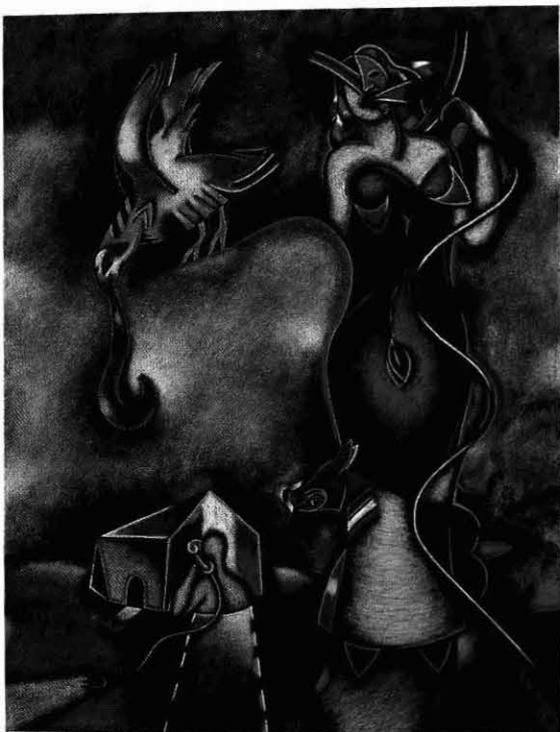
Felipe Posadas, *Lowry III*, 2000, técnica mixta/papel, 28 x 21.5 cm

### Xochitepec

Los animales que nos siguen en los sueños  
el alba se los traga, ¿pero qué de aquellos  
que en la vida nos cazan, husmean, acechan, van  
cercándola, bajunos, persiguen nuestro designio  
de construcción, con formas delirantes,  
símbolos de muerte, heráldicos, y sombras,  
fulgurantes? Justo cuando nos íbamos de Tlalpan  
nuestros gatos yacían azogados bajo el maguey;  
un significado entristeció, y ahora moría, con ellos.  
El mozo los arrojó medio tiosos a la barranca  
donde ahora entrábamos, y que se llama infierno.  
Pero no faltó un animal en nuestra última noche:  
el cachorro, en el cabaret, obsceno,  
dando marometas y ensuciando todo el piso,  
y adhiriéndose a aquel horror  
de nuestra última noche; y aún el día postrero,  
mientras yo miraba helado mi copa de mezcal,  
arrastraron por el hotel a dos ciervos pataleantes  
y los degollaron tras la puerta del bar.

## Para Bajo el volcán

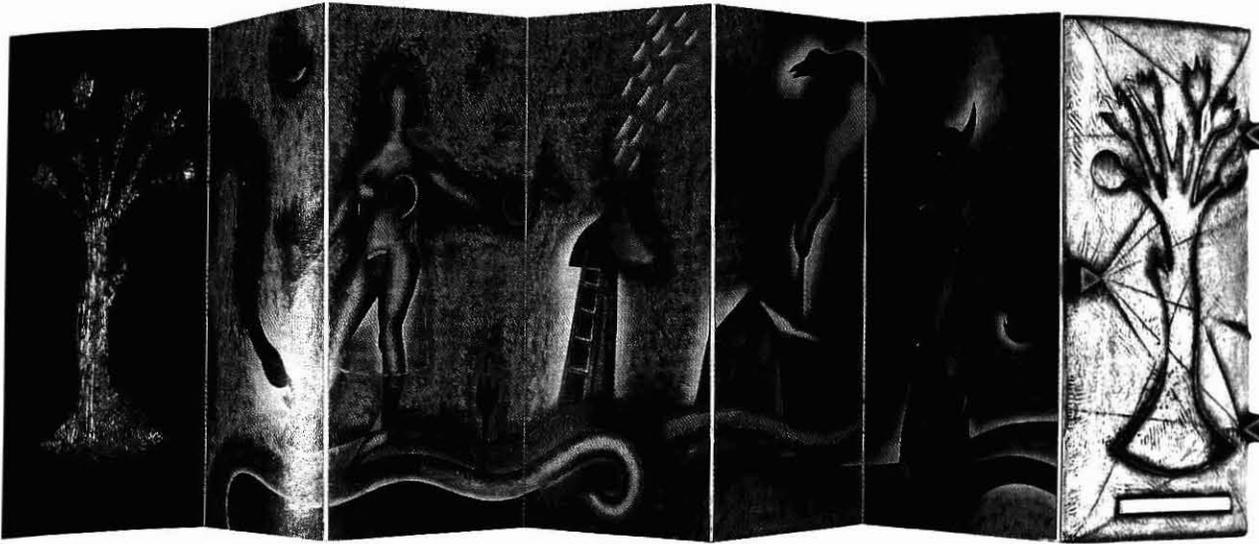
Rogelio Cuéllar

Saúl Kaminer, *Au bout du fil*, 1998, óleo/tela, 81 x 65 cm

Un limón muerto: vieja de rebozo agazapada en el frío.  
 Un blanco pilón de sal y las moscas sobrevuelan  
 la mesa anaranjada, lluvia, lluvia, un peón se rasca  
 y una pluma rasca escribiendo palabras encorvadas.  
 Guerra. Y afuera los tranvías de cuello roto  
 y de pronto la imagen rota de una muchacha en Hoboken,  
 una tortuga volcada agonizando en la puerta  
 del restaurante de mariscos, hilos de sangre  
 en su hocico y en el piso blanco:  
 lista para el ternedos de mañana.  
 No habrá mañana, el mañana se acabó.  
 Trébol y el olor a pino y la hierba espesa,  
 y el mole de guajolote e Inglaterra  
 de repente, memoria del hogar, pero entonces  
 los mariachis, discordantes, pues el ave picuda  
 del maguey anda volando, el mesero porta  
 un plato negro desbordante de emoción,  
 la cara del peón es una masa corrupta.  
 Descartamos la horripilación del clima  
 aquí en la tierra funesta del sepultado a medias  
 donde vivimos con canuto, el reloj de sol y el huachinango,  
 el leproso, el rastrero, juntos en la torre verde,  
 y al ocaso tocamos en la flauta mundial y la guitarra  
 la canción, la canción de la eterna espera de Canuto,  
 el daño de mi espera, la flauta de mi llanto,  
 pretendiente del vacío que basquea y la raíz inencarnable  
 y afuera la lluvia rastrera cala en el tren, cala,  
 sólo la ausencia duerme ahora en mi alma  
 donde pasaron tigres limonada astrosos leprosos verdes  
 licores peras pimientos morrones y Leopardis embalsamados;  
 y el sonido del tren y la lluvia en la sien...  
 ¡Tan lejos del granero y el campo y el caminito  
 esta pira de Bierce y trampolín de Hart Crane!  
 La muerte tan lejos de casa y mujer  
 temo. Y recé por mi vida enferma...

'Un cadáver debería transportarse por expreso', dijo el Cónsul  
 misteriosamente, despertando de pronto.

Saúl Kaminer, *El sembrador de deseos*, 2000, óleo/tela, 65 x 50 cm.  
 Foto: Moy Volkovich y Jacob Sadrak



Saúl Kaminer, *Adán, Eva y el Diablo*, 1999, técnica mixta, 38 x 132 cm

### Cristo camina también por este distrito infernal

Debajo de Malebolge yace la calle Hastings,  
provincia y recorrido del padrote,  
donde cada quien en su mundito de drogas o crimen  
discurre inerme o, esperanzado, mendiga una moneda  
para comprar media pinta de miados,  
si bien hasta en esto habrán de estafarlo.  
Espero, aunque dudo, que Dios conozca  
este sitio donde los chancros se abren como la rosa,  
pues hay tan duro desaliento en los semblantes  
que nada como una pena podría penetrar.  
Y esta escena de toda excusa exenta  
las montañas contemplan con absoluto desprecio,  
pero esto es también Canadá, mi amigo, tuyo  
para que lo absueles de la ruina o lo aniquiles.

### Tras la publicación de *Bajo el volcán*

El éxito es como un horrible desastre  
peor que tu casa en llamas y el ruido de la ruina  
cuando las vigas caen una tras otra  
y atestiguan, inerme, tu condenación.

La fama, como un borracho, consume la casa del alma  
revelando que sólo para esto trabajaste...  
Ah, nunca sufriera yo ese beso traicionero  
y siguiera siempre a la sombra del fracaso y la zozobra.

## Poema de la misericordia de Dios

No matará hoy Caín a Abel en nuestra buena tierra  
 ni andará Adán a traspies bajo la luna amortajada  
 ni rígido yacerá Ismael en la Calle 38  
 con un arpón de New Bedford en el cráneo  
 y el pulmón derecho en un escupidero de Hoboken.  
 Pues éste es el largo día en que los perdidos se encuentran  
 y aquellos que la tragedia ha separado se reúnen  
 con dulce alegría. Y quienes siempre debieron hallarse  
 se abrazan ya a salvo, no demasiado tarde.  
 Hoy el desamparado vuelve al seno del rebaño  
 y los yertos de la calle del buitre se calientan,  
 el albatros aterido se asila de la tormenta,  
 los torturados ya no conocerán alarma,  
 pues todos en la soledumbre se ven libres de daño:  
 la edad, la juventud, no se sueñan entre sí  
 mientras caza el buen Loki dragones bajo tierra.  
 La vida escucha nuestra plegaria por el estibador de guardia  
 que tiembla, solitario, en la húmeda escotilla  
 de noche, por el marino a flote frente a la costa lejana,  
 el soldado empalado en la explosión o en el granizo,  
 los tripulantes de la barca sentenciada que corre al ocaso  
 con negro velamen; por las madres presas de la angustia,  
 y por cada uno de todos los malditos y los oprimidos,  
 recomenzará el Pentecostés.  
 Ah, poetas de la misericordia de Dios, heraldos del vendaval,  
 hoy os digo que el cordero vuelve a casa, y Gógol  
 lo arroja en un capote de lana...  
 ¡Nuestra ciudad de noche atroz florecerá una mañana de mar!  
 Sólo tenednos paciencia, tolerad mi canción,  
 que al alba es el recuento. Y esta última noche es larga.

## Epitafio

Malcolm Lowry  
 vecino del Bowery  
 Su prosa era florida  
 y a menudo enardecida  
 Vivió de noche y bebió de día  
 y murió tocando el ukelele.

SELECCIÓN Y VERSIONES DE JUAN TOVAR

Rubén Rosas, *La muerte danza*, 2000, plato de cerámica, 30.5 cm øRubén Rosas, *Las entrañas de la tierra*, 2000, plato de cerámica, 30.5 cm ø

# Experiencia religiosa y misticismo: la mística como *ars simbolica*

◆  
NORA MARÍA MATAMOROS FRANCO

*Quedéme y olvidéme,  
el rostro recliné sobre el Amado:  
cesó todo y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado.*

San Juan de la Cruz

I

Es una idea en extremo difundida y aceptada la que considera la observación de la naturaleza como origen de la reflexión filosófica y, con ella, de toda ciencia. También se la asocia con la génesis del fenómeno religioso. No obstante, mientras que, en un primer acercamiento, para la mentalidad contemporánea queda más o menos clara la relación causa-efecto que pueden guardar entre sí observación de la naturaleza y ciencia, nada de esto ocurre cuando se trata de explicar la aparición del fenómeno religioso. Es decir, mientras que, por un lado, es posible comprender de manera nítida y simple, como parte innegable de la cultura, el interés científico en el mundo, por otro, la religión, el interés religioso, ha aparecido, hoy en día, como un paso injustificado, como un signo de debilidad y falta de destreza, como parte de un modo de pensamiento "primitivo" y superable, como un "error de infancia", que el conocimiento científico del mundo se encargará de sobrepasar. No obstante, tal postura (defendida sobre todo por Spencer, pero prevista ya desde Descartes y la modernidad) encierra un grave prejuicio con el que los pensadores de hoy quizás no pueden romper fácilmente. En este ámbito de reflexión se sitúa la propuesta —muy criticada por J. G. Frazer y más tarde por M. Mauss— presentada en 1871 por

el antropólogo E. B. Taylor sobre el origen de las religiones. A su parecer, este último descansa en la creencia de que un principio superior ("fuerza vital" o "alma") reside en los lugares o los objetos. En efecto, según Taylor, es tal creencia la que origina y concreta el culto primitivo a los fenómenos naturales (sol, fuego, luna, tormentas, lluvias), considerado por diversos autores (entre ellos G. Bachelard) como un estado precrítico o precientífico. Ahora bien, es cierto que toda la estructura del fetichismo se levanta sobre la suposición de que el alma de un hombre puede ser traspasada, por un cierto tiempo, a otro cuerpo, humano o animal, y volver después a su propia habitación. Por otra parte, es verdad, además, que el hombre primitivo no limita la posesión de un alma a sus semejantes, pues también atribuye ese rasgo a los animales, las plantas y aun las piedras. Por último, dado lo anterior, también es verdad que para el hombre primitivo hay un cúmulo enorme de posibles habitaciones para el alma a la que la muerte ha hecho abandonar su morada corpórea.

Pese a todo ello, no deja de ser un prejuicio el considerar, en primer lugar, que la creencia de que todo está animado y vivificado, de que los objetos de la naturaleza son, en su singularidad, seres animados, ha de formar necesariamente parte de un tipo de pensamiento precrítico o precientífico, y mucho menos, en segundo lugar, creer que, por ello, estamos obligados a pensar que tales ideas conducen innegable e inevitablemente hacia un fetichismo. Antes bien, es menester considerar una vez más las posturas que radical o parcialmente coexisten con las consideraciones arriba señaladas si no queremos reducir gran parte de la reflexión filosófica antigua y renacentista a un fetichismo desbalanceado y pueril.

En efecto, la idea de un “alma del mundo”, la contundente convicción de que “todo está lleno de dioses” ha de acercarnos, de una vez por todas, a las profundidades más hondas desde las cuales surge y se reconstituye el fenómeno religioso. Es decir, la absoluta certeza de que “todo está lleno de dioses” ha de acercarnos a la razón de ser del temor, del pavor, de la veneración y de la admiración por lo indescriptiblemente bueno y bello que el hombre descubre al contemplar —más allá y a través de— la naturaleza. Hecho esto, nos hallaremos en la mejor perspectiva para comprender la “emoción fundada en la convicción de una armonía entre nosotros y el universo” (definición de *religión* ofrecida por J. E. Mc Taggart),<sup>1</sup> desde la cual irrumpe, como un hecho innegable en el mundo, lo “completamente otro”,<sup>2</sup> es decir lo que sobrepasa y se mantiene siempre más allá de toda transformación y aniquilamiento, el “punto fijo”, el eje central de toda creación o destrucción (al cual los griegos llamaron *arché* y consideraron divino),<sup>3</sup> en virtud del cual surgen la religión y la ciencia (metafísica).

Pues bien, la observación de la naturaleza es germen y camino de dos grandes propiedades humanas; a saber, ciencia y religión. Es, pues, necesario comprender el modo y la razón por la cual la contemplación del mundo condujo al género humano al encuentro de una tensión, de un desdoblamiento donde surge lo *secreto*, es decir lo separado, lo aislado, lo remoto, lo cernido, lo distinguido.<sup>4</sup> Por ello, con el fin de encontrarnos en una mejor posición para visualizar cómo, a través de la observación de la naturaleza, el origen de la ciencia y de la religión es uno y el mismo, será necesario comprender el modo y la razón por los cuales la observación señalada condujo al género humano a la convicción de la innegable existencia de una diferenciación radical entre lo único que es *real*, *que existe realmente*, y todo lo demás.<sup>5</sup>

<sup>1</sup> Cfr. “Religión”, en E. Royston Pike, *Diccionario de religiones*, FCE, México, 1978, 478 pp.

<sup>2</sup> Cfr. M. Eliade, *Lo sagrado y lo profano* (trad. Luis Gil), Ediciones Guadarrama (Col. Universitaria de Bolsillo, Punto Omega, 2), Madrid, 1973, p. 19.

<sup>3</sup> En el libro *Sobre el cielo* (I, 9, 279a, 22ss), Aristóteles afirma: “Esta palabra ‘duración’ (αἰών) poseyó un significado divino para los ancestros”. En efecto, en cuanto que la palabra ‘αἰών’ se deriva de ‘αἰετὸν’, es decir “siempre existente”, se la relacionó invariablemente con lo divino, pues para los griegos y para toda otra cultura en general lo divino siempre ha sido considerado lo eterno.

<sup>4</sup> Cfr. “Secreto”, en Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica, V. Diccionarios, 2), Madrid, 1973, 627 pp.

<sup>5</sup> Cfr. Mircea Eliade, *op. cit.*, p. 25ss.

Ahora bien, es cierto que el deseo de explicar cómo y por qué ciencia y religión comparten un mismo origen parece ser un fin que, de verse realizado, resultaría por demás útil y fructífero, pues al contender con quienes pretenden ver en el “pensamiento primitivo” todo, menos lo que se acerque a la ciencia, restituiría un carácter más serio y “racional” a las religiones. Con todo, aunque tal avance no sería para nada desdeñable, la importancia de ese deseo no se detiene ahí. En efecto, en virtud de que, al realizar un esfuerzo para explicar un origen compartido entre ciencia y religión es posible comprender la relación que lo secreto, es decir lo aislado, lo remoto, lo separado, guarda con la experiencia religiosa y con la religión como tal, podemos comprender de qué es experiencia la —así llamada— “experiencia religiosa” y cómo tal experiencia funda, a su vez, ese fenómeno al cual nosotros llamamos “religión” (esto es, deseo de reunir, de atar, de sujetar o amarrar). Aunque lo más importante de todo ello es, en realidad, que al formular esta explicación se puede comprender en qué medida, cómo y por qué la experiencia religiosa es capaz de resolverse —que no precisamente agotarse— en la experiencia mística (que hoy en día cobra un cariz por demás fundamental y alentador para los estudiosos del fenómeno religioso en cuanto tal). Además de que, por otra parte, abre la posibilidad de comprender tal experiencia, en cuanto experiencia religiosa, como una vivencia simbólica, como el *ars simbolica* por excelencia.<sup>6</sup>

Sin intentar explicar detalladamente los hitos conforme a los cuales ha de hacerse posible una interpretación y exposición de la mística como *ars simbolica*, pues ello sólo podrá lograrse mediante una investigación profunda y detallada de los temas que aquí sólo dejaré señalados, en lo que sigue procuraré exponer a grandes rasgos las razones por las que considero pertinente y plausible la tesis arriba señalada.

## II

Etimológicamente hablando, la palabra *místico* deriva del vocablo *misterio*.<sup>7</sup> Esta voz, tomada del griego *μυστήριον*, deriva, a su vez, del verbo *μύω* que significa<sup>8</sup> ‘cerrar’, ‘estar

<sup>6</sup> Entendiendo, pues, la mística como una habilidad o talento, como inclinaciones, conducta, técnica, conocimientos o talento para comprender lo simbólico.

<sup>7</sup> Cfr. “Misterio”, en Joan Corominas, *op. cit.*

<sup>8</sup> Cfr. “μύω”, en Liddel & Scott, *Greek-English Lexikon*, Clarendon Press, Oxford, 1997, 910 pp.

cerrado de los ojos', 'encerrar', 'prohibir', 'impedir', 'negar la entrada', 'concluir', 'acabar', 'ajustar', 'apretarse', 'estrecharse', 'evitar que el ánimo se ocupe de una cosa', 'cerrarse bien', 'cerrar completamente', 'callarse', 'dejar de hablar', 'tapar'. Finalmente, el verbo  $\mu\acute{\upsilon}\omega$  significa metafóricamente 'ser arrullado', 'sosegado', 'calmado', 'aquietado', 'mitigado para descansar'. De esta suerte, desde su etimología, el vocablo *místico* dirige nuestra atención a todo aquello vinculado con un cierre, con un ajuste, con un estrechamiento, además de que, sin duda alguna, señala un silencio y un sosiego del ánimo.

Ahora bien, de manera general la palabra *símbolo* (derivada del griego  $\sigma\acute{\upsilon}\mu\beta\omicron\lambda\omicron\nu$  significa 'signo' o 'señal' a través de los cuales uno infiere una cosa. Con todo, *símbolo* quiere decir 'signo' o 'señal', porque con el vocablo  $\sigma\acute{\upsilon}\mu\beta\omicron\lambda\omicron\nu$  los griegos hacían referencia a las mitades de una moneda que dos personas rompían entre sí para conservar cada una la mitad, con objeto de tener prueba de identidad de quien presentase su parte. Por ello, además, la palabra griega  $\sigma\acute{\upsilon}\mu\beta\omicron\lambda\omicron\nu$  (entre otra gran gama de significados) tiene que ver, también, tanto con 'acomodar', 'ajustar', 'cuadrar cada una de dos mitades o piezas correspondientes', como con el hecho de 'conformarse mitades', 'ajustarse una cosa con otra'.<sup>9</sup>

Pues bien, cuando dos mitades se ajustan es imposible negar que se cierran y que, en este cerrarse, se aprietan y que, de un modo u otro, dado este estrechamiento, se impide la entrada (ajuste o cierre) a cualquier otra cosa que, impostora, intente coincidir con alguna de aquellas dos mitades.<sup>10</sup> Sin embargo, cada una de éstas no adquiere completamente su carácter de  $\sigma\acute{\upsilon}\mu\beta\omicron\lambda\omicron\nu$  (sino hasta el 'cerrar', el 'ajustar', el 'apretarse' o 'estrecharse', es decir hasta el 'cerrar completamente'.<sup>11</sup> Por consiguiente, cuando ambas mitades se encuentran y en su encuentro 'prohíben', 'impiden' y 'niegan la entrada', 'concluyen' o 'acaban' la búsqueda y el riesgo. Y, tan pronto se logra eso, reina el sosiego, la calma, la quietud.<sup>12</sup>

Previamente, hemos sugerido que el misticismo puede ser interpretado como *ars simbolica* y ahora estamos en po-

<sup>9</sup> Cfr.  $\sigma\acute{\upsilon}\mu\beta\omicron\lambda\omicron\nu$ , en *ibid.*

<sup>10</sup> Por ello, *símbolo* significa, además, memoria de aquello de que se debe componer una cosa y, también, recibimiento.

<sup>11</sup> Aunque no con ello quiero decir que antes del encuentro no sean ninguna señal o signo. De hecho lo son porque es esa mitad y no otra la que ha de ajustar o cerrar el círculo. Con todo, no se evidencia como verdadero signo, sino hasta que se "topa" con la mitad de la cual ella es su contraparte.

<sup>12</sup> De ahí que *símbolo* también signifique 'punto de contacto', 'confluencia de dos ríos', 'introducirse una cosa en otra muy íntimamente', 'máquina con la cual se entretejen cuerdas'.

sibilidad de explicar más claramente qué queremos, en un primer acercamiento, decir con ello. Si por *símbolo* entendemos todo lo que hasta ahora hemos señalado, la mística como *ars simbolica* parece ser una habilidad o talento, una conducta o técnica para "ajustar", o "cerrar", para "estrechar" dos mitades —de las cuales una es contraparte de la otra—, cada una de las cuales es el ser humano y lo divino. En efecto, generalmente se reconoce la mística como "la actividad que produce el contacto,  $\acute{\alpha}\phi\eta$ , del alma individual con el principio divino".<sup>13</sup> Pero *misticismo* viene de *misterio* y éste, a su vez, de *secreto*.<sup>14</sup> Como *secreto* significa 'separado', 'aislado', 'remoto', lo místico tiene, pues, que ver con lo aislado y separado. ¿Cabe, entonces, desde la relación que lo místico guarda con lo secreto, continuar con una caracterización del misticismo como *ars simbolica*? Sin duda alguna. Lo simbólico se refiere a dos mitades que han sido previamente separadas, aisladas y que, por consiguiente, pueden hallarse lejanas, remotas.

¿A dónde te escondiste,  
Amado, y me dejaste con gemido?<sup>15</sup>

<sup>13</sup> José Ferrater Mora, "Misticismo", en *Diccionario de filosofía*, 4 t., Alianza, Madrid, 1980.

<sup>14</sup> Cfr. "Misterio" y "Secreto", en Joan Corominas, *op. cit.*

<sup>15</sup> San Juan de la Cruz, "Canciones entre el alma y el esposo", en *Poesía completa*, José Jiménez Lozano (ed.), Ámbito (Col. Ámbito Castilla y León, 46), España, 1994, p. 108.



En este sentido, místico significa relacionado con los misterios, es decir con los objetos (mitades o partes) separados, cernidos, aislados, remotos. Luego, el misticismo, en virtud de su relación con lo secreto, puede ser visto como *ars simbolica*, es decir como una habilidad o talento, como una conducta o técnica para "ajustar", o "cerrar", para "estrechar" dos mitades.

Mas las dos mitades que se busca juntar estuvieron unidas algún día, es decir que una vez fueron una. De ahí que la experiencia mística sea, a su vez, una *religio*, o sea una reunión y, por ello, una experiencia religiosa, una experiencia de unión entre lo que, separado y cernido, vuelve a encontrarse unido.

No intentamos en lo absoluto exponer aquí las razones por las cuales el ser humano descubre o considera que, "en el inicio de todos los tiempos", se encontraba unido a lo divino. Eso significaría llevar a cabo una tarea que sobrepasaría, con mucho, límites humanos. Por ello, para defender una interpretación del misticismo —en cuanto experiencia religiosa— como *ars simbolica* habremos de apoyarnos en la idea de que, según la creencia de que "todo está lleno de dioses", el ser humano descubre su cercanía o, mejor dicho, su simbología (y, desde ella, su separación, su lejanía) con lo divino.

Por último, resta señalar que una interpretación del misticismo como *ars simbolica* se compromete con la idea de que "cuando el símbolo necesita una explicación es porque está acabado: ha dejado de ser símbolo".<sup>16</sup> Por ello, en el empeño de la mística por evitar que el ánimo se ocupe de una cosa, por "callarse", por "dejar de hablar", por "arrullar", y "sosegar", por buscar "la calma y la quietud", una interpretación de este estilo descubre una rotunda intención de evitar entender para dar paso al estar. Dicho de otra forma, una interpretación de este tipo supone que la mística bien puede ser vista como la convicción de que el símbolo (la señal, el signo, la contraparte de la moneda que necesita su mitad para hacer un todo) no puede, no debe ser pensado porque, una vez pensado, deja de ser símbolo, porque si el símbolo necesita ser pensado, interpretado, es porque ha dejado de funcionar la memoria de aquello de que se debe componer una cosa y, por consiguiente, deja de haber recibimiento.

<sup>16</sup> Raimon Panikkar, "Símbolo y simbolización. La diferencia simbólica. Para una lectura intercultural del símbolo" (trad. de Lucino Enrique Martínez), en K. Kerényi, E. Neumann et al., *Arquetipos y símbolos colectivos* (Círculo de Eranos I), Presentación de A. Ortiz-Osés, Anthropos (Hermeneusis, 14), Barcelona, 1994, pp. 383-413.

Así, desde la mística como *ars simbolica*, quien piensa (reflexiona sobre) el símbolo ya está fuera de él. Verse en la necesidad de reconocer (interpretar, pensar) el símbolo del otro implica, de entrada, no ser poseedor del símbolo que éste ostenta y, por consiguiente, ser incapaz de "volverse uno con él".

¡Qué bien se yo la fonte que mana y corre,  
aunque es de noche!

Aquella eterna fonte está escondida,  
¡qué bien se yo do tiene su manida,  
aunque es de noche!<sup>17</sup>

El encuentro simbólico se produce, por consiguiente, a la sombra de un acuerdo tácito y silencioso en el que "salen a relucir" las partes, sin mayor intercambio de palabras, sin ningún aspaviento. Todo ocurre en silencio y sin rituales. Con todo, hay que tener "la pieza" preparada para cualquier momento, sostenerla fuerte y sin miedo, pues hace tiempo que se encuentran separadas de la otra y ambas han de estar listas para entroncar y unificarse. De esta suerte, el místico debe, pues, callar, no intentar pensar el símbolo sino "escuchar" el símbolo (reconocer la señal, el signo).

¿Nos denuncia esta silente actitud del místico una comprensión específica de lo divino? Sin lugar a dudas. Lo divino es, para el místico, un gran silencio que se hace evidente entre más grueso y denso sea el sucederse del mundo. El gran silencio del mundo, el hilo invisible que une y sostiene las cosas, los hechos, eso es lo divino, y a ello hay que acercarse con "la misma moneda", con la parte que, como símbolo, demanda.

Para venir a gustarlo todo,  
no quieras tener gusto en nada.  
Para venir a poseerlo todo,  
no quieras poseer algo en nada.  
Para venir a saberlo todo,  
no quieras saber algo en nada.<sup>18</sup>

Éstos son, pues, los hitos conforme a los cuales ha de hacerse posible una interpretación y exposición de la mística como *ars simbolica*. ♦

<sup>17</sup> San Juan de la Cruz, "Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por Fe", en *op. cit.*, p. 125.

<sup>18</sup> San Juan de la Cruz, "Subida del Monte", en *op. cit.*, p. 105.

# El problema del tiempo: la matemática y la cosmología

PABLO PADILLA

*El tiempo educa al hombre sabio*

Proverbio griego

Dada la ambigüedad del título, debería empezar por explicar un poco cuál es *realmente* el tema que quiero abordar. Originalmente había pensado como título *El problema del tiempo*, pero ante la posibilidad de que las personas lo leyeran esperando una explicación de la onda cálida en el país o de las razones por las cuales el tiempo no alcanza para nada en la Ciudad de México, decidí que era necesario precisar un poco más. De aquí la segunda mitad explicativa: la matemática y la cosmología.

Mi intención es, pues, presentar de manera sencilla la respuesta que los científicos tienen a la pregunta "¿qué es el tiempo?" Ahora bien, la respuesta a dicha pregunta que las teorías más modernas proporcionan es simple y llanamente: no sabemos.

No debería tardarme mucho más en explicar esa respuesta. Sin embargo, alguien dijo que no es los "expertos" no se equivoquen, sino que se equivocan por razones más complejas. Así que quisiera no solamente decir que no sabemos, sino por qué no sabemos.

Todos somos conscientes del transcurrir del tiempo y sin embargo es difícil decir en unas cuantas palabras lo que es. San Agustín tenía, como todos los filósofos, una forma más elegante de decir "no sé": "Si nadie me pregunta, entonces sé lo que es, mas si alguien lo hace, ya no."

El transcurrir del tiempo se relaciona con varios temas importantes, quizás algunos de los más importantes, pues la certidumbre de que todo empieza y todo acaba (nuestra vida incluida) es una buena razón para reflexionar. En



Rubén Rosas

otras palabras, si todo empieza y todo acaba, ¿cuándo empezó todo esto? y ¿cuándo va a acabar? Bueno, y ¿realmente empezó alguna vez? o ¿realmente se va a acabar?

Cada cultura, en diferentes épocas, ha proporcionado su respuesta, su forma de decir "no sabemos". Por ejemplo, para los aztecas la respuesta la tenían los cocodrilos:

He aquí el relato que solían decir los viejos: En un cierto tiempo, que nadie puede contar, del que ya nadie ahora puede acordarse, había un dios y una diosa: Ometecutli y Ome-ciúatl, señor y señora de la dualidad. Eran habitantes del mundo de la oscuridad, donde no existía luz alguna, ni astros o flores blancas ... Allí todo era penumbra y monstruos al acecho.

Siempre fue lo mismo, hasta que el señor Ome realizó la hazaña de capturar dos cocodrilos gigantes; uno sería para su esposa y otro para él: recorrerían el mundo de la noche eterna a bordo de ellos.

En una noche cualquiera emprendieron el camino; a su paso sólo brillaban de repente los ojos de alguna bestia. Anduvieron de un lado a otro montados en los cocodrilos, mezclándose con todo tipo de criaturas. La señora Ome, movida por la curiosidad, se arriesgó a tocarlas queriendo hacerles caricias y, para su sorpresa, en cuanto detenía su mano en la cabeza de los monstruos, éstos quedaban hechizados y radiantes. Entusiasmado, el señor Ome empezó a hacer lo mismo; en la oscuridad absoluta, total, aquellas bestias parecían recobrar una luz maravillosa, como si hubieran pasado su vida acumulándola, esperando el momento adecuado para soltarla: las criaturas inundaron de lucecillas la oscuridad a través de los señores Ome, quienes fueron poblando de luces el Universo. Y los monstruos nunca fueron ya monstruos, sino astros pendiendo del cielo.

Como el relato azteca, podía mencionar otros de diferentes culturas y mitologías. En varios de ellos la descripción de cómo fue creado el Universo se asocia de manera natural con “el principio de los tiempos”. La idea de que el Universo tuvo un principio se presenta en forma sistemática. Baste recordar el inicio del Génesis: “En el principio creo Dios el cielo y la tierra. La tierra, empero, estaba informe y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo.” Sin embargo, quizá en ningún relato sean tan claras estas ideas como en el de la Grecia clásica:

En el principio, existía el Caos, vasto y oscuro. Entonces apareció Gea, la tierra, y finalmente Eros, el Amor, por cuya influencia surgieron los seres y las cosas. De Caos nacieron Erebo y la Noche, que a su vez engendraron a Ether y Heme-ra, el Día. Por su parte, Gea engendró a Urano, el Cielo y después creó al Mar.

Era necesario poblar al mundo y Gea y Urano engendraron a los Titanes, entre ellos Cronos, el Tiempo, el menor de todos. Sin embargo, Urano, horrorizado de su descendencia, los confinó en las profundidades de la tierra. Gea, resentida, buscó vengarse y es precisamente Cronos quien le ayuda. Cronos mutila a Urano y de sus despojos nacen las Furias, gigantes, las Ninfas y de la espuma que formaron los que cayeron en el mar, Afrodita.

Los personajes de los comienzos del Universo son para los griegos muy significativos. Caos, nombre que actualmente asociamos con el desorden, significaba para los griegos únicamente ‘espacio vacío’. Era un principio cósmico, sin características divinas propiamente dichas. Fue únicamente

después cuando la palabra vino a significar desorden y confusión. Lo mismo puede decirse de Eros, que no es el personaje con alas y dedicado a disparar flechas para complicar la vida de todo mundo. En un principio, Eros simbolizaba la fuerza creadora por la que surgen todas las cosas.

Después de destronar a Urano, Cronos reina liberando a los Titanes. Durante su reinado la creación continúa y, entre otros, nacen la Muerte y el Sueño y otros personajes importantes bien conocidos de todos: el Dolor, el Hambre, la Enfermedad, la Guerra, etcétera. Sin embargo, Cronos devoraba a todos sus hijos tan pronto como nacían. En fin. La historia sigue y no voy a platicarles cómo es que el propio Cronos fue depuesto por uno de sus hijos, Zeus. Después de esto, alguien seguramente se habrá preguntado qué es lo que tienen que ver las matemáticas con Cronos y, sobre todo, con esta discusión. Bueno, pues ello depende de a quién le pregunten. Permítanme explicarme. Una de las convicciones más fuertemente arraigadas en los tiempos modernos, particularmente en los matemáticos, es que resulta posible explicar el mundo físico mediante las matemáticas. Sin embargo, no siempre ha ocurrido así. Por ejemplo, si le preguntáramos a Aristóteles, él diría lo siguiente (lo escribo en latín porque es un hecho que cualquier necesidad escrita en latín —bueno, actualmente en inglés— se vuelve automáticamente respetable): “*Acrobologia vero mathematica non in omnibus est expetenda, sed in non habentibus materiam. Propter quod non naturalis est modus: omnis enim forsam natura materiam habet.*”

Ello significa: “La exactitud matemática del lenguaje no debe ser exigida en todo, sino tan sólo en las cosas que no tienen materia. Por esto el método matemático no es apto para la física: puesto que toda la naturaleza tiene probablemente materia.”

Aun cuando Aristóteles pudiera estar equivocado en este punto particular, señala algo que sigue siendo tan cierto como en su época: “Queremos que se hable como estamos acostumbrados a oír hablar, y las cosas dichas de otro modo no nos parecen lo mismo ... Unos, en efecto, no escuchan a los que hablan si no se habla matemáticamente; otros, si no es mediante ejemplos ...” Parece un hecho bastante común que los científicos sientan que la gente no tiene interés en oírlos y también, por supuesto, lo recíproco es cierto: la gente piensa que los científicos no tienen el menor interés en decir lo que hacen, y si deciden hablar lo hacen en un lenguaje incomprensible y misterioso. En gran parte, la dificultad para comunicarse es un problema de lenguaje o, más bien, de falta de un lenguaje común. Si Gali-

leo tenía razón y "el lenguaje en el que está escrito el libro del Universo es el matemático", es necesario, al menos en cierta medida, familiarizarse con este lenguaje para hablar de la naturaleza. Toco un punto que me parece importante recalcar y es que desgraciadamente las matemáticas y la ciencia en general no se consideran parte del bagaje de un hombre "culto", quien debe por supuesto haber leído de pasta a pasta *El Quijote*, *La divina comedia* y, así, hasta *Mafalda*, pero no necesariamente ser consciente de las implicaciones de las grandes revoluciones científicas de nuestro siglo, por ejemplo la mecánica cuántica, la teoría de la relatividad o las aportaciones de los matemáticos a la lógica. Insisto también en que el problema se agrava por la falta de científicos que se esfuercen por hacer no sólo entendible, sino ameno y atractivo el acercamiento a la ciencia.

Pero, en fin, regresando al papel de las matemáticas en la descripción y entendimiento del mundo físico, menciono que tampoco es claro, al menos en las décadas pasadas, que los físicos y los matemáticos tengan un lenguaje común. Por ejemplo, un famoso matemático de principios de siglo, parafraseando a Napoleón, quien decía que "la guerra era demasiado importante para dejarla en manos de los militares", decía a su vez que "la física era demasiado difícil para dejarla en manos de los físicos". Por supuesto los físicos no parecen estar de acuerdo en esto y tienen su versión de la contribución de los matemáticos a la física. De acuerdo con un físico, que quizá por razones de seguridad prefirió permanecer anónimo (aunque algunos atribuyen la frase a Dirac), "lo malo de las aportaciones de los matemáticos a la física es que, además de ser completamente precisas, son completamente inútiles y siempre llegan demasiado tarde".

Si después de lo anterior insisto en que vale la pena hacer el intento de dedicar algún tiempo a hablar de matemáticas y de física es por que lo que tienen que decir sobre el problema del tiempo y el origen y la evolución del Universo es interesante.

Antes de proseguir, me gustaría esbozar el resto del contenido de este escrito. Primero voy a presentar, de manera muy general, la visión que del Universo, y del tiempo nos ofrecen, por una parte, la teoría de la relatividad y, por otra, la mecánica cuántica. Posteriormente quisiera explicar porqué ambas concepciones no son compatibles, al menos en cuanto al tiempo se refiere y qué tienen que ver los hoyos negros en todo esto. Si me queda tiempo, haré algunos comentarios sobre el tiempo.

Comencemos pues con la teoría de la relatividad (TGR). No puedo tratar de explicar sus implicaciones sin men-

cionar a Cristóbal Colón y su relación con las manzanas y las hormigas. De acuerdo con la versión "oficial", que es más leyenda que historia, Colón estaba convencido de que la tierra era redonda y los necios de sus contemporáneos seguían pensando que era plana. Si nosotros hubiéramos vivido en los tiempos de don Cristóbal, ¿qué hubiéramos podido decir a favor o en contra? La verdad es que, a menos que nos lo hayan dicho en la escuela o lo hayamos visto en la televisión, o seamos astronautas retirados, si nos remitimos a nuestra experiencia cotidiana, tendríamos más razones para pensar que la tierra es plana que redonda. Lo mismo le pasaría a una hormiga caminando sobre una manzana. Probablemente no se dé cuenta nunca de que su "planeta" es redondo. Sólo si fuera un asteroide pequeño, como el del Principito, podría notar que su manzana es realmente curva. Bueno, hasta la formulación de la TGR, nosotros éramos hormigas en relación con el espacio. Es decir, pensábamos en el espacio como plano e independiente de la materia que contiene. La enseñanza de la TGR es que el espacio interactúa con la materia y que se curva en presencia de ésta. Una de las comprobaciones experimentales más espectaculares tiene lugar en los eclipses totales de sol, cuando es posible efectivamente verificar el hecho de que los rayos de luz no viajan en líneas rectas, sino que se curvan, debido, precisamente, a la curvatura del espacio. Sin embargo, tal como las hormigas y la manzana, los efectos de la curvatura del espacio son en general tan pequeños en nuestra experiencia cotidiana, que no los notamos.

Si queremos saber qué sucede en escalas más grandes, por ejemplo, si nos preguntamos cuál es la "forma" del Universo, entonces tales efectos no sólo no pueden despreciarse, sino que son los que la determinan. La TGR nos ayuda a entender el comportamiento de la materia en escalas muy grandes: en el macrocosmos, por usar una palabra que suena bien. Bueno, y ¿cuál es la forma del Universo, según esta teoría, y qué nos dice en relación con el tiempo? La respuesta, como antes, es simple:

$$G = T,$$

o, más precisamente:

$$R_{ij} - \frac{1}{2} R g_{ij} = T_{ij}$$

En otras palabras: no sabemos. Esta forma tan precisa de decir que no sabemos se conoce como ecuaciones de campo de la relatividad general o ecuaciones de Einstein.

A pesar de todo, tiene muchas implicaciones muy interesantes. La primera es que limita el número de posibles "formas" que el Universo puede tener, así como la evolución que ha podido seguir. La cosmología moderna nace de hecho con el estudio de estas ecuaciones. Resumiendo en un párrafo las conclusiones más importantes, diríamos:

1. El Universo tuvo un principio y en ese principio hubo una gran explosión, antes de la cual toda la materia estaba "concentrada" en una región muy pequeña.

2. El Universo ha estado expandiéndose desde entonces. Si continuará expandiéndose indefinidamente o no es una pregunta que no se puede contestar de manera concluyente dado el estado actual de la teoría y de las observaciones. La forma más fácil de imaginarse al Universo es un globo que se está inflando y en el que dos puntos que inicialmente están cercanos, se alejan conforme el globo se infla más y más.

La segunda consecuencia de la TGR es que, por extraño que pueda parecer, pone en los mismos términos el tiempo y el espacio, es decir, arriba (abajo), adelante (atrás), derecha (izquierda) y antes (después) son todas ellas nociones del mismo tipo y, aún más sorprendentemente, dependen de cómo una persona esté observando. Esto no resulta tan extraño si pensamos en cómo ve el mundo un murciélago —bueno, si pudiera ver bien—, para el que arriba es abajo y viceversa. Pero resulta completamente extraño cuando además nos dicen que, de acuerdo con la TGR, dos hechos que pasan al mismo tiempo para un observador pueden no ocurrir simultáneamente para otro. Más aún, qué tan rápido o que tan despacio transcurra el tiempo también depende de cómo nos movamos. Déjeme dar un ejemplo. Sabemos que todo lo que nos rodea está formado de átomos y que, a su vez, los átomos están formados de otras partículas más pequeñas: protones, neutrones y electrones. Sin embargo, hay muchas otras partículas más y, en la actualidad, se tiene un verdadero zoológico de ellas. Algunas "viven" muy poco tiempo.

Esto quiere decir que, si tenemos una de esas partículas en la bolsa, después de, por decir algo, dos segundos se habrá transformado en otra cosa. Algunas de ellas se producen, por ejemplo, en el sol y son expulsadas de tal manera que viajan a la tierra a gran velocidad. A pesar de viajar muy rápido, les toma más de dos segundos llegar, por decir un número, diez minutos: pero llegan. Es decir, es como si por viajar muy rápido, su reloj "interno" se atrasara y les permitiera llegar a la tierra. De manera análoga, la TGR nos dice que la longitud es también algo relativo. Una mesa

que tiene un metro y medio de ancho cuando nosotros la medimos en nuestra casa, tendrá un ancho diferente si la mide otra persona en movimiento.

La última consecuencia que mencionaré de la TGR es la predicción de que hay colapsos gravitacionales, tal como hay colapsos financieros y de las bolsas de valores. Estos colapsos o singularidades se producen cuando una cantidad suficiente de materia, por ejemplo una estrella masiva que ha agotado su combustible, queda únicamente sujeta a la fuerza de atracción gravitacional. El resultado final de este proceso, si la masa original de la estrella resulta suficientemente grande, es un hoyo negro. Pero de éstos hablaré posteriormente. En resumidas cuentas, de la TGR podemos concluir no sólo que no sabemos lo que es el tiempo, sino que no tenemos de él la más remota idea.

Pasemos ahora a la mecánica cuántica. Esta teoría, que se inició también a principios del siglo XX, describe, a diferencia de la TGR, lo que sucede en el microcosmos, es decir los fenómenos en escalas muy pequeñas. La forma cuántica de decir "no sabemos" se escribe así:

$$i\hbar^2 \frac{\partial \psi}{\partial t} = \frac{-\hbar^2}{2m} \Delta \psi + U(x, y, z)\psi$$

Esta fórmula se conoce como ecuación de Schrödinger, en honor por supuesto a Schrödinger, quien no tenía tampoco la menor idea de lo que quería decir la resolución de esta ecuación. El enfoque de la mecánica cuántica en relación con el tiempo es mucho más pragmático. Los filósofos, cuando no entienden algo, simplemente le ponen un nuevo nombre y convencen al resto del mundo de que ya lo entendieron. Los científicos, cuando no entienden algo, lo miden y tratan de convencer a los escépticos de que si lo pueden medir es porque ya lo entendieron. Así pues, el tiempo en la mecánica cuántica es el número que marca mi reloj. Además, es un tiempo democrático, en el sentido de que es el mismo para todos, sin importar sexo, religión, tendencia política o equipo favorito de fútbol. Bueno, esto está muy bien, pero y entonces ¿qué nos dice de nuevo esta teoría y qué implicaciones tiene para nuestra concepción del Universo, el tiempo y el espacio?

Nuevamente, si quisiéramos resumir en unas pocas líneas, podríamos decir que hay dos consecuencias muy importantes y contrarias a lo que todavía alguna gente insiste en llamar "sentido común":

Por una parte, el resultado de un experimento depende de si lo observamos o no o de cómo lo observamos (en otras palabras, el objeto observado y el observador no son

independientes). Por otra parte, la mecánica cuántica nos enseña que somos irremediamente ignorantes. Es decir, que sin importar cuán precisos puedan llegar a ser nuestros aparatos de medición, nunca podremos conocer exactamente todo sobre lo que estamos midiendo. Esta última observación es, a grandes rasgos, el contenido del llamado principio de incertidumbre de Heisenberg.

Esto, que parece bastante irrelevante, tiene consecuencias fundamentales para entender la evolución de cualquier proceso físico, en particular la evolución del Universo. La mecánica cuántica acaba con la concepción determinista que prevalecía hasta principios de este siglo (en otras palabras, las mismas causas producen los mismos efectos). Como lo planteara Laplace: si pudiéramos saber en dónde están todas las partículas en el Universo y cómo se están moviendo en cierto instante, entonces conoceríamos su evolución posterior.

De nuevo, esto tendría consecuencias relevantes. Por ejemplo, si lo anterior fuera cierto, entonces realmente no podemos escoger: la libertad no tendría cabida. Todos nuestros actos estarían determinados de antemano. La mecánica cuántica nos dice que esto no es así. A lo más a lo que podemos aspirar es a decir qué tan probable es que suceda algo, pero nada más. Así como cuando echamos un volado sabemos que es igualmente probable que salga águila o que salga sol, pero no podemos decir exactamente cuál será.

A diferencia de la relatividad, la mecánica cuántica es una teoría que ha encontrado una gran variedad de aplicaciones: desde el transistor y casi cualquier otro dispositivo electrónico moderno hasta las computadoras, pasando por los rayos láser, las fibras ópticas y los aparatos de resonancia magnética. Todas estas tecnologías tienen su fundamento teórico en la mecánica cuántica.

Desde el punto de vista de la historia del desarrollo científico, estas dos revoluciones tienen algo en común. Ambas surgieron en gran medida a pesar de sus creadores. Con ello quiero decir que no fue sino con una gran resistencia como finalmente las consecuencias de ambas teorías se aceptaron. La razón para ello es clara. A finales del siglo XIX, la física clásica, es decir la mecánica que asociamos con nombres como Kepler, Galileo, Newton, Laplace, etcétera, así como el electromagnetismo desarrollado desde principios del siglo XIX y la termodinámica, habían acumulado una serie de éxitos impresionantes: explicar y predecir el movimiento de los cuerpos, tanto terrestres como celestes, explicar muchos fenómenos eléctricos y magnéticos, con las consiguientes innovaciones tecnológicas: la transmisión

por radio, el uso sistemático de la electricidad como fuente de energía, la invención de la máquina de vapor, etcétera. A tal grado prevalecía el convencimiento de que todo estaba "prácticamente entendido" que uno de los más renombrados físicos de la época se atrevió a anunciar el "fin de la física teórica", pues el trabajo que faltaba por hacer consistía básicamente en terminar los detalles.

Pero, como escribió alguien (palabras más, palabras menos):

"Y Dios dijo:  
Hágase la luz, y nació Newton.  
Mas el diablo apareció y dijo:  
Que la oscuridad reine de nuevo, y  
Nació Einstein."

Como se puede entender, no fue sino con una gran resistencia como los científicos aceptaron abandonar la física clásica en favor de otras teorías que, a diferencia de ella, estaban lejos de ser intuitivas e iban en contra del sentido común. Por cierto que resulta curioso, al final del siglo XX, oír de nuevo declaraciones similares, pero quisiera hablar de eso después.

Antes habíamos dejado los hoyos negros pendientes. Estos bichos son una de las consecuencias más curiosas de la TGR. ¿Qué son estos objetos tan extraños? De manera escueta, corresponden a cierta solución de las ecuaciones de Einstein, conocida como solución de Schwarzschild.

Para explicar por qué los hoyos negros son tan negros, no me queda más remedio que recurrir a uno de los principios más viejos de la física y de todos conocido: todo lo que sube tiene que bajar. Estamos acostumbrados a que cada vez que arrojamos algo, efectivamente tarde o temprano cae. Entre más alto lo lanzamos, más tarda en caer, pero cae. Bueno, no siempre. Pensemos en un cohete. El cohete es "arrojado" lo suficientemente rápido como para que no caiga, sino que se quede dando vueltas alrededor de la tierra, o bien siga más adelante. La moraleja es que si no lanzamos un objeto más rápido que cierta velocidad, llamada precisamente de escape, volverá a la superficie de la tierra. ¿Qué sucede cuando no estamos sobre la tierra, sino sobre lo que ha quedado de una estrella muy masiva que ha agotado todo su combustible? La atracción que ejerce sobre los objetos que lanzamos es mucho mayor que en nuestro planeta y la velocidad de escape es también considerablemente más grande. Llega el momento en que la velocidad de escape es tan grande que aun algo arrojado a

la velocidad de la luz (por ejemplo, la luz) caería también. Pero si la luz arrojada desde la estrella no puede salir, entonces este objeto debería aparecer negro. En el fondo, los hoyos negros no son otra cosa que barriles sin fondo: puede uno meter cualquier cosa con la tranquilidad de que nunca va a salir. La mosca en la sopa, por decirlo de manera elegante, es que los hoyos negros no son tan negros. Si hay objetos, ciertas partículas, que "escapan" de los hoyos negros. Explicar el mecanismo por el que estas partículas escapan requeriría más tiempo del que dispongo. Tampoco quiero abusar de la paciencia del lector. Sólo voy a mencionar el término técnico, pues suena tan descabellado que, a menos que lo diga uno entre amigos, se corre el riesgo de acabar con una camisa de fuerza o en un departamento de física teórica. El hecho de que estas partículas escapen se debe a las "fluctuaciones del vacío". Cualquiera en su sano juicio se pregunta qué puede fluctuar en el vacío si se supone que no hay nada en él. Lo único que diré es que el vacío está, de acuerdo con la mecánica cuántica, realmente bastante lleno.

Finalmente, llego al punto que quería enfatizar. Por una parte, la TGR describe el macrocosmos y por otro la mecánica cuántica el microcosmos. Ambas teorías proporcionan concepciones del tiempo que son en principio incompatibles. Sin embargo, en ciertos procesos físicos, como los que tienen lugar en los hoyos negros, el macrocosmos y el microcosmos "se juntan", por decirlo de alguna manera. Otro ejemplo importante en el que efectos tanto relativistas como cuánticos debieron de haber estado presentes en las etapas tempranas del Universo.

Una serie de esfuerzos importantes de la física teórica actual está encaminada a resolver las incompatibilidades entre esas teorías. Tanto por las razones que mencioné antes, es decir porque hay fenómenos físicos en que ambas teorías deben intervenir, como por una razón más general: así como los alquimistas buscaron la piedra filosofal durante siglos, así también los físicos modernos están en pos de la teoría del campo unificado, es decir una explicación de las interacciones en la naturaleza, aparentemente de clases muy diversas, como manifestación de otra única.

Ya hacia finales del siglo pasado se dio un gran paso en esa dirección, al entender que los fenómenos eléctricos y magnéticos pueden explicarse en forma unificada. A partir de los años setentas, se inició un desarrollo similar para entender ahora las fuerzas electromagnéticas junto con las llamadas interacciones débiles, que son responsables, entre

otros fenómenos, de cierto tipo de decaimiento radioactivo. Como resultado de ello se tiene una explicación de las interacciones ahora llamadas electrodébiles. En los últimos años también se han hecho grandes progresos para entender desde ese mismo punto de vista las fuerzas que mantienen unidos los núcleos de los átomos: las llamadas interacciones fuertes. Esta teoría, la de los famosos *quarks*, ha tenido confirmaciones experimentales recientes.

Sin embargo, hay un tipo de interacción que ha resistido una explicación coherente desde este punto de vista unificado: la gravedad. Seguramente algunos de ustedes habrán oído hablar de la teoría de las "supercuerdas". Esta y otras alternativas para explicar "absolutamente todo" han recibido mucha atención en los últimos años y, al menos desde algunos puntos de vista, han aportado avances sustanciales. A tal grado que, como mencioné anteriormente, se oye de nuevo el "rumor" de que "el fin de la física teórica está cerca". En particular, no creo que esté tan cerca y más bien soy de la opinión de lo contrario.

Para terminar, mencionaré algunas de las posibles implicaciones de estas teorías más recientes en el espacio y el tiempo. La más rara es quizá que tanto el espacio como el tiempo resulten cantidades físicas no continuas. Empecé este texto diciendo que todos somos conscientes del transcurrir del tiempo. Bueno, pues si algunas de las implicaciones de estas teorías son ciertas, entonces el transcurrir del tiempo también es, en cierto sentido, producto de nuestra imaginación. Es decir, el tiempo no transcurre continuamente, sino "a saltitos", y lo mismo puede decirse del espacio.

Pero ya he abusado del tiempo y la paciencia del lector, así que quisiera terminar con lo que dicen del tiempo los que quizá lo hayan comprendido mejor que nadie más: los artistas.

El poema que a continuación cito es de Nezahualcōyotl:

No acabarán mis flores,  
no cesarán mis cantos.  
Yo cantor los elevo,  
se reparten, se esparcen.  
Aun cuando las flores  
se marchitan y amarillean,  
serán llevadas allá,  
al interior de la casa  
del ave de plumas de oro. ♦

# Fray Bartolomé de Olmedo: la construcción de una figura heroica en el espejo de la literatura y el arte\*

ANTONIO RUBIAL GARCÍA

Desde la época de Alberti se había dado por supuesto, aunque no se hubiera formulado de hecho, que el único pintor que merecía tal nombre era el pintor de historia, es decir, de cualquier fábula antigua o moderna, sagrada o profana, que la historia o la poesía, estimadas como estudios liberales, pudieran proporcionar.

Con esta frase, Rensselaer W. Lee pone de manifiesto la importancia que el género histórico tenía tanto para la pintura como para la literatura. Las hazañas heroicas, modelos para enseñar y entretener, podían así ser plasmadas y cumplir su finalidad por medio de imágenes creadas en la imaginación o en un lienzo, cobre o papel. La frase de Horacio *Ut pictura poesis* hacía referencia tanto a esa posibilidad narrativa del pintor como a la facultad de pintar cuadros llenos de colorido propia del poeta. Ambos medios se consideraron desde la Antigüedad clásica como expresiones útiles para difundir enseñanzas de carácter moral. Durante el Renacimiento y el barroco se discutieron las múltiples posibilidades de ambos campos y la riqueza de sus interacciones, así como las cuestiones relacionadas con la imitación, la invención, el decoro y la verosimilitud. En el presente ensayo, quiero mostrar un caso novohispano (aunque inserto en una problemática española) donde se muestra cómo la literatura histórica y la plástica se influyeron mutuamente, aunque a veces sus discursos sobre un mismo hecho tomaron caminos distintos.<sup>1</sup>

\* Agradezco la colaboración desinteresada que me brindaron Carmen León y Teresa Suárez para elaborar este trabajo.

<sup>1</sup> Rensselaer W. Lee, *Ut pictura poesis: la teoría humanista de la pintura*, Cátedra, Madrid, 1982, pp. 35 y ss.

En 1632 salía en Madrid la primera edición de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, que Bernal Díaz del Castillo había escrito noventa años atrás. La edición había estado a cargo del mercedario fray Alonso Remón, que murió antes de verla concluida, y, al parecer, transcribió la obra con bastante fidelidad respecto al original. Sin embargo, al salir impreso, el texto ya no respetaba exactamente el manuscrito que emergió de la pluma del conquistador cronista. El editor que sustituyó a Remón, el también fraile de la Merced fray Gabriel Adarzo y Santander, introdujo varias interpolaciones en el último momento, muchas de ellas relacionadas con su hermano de hábito fray Bartolomé de Olmedo. En tales agregados (que por supuesto quedaban sacralizados al hacerlos aparecer como salidos de la autorizada pluma de un testigo presencial como Bernal), el mercedario era descrito como el primer evangelizador de Nueva España, colaborador y consejero de Cortés, predicador de la fe cristiana a los indios y cura castrense de los ejércitos que tomaron México-Tenochtitlan y, tiempo después, conquistaron Guatemala al mando de Pedro de Alvarado.<sup>2</sup> El hecho real de la participación de Olmedo en la gesta conquistadora, apenas esbozado en los cronistas, tomaba en la versión mercedaria de Bernal un tono heroico y unas dimensiones exorbitantes que llegaban al punto de equiparar a aquél con el mismo Cortés. El papel protagónico del fraile y de su actuación quedaba plasmado desde

<sup>2</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid, 1982. Esta edición hace un cotejo muy minucioso de todas las versiones del texto de Bernal y en un suplemento recopila las interpolaciones mercedarias.

la portada de la edición, en la cual aparecen el conquistador y el religioso de la misma talla, flanqueando el frontispicio del título. Ellos son la mano y la boca, como dicen los carteles sobre sus cabezas; ellos son la acción y la palabra, la espada y la cruz. Sus escudos de armas (el del marquesado y el de la Merced) y sus hazañas descritas en los otros escudos que los personajes sostienen (el encuentro con Moctezuma y la predicación a los indios) son los emblemas que pregonan sus glorias y que las hacen complementarias.

El efecto de este texto en la literatura y en el arte fue enorme; su contenido formó parte central de la campaña mercedaria que tenía por objeto colocar a esta orden en un destacado lugar en los inicios mismos de la Iglesia novohispana. Formar parte de un hecho fundacional de tales magnitudes podía aportar a la provincia de la Merced permisos para nuevas fundaciones y limosnas reales, además de la preeminencia que se manifestaba en la presencia de sus miembros en lugares destacados en los actos públicos.

Al principio, la interpolación mercedaria apenas se percibió en el arte. Es curioso que una de las primeras pruebas de ella se encuentre en un convento franciscano que se decoraba a mediados del siglo XVII. En efecto, en la portería del convento de Ozumba está pintada una escena (que era común poner en esos lugares) en que Hernán Cortés recibe de rodillas a los doce primeros franciscanos españoles dirigidos por fray Martín de Valencia. Lo sorprendente de esa pintura es que atrás del conquistador aparezca Olmedo de pie, algo nunca antes visto en representaciones del mismo tipo. La escena hace referencia a la interpolación en el texto de Bernal, donde se lee: “[el mercedario] los abrazó e saludó muy tiernamente ... e fray Bartolomé los hospedó por orden de Cortés en una muy buena casa, e se fue a vivir con ellos e los regaló mucho ...”<sup>3</sup> Es muy significativo que a mediados del siglo XVII algunos de los miembros de la orden franciscana dieran un lugar tan prominente a fray Bartolomé, sobre todo en una obra que era auspiciada para exaltar a los primeros frailes menores. Tal actitud no será algo fácil de encontrar en adelante.

Unas décadas después de la pintura de Ozumba, el cronista de la provincia de la Merced en Nueva España, fray Francisco de Pareja, se echaba auestas la labor de escribir la historia de su orden en el nuevo continente con un objetivo fundamental: demostrar en ella el papel primordial que Olmedo desempeñó en la conquista. Desde su

palestra, el mercedario lanzó diatribas contra los cronistas de las otras órdenes que no reconocían los múltiples méritos de su correligionario; al agustino fray Juan de Grijalva le reclamaba atribuir a Olmedo tan sólo el mérito de haber bautizado a doña Marina; al dominico Antonio de Remesal le imputaba varias inexactitudes en que caía al hablar de Guatemala y el no referir las hazañas de su héroe; al franciscano Torquemada el haberle dado más importancia al clérigo Juan Díaz que al mercedario. El autor atribuía todas esas omisiones a la envidia. Con base en la versión interpolada de Bernal, Pareja presenta a Olmedo como el primer apóstol de Nueva España (el clérigo Díaz siempre aparece como su subalterno). El fraile predica, bautiza, dice la primera misa y da a conocer los nombres de Cristo y María, labra la primera iglesia en el palacio de Axayácatl y la dedica a la Virgen de la Merced. Cortés y él son como Aarón y Moisés; solicitan a Motecuzoma permiso para levantar un altar cerca del templo de Tlatelolco, y en él Olmedo realiza la primera misa ayudado por Juan Díaz. En ese altar consagrado se colocó la Virgen de los Remedios, la milagrosa imagen que después se venerará en el cerro de Totoltepec. Olmedo fue quien convenció a Narváez de regresar a Cuba; él fue con Alvarado a Guatemala, donde su predicación consiguió el bautizo de sus caciques. A su regreso a México ayudó a edificar el hospital de Jesús, donde fue enfermero.<sup>4</sup>

Aunque la crónica del padre Pareja no recibió la luz de la imprenta, circuló sin duda entre los medios mercedarios y dio argumentos a la orden para defenderla contra los continuos ataques que sufrió a causa de sus pretensiones de ser la primera orden misionera de Nueva España. La crítica más fuerte provino de los franciscanos de Guatemala, quienes se sentían directamente afectados porque se consideraban los primeros evangelizadores de esa región. Para desmentir la versión de los de la Merced, fray Francisco Vázquez, que fungía como cronista de la provincia, junto con un grupo de sus hermanos de hábito, realizó un minucioso cotejo de la edición de 1632 con el manuscrito original de Bernal que estaba en Guatemala. La comparación no sólo mostraba claramente el fraude, sino que además señalaba algunas contradicciones intrínsecas al texto. La más flagrante, sobre todo porque su falta de lógica favorecía la posición franciscana, era la que colocaba a Olmedo en la conquista de Guatemala acaecida en 1524,

<sup>4</sup> Francisco de Pareja (m. 1687), *Crónica de la Provincia de la Visitación de Nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos de la Nueva España*, 2 vols., México, 1882-1883, vol. 1, pp. 24 y ss.

<sup>3</sup> *Ibid.*, cap. CLXXI, Suplemento, p. 54.

al mismo tiempo que lo situaba recibiendo a los doce frailes de San Francisco junto con Cortés en Tenochtitlan.<sup>5</sup>

La obra de Vázquez salió a la luz en 1714 y recibió tanto aclamaciones como críticas. Entre éstas, la más enjundiosa provino del cronista dominico de Chiapas y Guatemala Francisco Jiménez, quien impugnaba las pretensiones tanto de mercedarios como de franciscanos y daba pruebas fehacientes de que fueron los dominicos los primeros que llegaron a Guatemala.<sup>6</sup> Como se ve, la lucha por conseguir el galardón de introductores de la fe en esas tierras estaba muy reñida.

La polémica historiográfica se había iniciado desde Torquemada, quien, conforme a una vieja tradición franciscana, aseguraba en su monumental *Monarquía indiana* que los bautizos habían sido realizados por Juan Díaz; su argumento central es que tal hecho estaba pintado en la portería del convento de Tlaxcala y que "están todos cuatro juntos [los caciques] bautizándole y señalado el ministro que fue el clérigo Juan Díaz y no fraile".<sup>7</sup> La alusión de Torquemada y la escena (que fue copiada en el lienzo de Tlaxcala y en la relación hecha por Diego Muñoz Camargo) contradicen lo que menciona Francisco Cervantes de Salazar que reseña el bautizo de Maxixcatzin, aunque sólo el suyo, de manos de Olmedo algún tiempo antes.<sup>8</sup> Esta misma versión es la que recopiló Antonio de Solís en su *Historia*, impresa por primera vez en 1684, en donde se muestra al cacique tlaxcalteca reconfortado con el auxilio espiritual de Olmedo y muriendo como devoto cristiano.<sup>9</sup>

En forma paralela, la figura de Olmedo y su leyenda recibieron una gran difusión por medio de las imágenes que permitieron que se les diera un uso múltiple. Con ello la imagen de Olmedo muy pronto traspasó el ámbito mercedario y se plasmó en obras patrocinadas por indios y por españoles.

<sup>5</sup> Francisco Vázquez, *Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala de la orden de Nuestro Seráfico Padre San Francisco en el Reino de Nueva España*, edición de Lázaro Lamadrid, 4 vols., Tipografía Nacional (Biblioteca "Goatemala") de la Sociedad de Geografía e Historia, 14-17), Guatemala, 1937-1944, vol. I, p. 23.

<sup>6</sup> Francisco Jiménez, *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de Predicadores* (compuesta entre 1721 y 1722), citado por Carmelo Sáenz de Santa María, introducción a Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. XXII.

<sup>7</sup> Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, 7 vols., edición de Miguel León Portilla, UNAM, México, 1975-1983, libro IV, cap. 80, vol. II, p. 246.

<sup>8</sup> Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, México, Porrúa, 1985, libro V, cap. XXXIII, p. 559.

<sup>9</sup> Antonio de Solís y Rivadeneira, *Historia de la conquista de México*, Francisco Foppens, Bruselas, 1704, libro V, cap. V, p. 475.

En el ámbito indígena tenemos un ejemplo excepcional en el bautizo de los caciques de Tezcoco del bautisterio del templo de Tonantzintla. El cuadro fue pintado por Gregorio José de Lara (conocido también con el sobrenombre de El Mixtequito) alrededor de 1755 y narra, según cuenta la cartela, el bautizo del rey de Tezcoco por Bartolomé de Olmedo —de quien se dan pormenorizadas referencias—, y señala que ello aconteció después del regreso de este fraile de Guatemala.<sup>10</sup> En este caso, la narración pictórica fusionó dos tradiciones escritas de diversa procedencia. La primera tuvo su origen en una fuente indígena, el *Códice Ramírez* (transcrito en la *Segunda relación* del jesuita Juan de Tovar), según la cual el bautismo de Ixtlixóchitl, señor de Tezcoco, tuvo lugar antes de que Cortés hiciera su primera entrada a Tenochtitlan (1520). Aunque en esa fuente no se dice que el sacerdote que lo bautizó fuera Olmedo, la referencia dejaba una puerta abierta para atribuírselo.<sup>11</sup> El paso siguiente lo dio Antonio de Solís, quien en su difundida *Historia de la conquista de México* señala al mercedario como el ministro del sacramento que convirtió al señor indígena en cristiano, después de que Cortés y el fraile lo convencieron.<sup>12</sup> El dato lo refiere de nuevo fray Cristóbal de Aldana, cronista mercedario del siglo XVIII, que describe así el hecho del bautizo del señor de Tezcoco: "Determinó Cortés volver contra México, y haciendo alto en Tezcoco, sujetó aquella ciudad, y logró el P. Olmedo la conversión de Yxtlilxuchitl, a quien puso por nombre en el Bautismo D. Fernando; y Cortés le dio la Corona de aquel Reino desposeyendo de ella a su hermano."<sup>13</sup> Es de notar que las tres fuentes colocan el hecho antes de la caída de Tenochtitlan y que el único personaje bautizado en la escena es el rey. La segunda tradición parte del *Compendio histórico del reino de Texcoco*, de Fernando de Alva Ixtlixóchitl, donde se señala que esta ciudad fue el primer sitio donde se plantó la ley evangélica y que el antepasado del autor, el rey Ixtlixóchitl, con el nombre de Fernando (en honor del rey

<sup>10</sup> Fernando de Alva Ixtlixóchitl, *XIII relación*, en *Obras históricas*, 2 vols., edición de Edmundo O'Gorman, vol. II, p. 492.

<sup>11</sup> *Códice Ramírez. Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias*, edición de Manuel Orozco y Berra, Leyenda, México, 1944, pp. 187 y ss, citado por Edmundo O'Gorman en su introducción a las *Obras históricas* de Fernando de Alva Ixtlixóchitl, 2 vols., UNAM, México, 1985, vol. I, p. 9.

<sup>12</sup> Solís, *op. cit.*, libro V, cap. XII, p. 517. Con todo, resulta difícil pensar que Olmedo, pese a lo quisquilloso que era en cuanto a los asuntos de religión, tanto en la administración sacramental como en lo relativo a poner cruces e imágenes permitido esos bautizos.

<sup>13</sup> Cristóbal de Aldana, *Crónica de La Merced de México*, México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1929 [ed. facsimilar].

católico) y bajo el padrinazgo de Cortés, recibió el bautismo de manos de fray Martín de Valencia en 1524. Después de él, fueron bautizados su hermano Cohuanacochtzin, llamado don Pedro, con sus hermanos legítimos y naturales, tíos, primos y deudos, su madre —a quien le pusieron María por ser la primera cristiana— y su esposa.

En la pintura de Lara parece describirse esta narración de Ixtlixóchitl, pues un grupo de señores con diademas y dos mujeres esperan recibir las aguas bautismales, frente a varios españoles que los observan y que llevan un estandarte y lanzas. Es interesante tanto el tratamiento de los paños, de las armaduras y del paisaje (con árboles, la ciudad, la laguna y una barca donde viajan dos dignatarios

nativos), como el realismo de los rostros de españoles, y sobre todo de los indios, que llegan a ser verdaderos retratos. Los caciques de Tonanzintla que mandaron pintar el cuadro debieron de ver en la conveniencia de los gestos, en la mano levantada en señal de bendecir de uno de los señores indígenas y en la dignidad con que éstos sostienen sus atributos de mando, un reflejo de lo que ellos mismos, como gobernadores de sus pueblos, pretendían ser. Sin embargo, el cuadro se aleja de la narración del cronista indígena respecto a quien fue el ministro, pues en lugar de Valencia se colocó a Olmedo. Pero esto tenía una razón de ser: pintar a Olmedo era remitir la conversión de los indios caciques a la época misma de la conquista, era volverlos tan importantes como Cortés y los conquistadores al considerarlos actores de un hecho que marcaba la fundación del reino de Nueva España; además, de nuevo, la versión pictórica solucionaba las contradicciones de las fuentes al crear una síntesis de todas. Lo incomprensible es que se incluyera el dato improbable de que esto sucedió después de su regreso de Guatemala (1524), fecha demasiado tardía, más aún cuando ya se encontraban los franciscanos en México. En todo caso, para los patronos indígenas la precisión histórica pasaba a un segundo término, pues lo importante era la finalidad didáctico-política encerrada en el mensaje: con un cuadro de bautizos múltiples, los caciques indios y sus familias ratificaban su presencia en un hecho fundacional de la



Portada de *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, 1632

Nueva España y avalaban, con la aceptación del cristianismo por sus antepasados, sus derechos de gobierno y sus privilegios.<sup>14</sup>

Junto al ámbito indígena, la presencia de Olmedo llegó también a generar variadas representaciones desde fines del siglo XVII patrocinadas por el mundo español. Entre las más destacadas se encuentran los cuadros enconchados llamados de la conquista, sobre todo los firmados por Miguel González, posiblemente un peninsular radicado en México. Muchas de sus obras han sido asociadas con el virrey conde de Moctezuma, cuyo interés por los temas de la conquista pudieron provenir de su título nobiliario y de la vinculación que su mujer tenía con la familia real mexicana. En dos de estas series la presencia del

fraile mercedario es tan constante como reiterada y expresa la gran difusión que tenía para entonces la leyenda olmediana. En la serie del Museo de Bellas Artes de Buenos Aires, el panel IV está casi todo dedicado a Olmedo; en él, el fraile aparece bautizando a ocho indias que el cacique gordo había regalado a los españoles, predicando a un grupo de naturales y presenciando el derrocamiento de los ídolos en Cempoala. En el cuadro XIII, la presencia de Olmedo es también central; en la cartela se explica: "Va el capitán general con sus capitanes al gran cu de Tlatelolco. Sahúma el emperador Moctezuma a sus ídolos ... Fray Bartolomé replica el sacrificio que se está haciendo." Es también notable el panel XIX de la misma serie, que representa el cuestionado bautizo del señor de Tezcoco, cuya celebración sitúa como lo hacen los cronistas, antes de la entrada a Iztapalapa. Cortés, el padrino del señor, pone su mano sobre el hombro del ahijado que recibirá también su nombre junto con el agua bautismal.<sup>15</sup>

Esta misma presencia puede notarse en una de las series que se encuentran en el Museo de América de Madrid

<sup>14</sup> Una mención a la cartela y a esta pintura se halla en Antonio Rubial, *Santa María Tonanzintla, un pueblo, un templo*, Gobierno de Puebla-Universidad Iberoamericana, México, 1991.

<sup>15</sup> Estos cuadros se expusieron recientemente en México y hay una reproducción de ellos en Marta Dujovne, *Los enconchados de la conquista de México*, Museo del Carmen/Tamsa/Siderca, México, 1998.

firmadas también por Miguel González y por su hermano Juan. Aunque en muchos de los paneles aparece el mercedario, son notables tres de ellos: el 8, donde Olmedo está representado en dos escenas: en una contempla la humillación de Moctezuma ante Cortés y en la otra, cubierto con un sombrero clerical del siglo XVII, parece rechazar, junto con Cortés, la oferta que les hace Xicoténcatl de sus hijas; el 9, en que el mercedario y el clérigo Juan Díaz se encuentran a caballo detrás de Cortés en el momento de llegar a Tenochtitlan, ambos ataviados con vistosos sombreros que contrastan con las armaduras de los conquistadores, y el 14, donde el religioso predica a Moctezuma, quien lo arenga desde su trono.<sup>16</sup>

Sin duda la presencia de Olmedo en los enconchados está tomada en parte de la edición de Bernal de 1632, pero la mayor influencia procede sin duda de la *Historia* de Solís publicada en 1684 y que fue objeto de varias ediciones posteriores. Como en otras crónicas, el Olmedo de Solís es un hombre cauteloso que recomendaba siempre a Cortés que no insistiese en los bautizos y en la imposición del cristianismo hasta que los conversos poseyeran mayores conocimientos sobre la nueva fe. Además de mostrarlo como uno de los más fieles colaboradores del conquistador, el cronista oficial resalta la labor de Olmedo como emisario ante Pánfilo de Narváez, además de presentarlo como un evangelizador, tal como lo muestra la visión mercedaria: en una escena del principio de la conquista, intenta convertir a los embajadores de Moctezuma y después procura persuadir al mismo emperador de que se bautice, con nulos resultados, cuando está a punto de morir víctima de la pedrada fatal. Ya hemos visto igualmente las menciones que el cronista oficial hace a su intervención en los bautizos de los señores de Tlaxcala y Tezcoco.

En el siglo XVIII, la *Historia* de Solís había alcanzado ya tal fama que fue objeto de múltiples ediciones, dos de ellas ilustradas con grabados. La más interesante es la de 1783, no sólo por la cantidad y calidad de sus planchas, sino porque además se corresponde con una serie de pinturas sobre cobre que hoy se encuentran en el Museo de América de

<sup>16</sup> María Concepción García Saiz, *La pintura colonial en el Museo de América. II. Los enconchados*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1980. En la serie firmada por Miguel y Juan González, que se compone de 24 tablas, se incluye a Olmedo en las siguientes: 2, 4, 5, 7, 8, 9, 14, 22 y 24, aunque el mayor protagonismo lo tiene en la 14, con la escena 29: "Predica la Fe Fr. Bartolomé de Olmedo a Motehzuma." En una segunda serie del mismo museo, de seis grandes tablas, Olmedo aparece en la 2 ("Fraí Bartolome de Olmedo Baptiza siete indias") y en la 6, acompañando a Cortés. Agradezco a la autora de este catálogo una comunicación por e-mail con estos datos.

Madrid. En estas imágenes, insertas plenamente en el ámbito hispánico, Olmedo está integrado al discurso oficial de la conquista, discurso que, con Solís, se dedicó a exaltar la grandeza de España y de las hazañas de sus hombres. Aunque importante, el Olmedo de este discurso era sólo una pieza más de la enorme actividad épica desplegada por España. Ello explica por qué, en la serie y en los grabados, sólo tres de los veinticuatro están dedicados a él: en el primero, el fraile observa sentado la destrucción de los ídolos en Cozumel y con una mano sobre la frente expresa su consternación ante el irreflexivo acto de Cortés, quien lo observa con una actitud entre retadora y displicente; en el segundo, Olmedo bautiza al cacique de Tezcoco ante la presencia de Cortés y de otros españoles, mientras unas indias afrancesadas los observan en el fondo; en el tercero, el mercedario bendice los bergantines antes de la toma de Tenochtitlan con dos indios a sus espaldas y varios españoles distraídos al frente.<sup>17</sup>

La presencia de Olmedo en la pintura y en la literatura nos permite no sólo descubrir los fuertes vínculos entre ambas formas narrativas, sino también comprobar el efecto de las obras históricas en la conciencia corporativa, mucho más, quizás, que en el ámbito de la masa iletrada. Tanto la pintura de tema histórico como la crónica tenían como función primordial el enseñar comportamientos morales por medio del ejemplo de los hombres virtuosos y valientes del pasado, y esa enseñanza se dirigía por lo general a los clérigos y laicos cultivados. Pero a menudo, junto a este objetivo didáctico moralizante, se presentaba otro de carácter más mundano, más político. En el caso que hemos reseñado, los hechos que mostraban a Olmedo con tan heroicos rasgos como argumentos para colocar a la orden mercedaria a la cabeza del proceso evangelizador de Nueva España y de Guatemala. Tal papel se traducía no sólo en prestigio y preeminencia frente a las otras órdenes religiosas, sino también en ventajas y privilegios de la corona. Su conciencia corporativa se veía reforzada con la gloria de ser la primera orden religiosa en llegar a Nueva España y eso le merecía distinciones. Claro está que no siempre la corona se dejó convencer con tales argumentos y sus pretensiones se quedaron sólo en un sueño, sueño que, sin embargo, quedó plasmado en letras y en imágenes como muestra de la colaboración estrecha entre el arte y la literatura. ♦

<sup>17</sup> Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, 2 vols., Imprenta de Antonio de Sancha, Madrid, 1783, vol. I, p. 79; vol. II, pp. 309 y 381.

## Una propuesta teórica para el estudio del cambio mundial

VÍCTOR BATA FONSECA

**G**raciela Arroyo Pichardo nos entrega su más acabada contribución personal para la consolidación metodológica y teórica —la cual avanza sobre un sinuoso camino— de la disciplina de las relaciones internacionales. Se trata del libro *Metodología de las relaciones internacionales*, que fue presentado a mitad del paro universitario de 1999 pero que no deja de ser de actualidad para todos aquellos que se preocupan por el problema de cómo abordar el estudio de la compleja realidad mundial contemporánea.

Arroyo Pichardo nos ofrece el primer estudio que logra superar el torbellino discursivo en que había caído en México el debate teórico sobre el desarrollo de la investigación de los fenómenos internacionales. Y es que la autora no sólo rechaza o se adhiere a tal o cual enfoque conceptual prevaleciente, sino que, además de analizar con rigurosidad las aportaciones del estructuralismo histórico, convalida científicamente la pertinencia de este enfoque explicando con base en él las causas y naturaleza de las grandes transformaciones mundiales que han ocurrido a partir de la caída del mundo socialista.

Dada la crisis teórica en que se encuentran las ciencias sociales, Arroyo Pichardo plantea que es urgente revisar el camino que ha seguido la teoría de las relaciones internacionales en su intento por explicar su objeto de estudio. Tal urgencia, dice, obedece a que no sólo la disciplina que nos ocupa sino todas las ciencias sociales fueron puestas en jaque a partir de la segunda mitad de la década de los ochentas, al desencadenarse una serie



Rubén Rosas

de situaciones que “modificaron la estructura del sistema internacional”.

Ella se refiere a fenómenos tales como el llamado proceso de globalización económica, el fin de la guerra fría y la desintegración de la Unión Soviética, la crisis de la Organización de Naciones Unidas y el derecho internacional, la desintegración de Estados multinacionales, la internacionalización de problemas sociales como la pobreza, y la supuesta disminución del papel del Estado, entre otros.

En su libro se propuso encontrar un método que logre explicar por qué ocurrieron los procesos señalados líneas arriba; a la vez, dejar en claro la metodología que se siguió para lograr tal explicación.

Arroyo Pichardo parte del concepto de estructura para dar cuenta de la dinámica del cambio mundial, y aunque Margot Sotomayor le atribuye erróneamente una filiación al método “histórico dialéctico sin materialismo” de Philip McMichael, la autora parece más cercana al estructuralismo histórico, aunque modernizado, que a cualquier otra corriente metodológica.

El método que se propone podría denominarse sistémico-estructuracionista o

estructuracionista histórico, ya que trata de explicar el cambio en la estructura del sistema internacional como resultado de las interacciones entre los componentes de su estructura y de una serie de procesos dinámicos que, al influir sobre estos elementos, han dado como resultado las transformaciones actuales del sistema y de la historia... Lo anterior permite considerar al sistema mundial como un sistema dinámico y abierto que con el transcurso del tiempo se hace cada vez más complejo (p. 47).

La propuesta metodológica de la obra que comentamos no es un invento de la autora. De acuerdo con Richard Little, Kenneth Waltz, Friberg Mats, Hetnne Bjorn, Philip McMichael y otros autores, Arroyo Pichardo plantea enriquecer la visión sistémica y estructuralista del mundo con ayuda de la dialéctica. Ello la lleva a considerar la existencia de un sistema central y de uno o varios contrasistemas, entendidos como el conjunto de actores y factores que se oponen al sistema dominante, es decir son subsistemas donde se incuban las fuerzas del cambio mundial.

Y es que el Estado territorial como objeto de estudio de las ciencias sociales, argumenta la autora, dejó de serlo desde hace tiempo. Por ello, “la división de las ciencias sociales en función de los elementos y las características de la actividad estatal resulta inoperante frente a realidades sociales, procesos y problemas que han rebasado las fronteras políticas tradicionales”.

A partir de este planteamiento metodológico, la especialista propone como hipótesis central de su investigación que

los cambios ocurridos en la estructura del sistema mundial durante el periodo comprendido entre 1982 y 1992 propiciaron la ruptura del equilibrio preexistente y pueden explicarse mediante el análisis de las interacciones de los elementos o actores principales del sistema, en conjun-

ción con las grandes fuerzas, características de la dinámica de este ciclo: a) La tercera revolución científico-técnica. b) La reestructuración económica. c) La reestructuración política. d) La reformulación ideológica.

Arroyo Pichardo parte del supuesto de que el equilibrio que existía en el sistema internacional fue roto con los cambios que se produjeron en la década señalada. Afirma que se produjo un cambio estructural ya que "los cambios en las partes (la desintegración de la URSS, por ejemplo) también producen modificaciones en las propiedades del todo y en sus relaciones (acciones e interacciones recíprocas). Los cambios generan un movimiento que conduce a la autorregulación del sistema" (p. 51).

Otro supuesto central de la obra establece que las fuerzas dinámicas una vez puestas en movimiento adquieren una aceleración tal que las libera de todo control y se constituyen en la inercia del sistema.

La autora otorga el valor de variable independiente a la tercera revolución técnica que vive actualmente el mundo. Según ella,

el mantenimiento del sistema es lo que determina la dirección, las funciones y la velocidad del progreso técnico. Esto propició que la tercera revolución científico-técnica, de manera autónoma, se convirtiera en una variable independiente, de la que depende el progreso económico. Luego entonces, es el progreso científico-técnico el que determina la lógica de la evolución del sistema y orienta su política de funcionamiento (p. 76).

Lo anterior equivaldría a pensar que el conjunto de innovaciones en los campos de la electrónica, informática, robótica, telemática, biotecnología, ingeniería genética y las comunicaciones, no tienen dueño y se producen al margen de los grupos y clases sociales específicos.

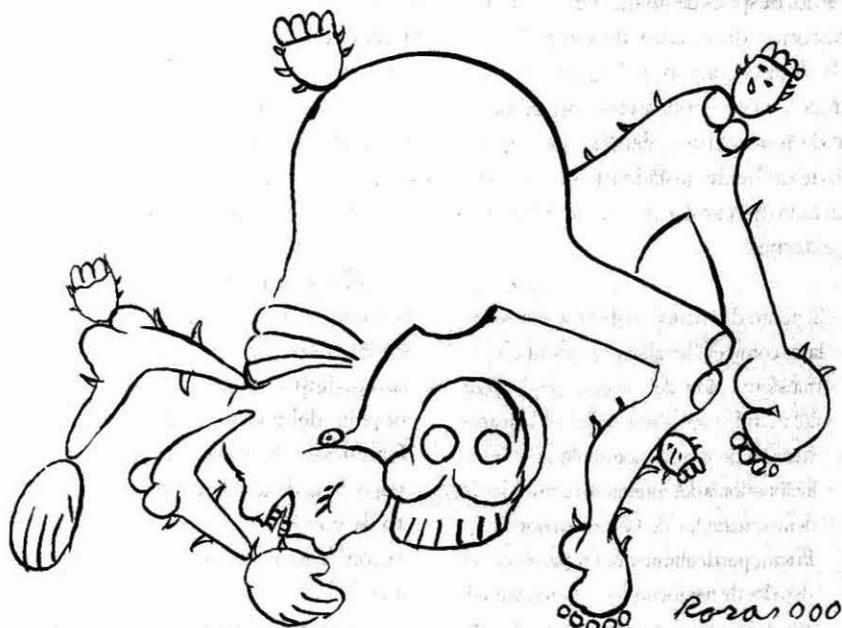
Parece no haber duda del impacto que están provocando en todos los órdenes de la sociedad internacional los nuevos descubrimientos científicos aplicados

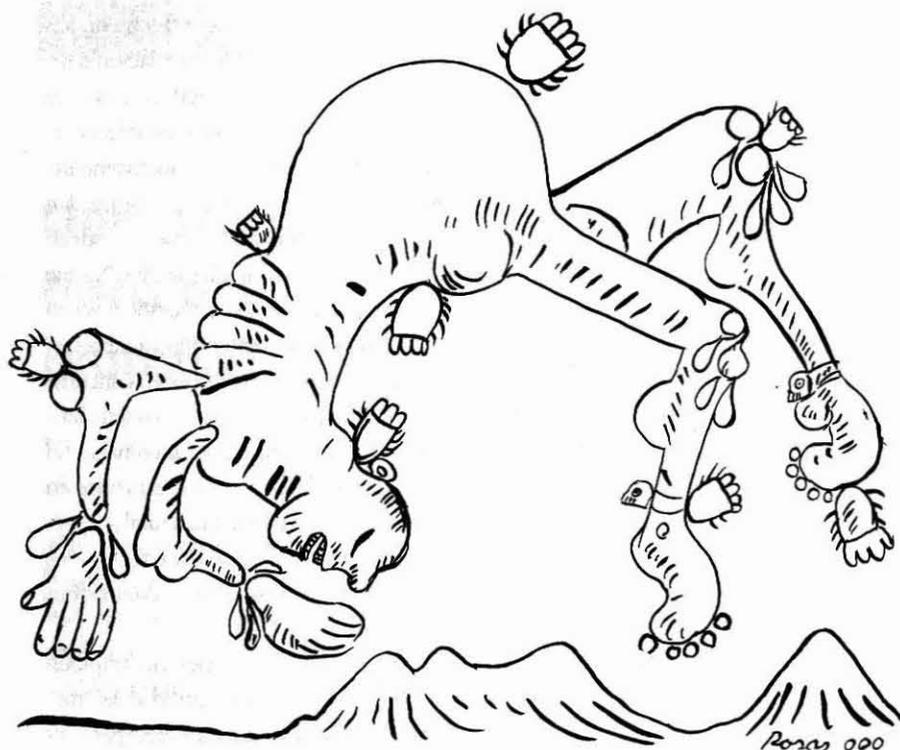
a la producción, la comercialización, la comunicación, la educación y la cultura y otras actividades humanas. Pero quienes han estudiado el fenómeno de la globalización no dudan en ubicar estos adelantos en el terreno de la ciencia aplicada como efectos de la agudización de la competencia entre los principales centros capitalistas mundiales. Se trataría de manifestaciones concretas en la búsqueda de nuevas ventajas comparativas, de la búsqueda de mayores márgenes de plusvalía por la vía de las innovaciones tecnológicas, en fin, se trataría de los efectos de la encarnizada competencia capitalista que llevan a cabo las gigantes corporaciones transnacionales.

La revolución industrial nació de la revolución capitalista y no a la inversa. Esta diferenciación es de gran trascendencia práctica por la necesidad de evitar el sofisma de que la tecnología es la variable autónoma que obedece a leyes y estructuras dinámicas propias, independientes de las condiciones de la sociedad. Esta suposición implica que bastarían los medios técnicos y administrativos para resolver todos los problemas creados por la Revolución Industrial. (Krippendorff, *El sistema internacional como historia.*)

Por otra parte, Arroyo Pichardo admite que en el campo de las relaciones internacionales es muy difícil dar paso a la comprobación de hipótesis, establecer generalizaciones o proceder inductivamente, pero ello no quiere decir que no se puedan determinar relaciones causales a partir de una variable o un conjunto de ellas, "ya que si bien los fenómenos, procesos o acontecimientos no se repiten, las variables semejantes o equivalentes pueden concurrir en la producción de fenómenos semejantes, al mismo tiempo que diferentes. Tal sería el caso de los cambios ocurridos en la estructura del sistema mundial a través de la historia o de los cambios registrados en algunas subestructuras o componentes" (p. 81).

Estas consideraciones no impiden que la autora proponga la utilidad del "método de las conexiones causales" para explicar la naturaleza y efectos de la desintegración de la antigua Yugoslavia y la implosión de la URSS y el bloque socialista. Para su análisis, establece una lista de fenómenos sin los cuales la crisis yugoslava no hubiera estallado ("causas necesarias"): la crisis económica interna y el fracaso de las reformas estructurales, las iniciativas democráticas, la crisis ideológica, el impacto del proceso de integración





Rubén Rosas

europeo, la revolución científico-técnica, la disolución del Pacto de Varsovia y la emergencia de los nacionalismos de nuevo tipo. Como "causas suficientes" (aquellas en cuya presencia el fenómeno debe ocurrir) menciona la militarización de la sociedad yugoslava y de los distintos grupos nacionales, así como los intereses estratégicos externos.

La conclusión que obtiene Arroyo Pichardo, después de analizar el desarrollo histórico de la crisis de ese país, es que la desintegración de Yugoslavia fue producida por la concatenación de una serie de fenómenos; además, que no se trata de un hecho aislado ni es una consecuencia mecánica de transformaciones externas.

El punto de encuentro de procesos seculares como el liberalismo económico y la transformación del sistema productivo del mundo capitalista, debido a la introducción de innovaciones técnicas revolucionadoras del sistema, así como el afán democratizador de las instituciones políticas, particularmente en países considerados de regímenes totalitarios, lanzado por países de economía de mercado, produjeron el resquebrajamiento en países como Yugoslavia.

La misma conclusión se extrae cuando analiza las causas de la desintegración de la Unión Soviética, "el más importante acontecimiento transformador del equilibrio y de la estructura del sistema mundial". Tras una revisión histórico-conceptual de la constitución del estado soviético, la investigadora sostiene que en el centro de las causas que provocaron el derumbe de la URSS se encuentra la determinación del gobierno de Ronald Reagan de lanzar la iniciativa de defensa estratégica conocida como guerra de las galaxias, proceso que propició una "nueva división internacional del trabajo, pues introdujo la globalización en los procesos productivos, las comunicaciones, las finanzas, el comercio y los servicios".

El hecho recrudesció la guerra fría y por ende canalizó recursos económicos soviéticos hacia el terreno del armamentismo. Junto a ello, la crisis en el monopolio del poder sufrida por el Partido Comunista, las presiones del FMI para el pago de la deuda externa y el surgimiento de conflictos nacionalistas, constituyeron "causas necesarias" que acabaron con la URSS.

Las implicaciones de la desintegración del Estado soviético son varias. La primera de ellas es que el equilibrio estraté-

gico militar se rompió. Esto originó, dice Arroyo Pichardo, la reconfiguración del mapa euroasiático, nuevas formas de alianza, la emergencia de nuevos actores, desórdenes políticos y la pretensión de instaurar un nuevo orden económico global. "Fue la tercera revolución científico-técnica la que rompió el *impasse*, produjo la quiebra de uno de los grandes rivales, y con esto el fin del sistema anterior".

En resumen, podemos coincidir con la autora en que el sistema internacional se modificó por cuanto la desintegración de la URSS y Yugoslavia redundó en el aumento del número de estados independientes; el equilibrio militar existente durante la guerra fría dio paso a la hegemonía militar norteamericana; desapareció el enfrentamiento ideológico capitalismo-socialismo como factor de legitimación del conflicto bipolar en cada uno de los subsistemas; apareció un nuevo subsistema internacional no estatal con un peso específico en la arena mundial, y se reimpulsó la globalización del capitalismo, entendida como proceso de dominación y apropiación del mundo por parte de este sistema.

Pero a nuestro juicio, el sistema internacional no ha cambiado en lo fundamental pues subsiste la misma pauta de desigualdad entre países; la política del poder sigue siendo una realidad de la dinámica internacional; el dominio del débil por el poderoso y la explotación del país pobre por la nación rica prevalecen como pautas de conducta del sistema.

Queda por ver si en el futuro el nuevo subsistema en emergencia (lo que yo llamo la sociedad civil internacional) podrá modificar la naturaleza de la estructura mundial y las pautas de su movimiento, para minar los cimientos del Estado e impulsar formas supranacionales de gobierno mundial, o por el contrario, terminará siendo cooptado por los agentes que dirigen la globalización de las relaciones sociales. ♦

Graciela Arroyo Pichardo: *Metodología de las relaciones internacionales*, Oxford University Press, México, 1999. 165 pp.

## Ernesto Sábato: símbolo de autoridad moral

MÓNICA MOLINA

Una vida es un tono. Un hombre no es grande únicamente por lo que piensa, o sólo por lo que hace; sino por lo que logra hacer con lo que piensa. Así, su existencia se manifestará con ese tono: dudas, búsquedas, obsesiones, etcétera nos irán dibujando su carácter moral y sensible.

Un lúcido escepticismo hizo pensar a Schopenhauer, refiriéndose a la irrealidad de toda felicidad en este mundo, que el hombre no puede aspirar a una vida feliz; a lo que puede aspirar es a una vida heroica.

Las palabras de Ernesto Sábato tienen algo de heroísmo. Por supuesto, el heroísmo

bien entendido; el heroísmo del derrotado, como él mismo se definió en *Antes del fin*, libro que salió a la luz más que como una forma de hacer literatura, como el valioso testimonio de uno de los escritores vivos más importantes de Argentina y América Latina.

El libro tiene un tono dramático y fatalista, característicos en Sábato. Es, ni más ni menos, una especie de despedida al mundo: "cuánto más puede esperar vivir un hombre de 86 años", decía su autor.

Un año después, y casi veinte de haber abandonado la literatura, Sábato publi-

ca *La resistencia* (que apareció en México a mediados de julio de este año editada por Seix Barral), una obra epistolar formada por cinco cartas y un epílogo, en el cual reflexiona acerca de los valores perdidos, la globalización, la insensibilidad del hombre moderno, etcétera y que constituye un mensaje esperanzado ante el individualismo y la pobreza existencial por la que atravesamos en estos tiempos. Este hecho nos permite, además de apreciar los valores literarios de la obra —que no se hará en este caso—, reflexionar acerca de su autor.

La gran literatura de Ernesto Sábato ya está hecha. *El túnel* y *Sobre héroes y tumbas* —sus dos principales ficciones—, así como gran parte de sus ensayos, logran sintetizar al hombre Sábato y constituyen ese enigmático prisma que es toda gran obra. *La resistencia* vendría a ser algo así como un plagio a sí mismo. Un necesario y bien recibido plagio. Sábato, como todo ser honesto y agudo, sólo puede hablar de unas cuantas cosas y casi siempre lo hace

# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

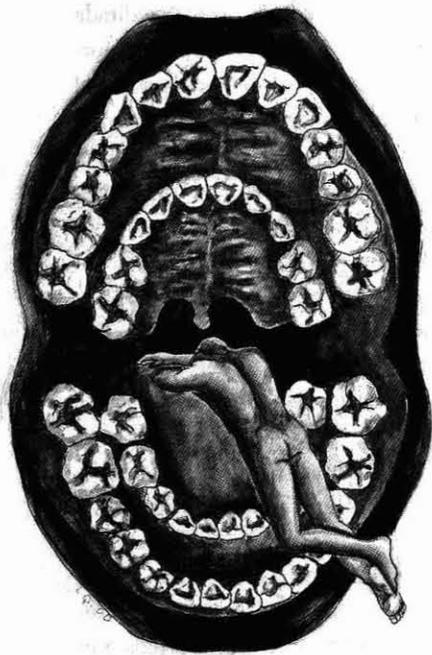
Agosto 2000

◆  
Núm. 595

◆ Ilustra: Carlos Márquez

- ◆ De la Garza: Simbolismo de los loros en Mesoamérica
- ◆ Emerich: Perfumes y posmodernidad ◆ Ziccardi: La participación ciudadana en el Distrito Federal ◆ Poemas de López, Pozas Horcasitas y Quirarte
- ◆ Sánchez Gómez: Migrantes mexicanos en California
- ◆ Meave y Luis Martínez: La biogeografía, disciplina integradora

Los Ángeles 1932, núm 11, colonia Olímpica, C. P. 04710, Delegación Coyoacán, México, D. F.  
Llame al número 56 06 69 36 o envíe un fax al 56 66 37 49 y acudiremos a tomar su suscripción dentro del D. F.



Laura Quintanilla

del mismo modo. Sus obsesiones pueden tomar forma de novela, carta o ensayo, pero son siempre las mismas: el arte, la miseria humana, la verdadera literatura, el absoluto, la ciencia, etcétera. En apariencia, los temas son muchos, pero el punto del que parten se revela como una materia y un material único e inasible: la imposibilidad del ser; transformando aquel material inasible en el hombre concreto, con todas sus miserias y grandezas.

La aceptación que tiene cada nuevo libro de Sábato demuestra que su literatura—su nueva literatura—ya no importa. Importan sus palabras. La resistencia es un pretexto de Sábato para hablar y un pretexto de sus lectores para escucharlo una vez más. Detrás de aquella resistencia no hay simples lectores, sino desesperados seguidores de una autoridad moral, siendo esto un difícil hallazgo entre nuestros contemporáneos.

Hace algunos años, un diario argentino hablaba acerca del modelo de autoridad moral que Ernesto Sábato representaba para los argentinos, frente a otros posibles modelos como María Elena Walsh—otra destacada escritora argentina—o diferentes personalidades (compositores, intelectuales, periodistas, etcétera) ligadas a

la defensa de los derechos humanos en aquel país.

Al respecto, el sociólogo argentino Heriberto Muraro admite que “en general la gente asocia la autoridad moral con el prestigio fuera de la política, gente sin fortuna y que ha realizado algún tipo de manifestación pública de acuerdo a los intereses de la comunidad; son los que podríamos llamar ‘los buenos sabios pobres’”.

La actividad pública—y política—más evidente, fuera de la literatura, la realizó el escritor, durante el gobierno de Raúl Alfonsín, cuando se le pidió un informe acerca de los “desaparecidos” durante la dictadura militar de la década de los setentas (y que constituye una lamentable y negra etapa de la historia argentina). El informe fue publicado tiempo después con el título de *Nunca más*.

Fuera de ello, a través del arte, actividad tan invisible e íntima, la imagen de Ernesto Sábato se ha intensificado, no sólo entre los argentinos sino en el ánimo de cualquier lector del mundo, como la de “ese sabio pobre” cuyo trágico carisma significa para muchos una suerte de salvación moral.

Muestra de ello es la concurrencia de numerosos jóvenes cada vez que en un café de Buenos Aires se anuncia que allí estará el autor de *El túnel* para platicar con ellos; o la rapidez con que se agotan las ediciones de sus libros—no siendo un autor estrictamente comercial—; o la cantidad de cartas que recibe de muchachos que se sienten al borde del abismo, no sólo de Argentina sino del mundo entero. En su anterior libro dice: “me hablan de sus tristezas, de sus ganas de morir. A ellos dedico mis obras, a esos muchachos y chicas desorientados, que se acercan en ocasiones tímidamente, y en otras, como los que buscan una tabla en el mar después del naufragio. Porque creo que tan sólo

eso puedo ofrecerles: precarios restos de maderas”.

Sábato da la sensación de esa vida heroica a la que hace referencia Schopenhauer. Es el heroico fracasado que oscila entre la desesperación y la esperanza. Aquellos “precarios restos de maderas” es el mismo Sábato que hoy dice a sus lectores: “en la resistencia habita la esperanza. La esperanza es insensata. Por algo hay multitudes de seres humanos que trabajan y siguen a la espera como centinelas”.

Ni en sus ideas amargas ni en sus palabras alentadoras hallamos a un impostor. Sus contradicciones tienen más de insensatez que de incoherencia; esa misma insensatez de la que está hecha la esperanza.

La resistencia no es más que el espejo de un carismático ser que se erige como símbolo de autoridad moral y, a la vez, de un niño trágico que a los 88 años, al finalizar una entrevista, mientras avanza con el entrevistador por el jardín de su antigua casa dice: “el crepúsculo, qué misterio”. ♦



## Madurez de la danza contemporánea

ALBERTO DALLAL

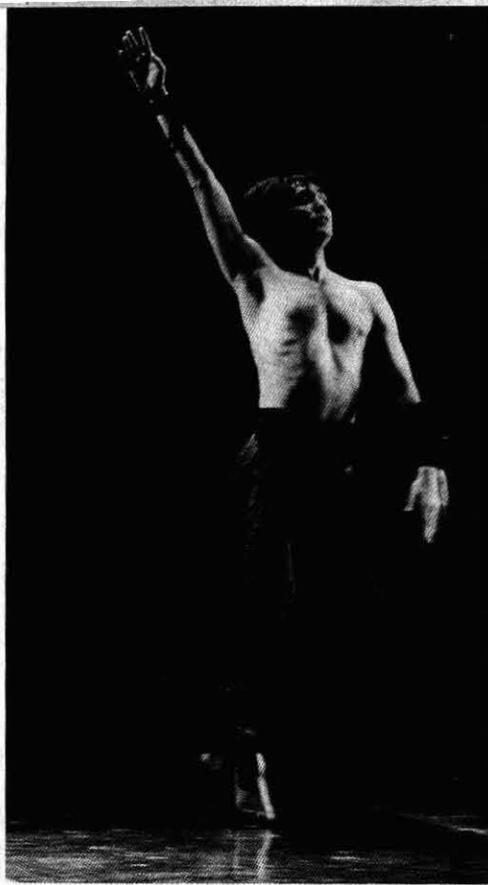
En una temporada titulada "Estrenos del milenio", el Ballet Nacional de México ofreció recientemente tres funciones en el Palacio de Bellas Artes. Precisamente realizó el estreno mundial de cuatro obras que permiten, a la manera de una reflexión sobre los logros del milenio, destacar algunos elementos característicos del desenvolvimiento de la danza contemporánea en México. En *Sensaciones lúdicas* (obra dedicada al poeta Jaime Sabines) el coreógrafo Federico Castro hace gala de su madura experiencia como buen diseñador de trazos coreográficos. Se trata de una obra que destaca por la exactitud de sus trazos, ya sea por la delineación general geometrizada sobre el escenario, ya sea por los ejercicios de movimiento que resultan asimismo precisos, fluidos y novedosos, de los cuerpos de los bailarines. Con una combinación de músicas de C. Nancarrow y Nino Rota, Castro consigue precisamente eso: sensaciones. Es una obra de naturaleza balanchineana: los movimientos de los cuerpos se convierten en imágenes y se deshilvanan y agrupan en lo que podríamos calificar de "estado de ánimo colectivo". Se produce una danza abstracta en el sentido directo de la palabra: el vocabulario dancístico se generaliza y la mirada del observador también expande con amplitud sus impresiones. Aunque las sensaciones son lúdicas no carecen de momentos dramáticos: varias parejas hombre-mujer al unísono establecen vínculos vertiginosos que terminan para iniciar otros, tras la certeza de un abandono ineludible de ciertos estados de ánimo susceptibles de prolongación. El diseño de una enorme red colgada de lo alto del escenario —impresionante creación de Martha Palau— establece un equilibrio suficiente con el manejo de los espacios mediante el movimiento y con las dimensiones de los cuerpos de los bailarines. Para el entramado exacto de *Sensa-*

*ciones lúdicas* se requirieron asimismo ejecuciones también exactas de los doce bailarines, algunos de ellos excelentes solistas como Luis Arreguín, Raúl Almeida, Juan de Dios Torquemada, Beatriz Juan-Gil y otros. La obra muestra las virtudes alcanzadas por la apertura que hace cincuenta años inició la danza contemporánea hacia el logro de una relación creativa entre la uniformidad técnica y la sobriedad visual-dancística que sólo coreógrafos y bailarines avezados podían lograr.

*La realidad está en otra parte*, muestra la experiencia de la danza contemporánea para abrirse a esa espontaneidad orgánica que en los movimientos de los bailarines aprovechó la des-regularización técnica y de contenido desatada por Merce Cunningham en los sesentas. Haciendo alarde de cierto discurso descriptivo que ha proliferado en la danza contemporánea actual, sobre todo en la de los jóvenes coreógrafos, Jaime Blanc expresa una madura consideración, una especie de mensaje que, por la forma directa de su exposición, se asemeja a un lema: "vivir junto a las drogas es vivir junto a la muerte" (la nota aparece textualmente en el programa). La música y los bailarines han sido seleccionados por su juventud. Aparece una bella escenografía de Gabriel Pascal y Vanessa Hernández que, mediante un espejo estimulante, elimina toda sensación de realidad en el escenario. También se dejan ver dos personajes sorprendentes, impresionantes, que pesan mucho, tal vez demasiado en la "narrativa" de Blanc: un cuerpo-bulto vestido de negro que manipula al cuerpo de un esqueleto completo. Los tres bailarines (Bárbara Alvarado, Jesús Tussi y Citlali Zamudio) convergen hacia el esqueleto y comienzan a provocarlo, embaucarlo, seducirlo; realizan escarceos, hacen el amor con él, intercambian parejas, se consagran en su propia juventud mediante movimien-

tos, a veces deportivos, a veces lúdicos, en el marco de una música de rock dulce de Capitan Beefhart. La obviedad de los movimientos —se persigue la literalidad en el relato de los hechos— conduce a la obra a dos obstáculos que la convierten en panfleto: 1) la prolongada repetición de los escarceos corporales con el esqueleto hacen que el espectador sepa de qué se trata demasiado pronto, en un lapso dramáticamente extenso y 2) la inclusión de dos personajes que carecen de movilidad efectiva se convierten en verdaderos protagonistas y por tanto debe preverse un desenlace para cada uno. El apresurado final o, más bien, la débil desaparición de una pareja supuestamente vital que abandona a su compañera "en poder de la muerte" nos hace pensar en una estructura abolida cuando, desde la mitad de la obra, se había recibido el mensaje. La amplitud de los movimientos literales o narrativos que rescató la danza contemporánea tras la inclusión dentro de sus fronteras de la modalidad de la danza-teatro, jamás restó importancia a la "dramaticidad" de la danza en el escenario; antes bien, incorporó una enorme gama de posibilidades a los diseños coreográficos que, no por seguir siendo claros y efectivos, podían inducir a un regreso a aquellas proliferadas imágenes intensas utilizadas por la danza moderna y que a su vez provenían de la danza expresionista.

*Moneda al aire (Juego sagrado)*, coreografía de Lidya Romero, también es una obra de reconstrucción literal de los espacios, de la realidad social y de la narración. Sin embargo, las dimensiones espectaculares de esta obra, su prolongada realización y la enorme cantidad de bailarines sobre el escenario, la convierten en un relato de tipo novelístico, en el que la relación de los hechos no es directa y se regodea en paseos y vericuetos en torno a personajes y situaciones de sobregirada efectividad. Reconstrucción fiel o naturalista de un torneo de fútbol soccer (con música de Steve Martland, "Dance Works" y una escenografía sonora de Eduardo González), con público y todo, la obra adquiere su aspecto "sagrado" evocando situaciones coreográficas, poses, "modos del cuerpo" del *Juego de pelota* de Guillermina Bravo, convirtiendo así a la *Moneda al aire* en un homenaje



Victor López, Ballet Nacional de México  
Foto: Christa Cowrie

a la gran coreógrafa mexicana. El título ocurre de manera literal en el escenario, de la misma manera como el partido se desarrolla a la vista del público ficticio y del público real que llena la sala. Se establecen los mejores momentos de la coreografía: los dos equipos realizan una danza de conjunto en el que las individualidades adquieren de pronto combinaciones de dúos, tríos y grupos que con algunos solistas desenvuelven la verdadera coreografía, prescindiendo de los movimientos de relleno que campean en la obra indiscriminada y literalmente. Los momentos de homenaje resultan una especie de transición o lapso onírico en los que una especie de sombra sagrada se inmiscuye en la algarabía del encuentro. Por momentos los deportistas indígenas de la obra de Bravo penetran en los cuerpos de los jugadores-bailarines de Romero y los convierten en semidioses. Al romperse dichos efectos la dinámica del partido se desenvuelve nuevamente pero ahora con alusiones al orden, a la disciplina, al esfuerzo deportivo mediante hileras de deportistas que por momentos son casi soldados y por momentos revelan su origen mexicano descubriendo en sus camisetas la efígie de la virgen de Guadalupe. La enorme, funcional y bella escenografía de Gabriel Pascal

y Vanessa Hernández permite este generalizado interjuego de colores y fognazos, de goles y vítores, de algarabía popular e intermedios sagrados. Esta puesta en danza de Lidya Romero ha abierto la desafortunada posibilidad de que los logotipos y anuncios de las empresas que patrocinan la obra aparezcan en la escenografía y en el escenario del Palacio de Bellas Artes. Tal vez se hará costumbre a partir de la apertura política 2000 del pueblo mexicano. Sabia en el manejo de los conjuntos, Romero nos entrega una gigantesca plasticidad móvil que por lapsos dancísticos logra acotar ciertos episodios de algunos muy logrados diseños coreográficos, muy bien entendidos e interpretados por los excelentes bailarines del Ballet Nacional de México.

Los fragmentos de *Carmina Burana* que recrea y crea (en ese orden) Luis Arreguín nos enseñan que la danza contemporánea puede ya dominar ámbitos de ilustración, equilibrio y tradición que antes le estaban vedados y que parecían monopolio del ballet clásico. En esta obra nos hallamos ante un hecho extraordinario de interpretación estructural y dancística, apoyado en una concepción operativa y actual: "El amor nos enseña a ver de frente a la muerte", nos indica el sabio verso de Octavio Paz. Pero la obra también nos revela que el juego erótico, el regodeo virtual de la carne, la alegría colectiva de la fiesta-ceremonia puede y debe ser firme y llena de grandeza. Esta acertada transformación de los añejos conceptos morales en torno de la orgía nos la entrega Luis Arreguín sin menoscabo de la belleza ritual que esta bien ejecutada serie de situaciones prolonga. *Carmina Burana* pasa a ser, de oratorio o cantata —se estrenó en 1937 en Alemania— a una espléndida gran danza. El diseño del vestuario de Cordelia Dvorak, del enorme telón de Jordi Boldó y la apertura del hueco del foro en toda su dimensión, dejando a las luces y a las *diablas* expuestas a la vista del público, nos hacen penetrar en un mundo monumental y aún así secreto en el que los protagonistas del amor carnal, del amor espiritual, del rejuogo amoroso se hallan mercedamente convertidos en jueces y partes del fenómeno. No se trata de esta-

blecer la trascendencia o el diabólico señalamiento de los amores colectivos sino con responsabilidad y vigor entregarse a ellos como si fuesen una religión en sí mismos. Los colores café y ocre, un negro con pequeños detalles de otros colores en el vestuario, consiguen una bien provista uniformidad que el enorme y semioscuro telón de Jordi Boldó, al fondo, construye visualmente como un gran templo irreligioso. El concepto de los movimientos, con visos de arte marcial o apariencia y calificación butoh, consiguen fomentar la imagen de fuerza y seguridad. La obra, separada claramente en fragmentos y secciones, en varios momentos hace uso de una mesa-flecha y varias sillas que son convertidas sucesivamente en escudo, comedor, palestra, pedestal, barca inmóvil, etcétera. Aunque sobreviene una gran creatividad en los movimientos de brazos, pies, piernas, torsos, manos, las contundentes, bien líricas manifestaciones eróticas de las parejas también refieren al espectador a los momentos más dulces y suaves del acontecer sexual y amoroso. Obra de conjuntos, Arreguín ha impuesto rigurosos desplazamientos, a veces uniformes, a veces simétricos. En un vertiginoso episodio hace danzar atractiva, sugerentemente a las piernas y a los pies de los bailarines y bailarinas, a veces echados boca arriba sobre el suelo. Si la danza contemporánea ha permitido la ampliación del vocabulario corporal al infinito, Arreguín, sin alejarse o deslavar la modalidad conceptual escogida para los movimientos del cuerpo, suscita la actividad recreativa de sus partes y el lucimiento de la bien cimentada técnica que posee cada bailarín. Los solos de Raúl Almeida, Víctor López, Luis Martín Reséndiz, Juan de Dios Torquemada y Citali Zamudio nos permiten reconocer al fin a más de una generación de estupendos bailarines que el Ballet Nacional de México ha preparado, afilado, dispuesto en su Centro de Danza Contemporánea de Santiago de Querétaro. En cada uno de los bailarines que intervienen en *Carmina Burana* vemos ya la indiscutible técnica adquirida pero en la bien sustentada creatividad, en la sabiduría de diseñador de Luis Arreguín descubrimos el asentamiento definitivo de un coreógrafo impecable. ♦

# La escritura como despojo y fragmento

ÁLVARO RUIZ ABREU

I

¿Vivimos en una época de cosas inconclusas, en un tiempo de fragmentos? El escritor atiende al llamado de los bocetos, retazos, comentarios al margen, elementos de una obra que no escribirá jamás. No ha llegado aún el libro, la totalidad escrita. En tanto se nos aparece, "lo que construimos son apenas fragmentos; guiñapos a la espera del texto único y definitivo". Construir fragmentos, y la novela moderna se asienta en esta premisa, es al mismo tiempo construir la verdadera imagen del hombre que es también despojo, un desposeído. La cita de Ossip Mandelstham es infundible:

Destruid los manuscritos, pero conservad lo que habéis escrito al margen por aburrimiento, ineptitud y como en sueños. Esas creaciones secundarias e involuntarias de nuestra fantasía no se perderán en el mundo, se instalarán de inmediato tras los pupitres en sombras como terceros violines de ópera en el teatro Mariinsky.

La cada vez más preocupante producción masiva de libros, textos literarios de muchas clases, tiende a volverse un centro de discusión crítica. El libro permanece, mientras el lector sigue su camino en la sociedad posindustrial de su tiempo. Mira ese producto salido de las máquinas modernas de impresión y ya no le causa mayor placer ni entusiasmo. El libro, según Chartier, ha dejado de ser fuente de conocimiento, ya no es más un valor, el guía, el maestro de la sociedad, esta función la ganó hace mucho la televisión. En su lugar se encuentra la pantalla frente a la cual el lector ya "no lee" hablando en sentido literal un libro con su pasta dura, su encuadernación, sus ilustraciones, sus capitulares,

sino un texto que puede armar, anotar, subrayar, es decir, un texto para ser cambiado, transformado.

Cómo crear de nuevo una cultura en la que el libro vuelva a ser un objeto atado a la permanencia, la escritura como "un movimiento perpetuo" de ida y vuelta. Recordando que el trayecto de la escritura es amplio, inacabado, que su registro no incluye solamente a las celebridades y sus obras "terminadas", aunque es obvio que esta idea es una quimera, sino a los escritores de las márgenes, a la escritura fragmentada que se traza en diarios, autobiografías, textos sin género "oficial", apuntes, cartas, memorias. Es una escritura de variados tonos e invocaciones no del paraíso sino del destierro que va de Efrén Rebolledo a Macedonio Fernández, Lezama Lima, Julio Torri, desde Borges y Bioy Casares a Julio Ramón Ribeyro, Augusto Monterroso. Sustentada en una murralla de la vida cotidiana, esta literatura parece construirse de retazos de un mundo hecho también de retazos, y que busca la biblioteca ideal, una reinención del texto.

II

El objetivo de este razonamiento es revisar la escritura que se sale del canon, y que parece afuera del escritor, la que no obedece a "su proyecto", sino la que se le escapa. El contenido de las *Prosas apátridas* (1975) de Ribeyro sería el ejemplo típico de una literatura que quiere negar el estatuto del género, y busca su propia definición en el trayecto. En esta situación límite, sin definición precisa se encuentra el diario, la autobiografía, el ensayo y la crónica, parecen subgéneros en movimiento que acatan no la voluntad del autor sino el destino de su propia sintaxis: el de situarse entre la orilla de la escritura y el

margen de libertad que le otorga su desobediencia canónica.

Pero ¿quién lee esta escritura al margen? Más aún ¿cuál es su función en nuestra cultura literaria? En primer lugar hay que establecer la importancia de esa literatura como un tejido minucioso mediante el cual se trata de restaurar aquellos hoyos dejados por una prosa que no crea en apariencia una unidad, sino atiende el llamado de lo disperso. Su destino es el lector informal, sin ataduras, dispuesto a la aventura de construcción de una historia o una vida, una idea o un lugar, que debe reconstruirse mediante la imaginación, el arrebató simple y sincero, la pasión entrevistada por el mensaje de una escritura que se niega a ofrecer un mensaje.

Estudiar la literatura al margen no es una modalidad ni siquiera algo frecuente en nuestro tiempo, pero los defensores del género híbrido iniciaron hace tiempo un regreso a la propuesta de revaloración de la escritura no celebratoria sino discreta, tampoco la escritura de la vanidad sino la del desasosiego. Retomar esa escritura ha sido el propósito de la crítica española Esperanza López Parada en su libro *Una mirada al sesgo*, un ensayo que rema a favor de esta idea: el mundo es la suma de lo disperso, una distracción, y la escritura como un ir y venir de moscas, bailando en torno de los lectores. Lo que somos es la suma de los "hechos" simples de un día de semana, pedir un café, cortarte las uñas, peinarte o mirarte los zapatos, lo que "entorpece la vida" y al mismo tiempo la constituye. Cortázar en su *Último round* practica una inversión "de todo lo circundante". Las moscas son el resumen de todo lo simple, "contra los prepotentes que creen iluminarlo todo, expresarlo todo, contra una literatura elevada a soberbia e improbable cifra de lo real".

Basada en una idea de la escritura como discontinuidad, un proceso de la desposesión, López Parada intenta restaurar los retazos de una prosa breve que es menos ambiciosa y que se ahoga en la garganta del rey; una escritura que se sabe o admite su impotencia, reconoce sus limitaciones. El punto de partida es que no hay literaturas totales, síntesis y anuncio de lo que vendrá, sino apuntes, historias no acabadas, narraciones que se truncan en el siglo

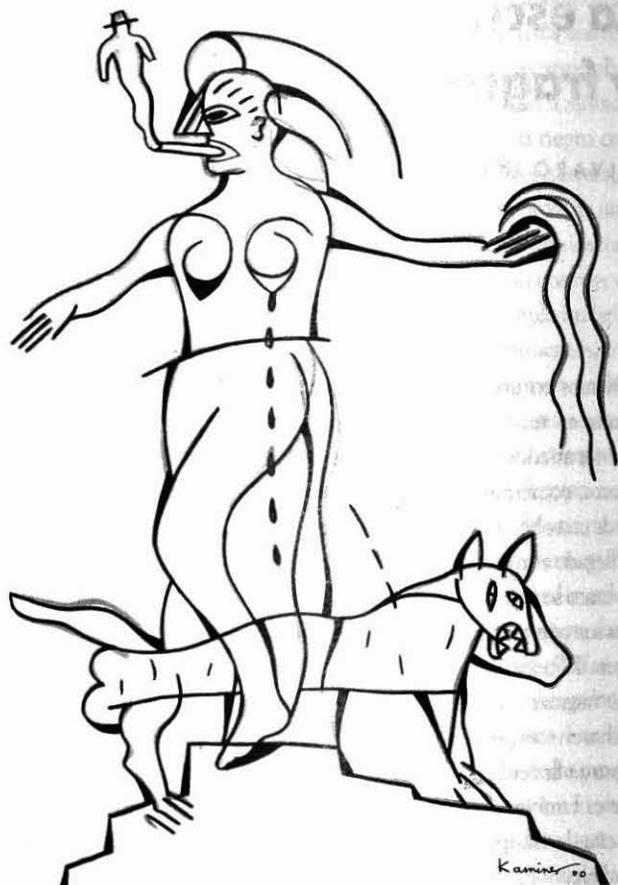


Saúl Kaminer

que se afanó en "producir ruinas, algo así como restos prefabricados". Creo que el intento de esta excelente crítica es quitarle peso, celebridad, a los escritores, inducirlos al trampolín de la escritura en proceso, mutante, de la que se apropian para llegar a un lugar que es también cambiante, relativo.

## III

Nada mejor que el diario para ver esa literatura interior que cada uno lleva en sí mismo, la tendencia a la confesión de sus propios hábitos dentro de su cuaderno privado. El *Relato de mi vida* de Thomas Mann hace pensar en los artificios con que el escritor puede rodearse una vez que siente la necesidad de narrar no los hechos sino su propia experiencia acumulada. También la miscelánea narrativa, de géneros y gustos, que intenta Sergio Pitó en *El arte de la fuga* es una muestra palpable de que el diario se resiste a aceptar la vida del diarista sin más, sin involucrar la escritura que lee y la que escribe su propia mano para



Saúl Kaminer

revelar al otro. Y Julio Ramón Ribeyro hizo del diario su proyecto literario, su confesión sobre penurias, sinsabores, empresas amorosas incumplidas, madrugadas de tabaco y alcohol dominadas por la indigencia, la falta de casi todo. Hay por tanto "una querrela entre vida y escritura"; el diario da cuenta de ella y es su motivo, en sus páginas hay una guerra entre la pluma y la espada. El diario echa mano de ambos.

Literatura autobiográfica, la del diario está hecha de vida y "de postergar la vida en nombre de su escritura", pero también es un sacrificio en nombre de otra vida, la que otorga el relato de la cotidianidad. Puede verse como la búsqueda del fracaso, la antesala del fin que en el caso de Ribeyro estuvo anunciando en su batalla cotidiana entre subsistencia y literatura. Sobre los absolutos, la frase que certifica el mundo como si se tratara de un laboratorio, la sentencia segura de un autor y una obra olvidando que su herramienta es el lenguaje: institución de soledades que refleja los despojos del mundo, lengua literaria que no reconoce la última palabra sino sólo la primera.

Contra esta tendencia de la crítica soberbia, que sublimiza lo que toca, se erige el análisis creativo, de enorme disciplina y transparencia, de López Parada. Su intención no es la Obra sino una labor de rescate de los elementos que la despojan y al mismo tiempo la hacen posible. Detiene la mirada en los géneros que ahora se llaman híbridos pero que suelen ser el diario, la memoria, el apunte de la obra, las anotaciones, el texto que se niega a ser. El *Diario* de Ernst Jünger, compuesto por seis volúmenes "de apretada grafía", es una escritura bajo presión: el ascenso del nazismo y la proximidad de la guerra. Es una "nueva y copernicana literatura" de la profundidad, "de la observación más minuciosa, de la conciencia, pero también de la era del dolor y de la muerte". Es el diario como indicio de que estamos en pleno descenso.

## IV

Nueva lectura de la producción literaria de América Latina, apuesta a favor de los

textos menos frecuentados por la crítica, el ensayo de López Parada establece un diálogo entre la obra y su tiempo. Es un llamado a revisar la visión académica de la literatura como totalidad, como la esfera que cuando se cierra deja afuera a todo lo demás. El trabajo crítico camina en otro sentido: el de las zonas menos habitadas de dogmas y de criterios uniformes; se atreve entonces a frecuentar lo que se encuentra fuera del círculo, en los márgenes de la esfera enfrentándose a una escritura del despojo y del vacío, del fragmento y lo precedero. Cómo va a perdurar una escritura de espejos rotos en una sociedad cuya nomenclatura es lo disperso, la multiplicación de sus expresiones y de sus obsesiones. Hay una crítica que no atiende el llamado del mundo contemporáneo, que no abre los ojos sino que parece dormida. Y hay otra que ha concebido a la obra como un comienzo, siempre como el indicio de algo mayor, hecha de tropiezos y de anotaciones, y no de una totalidad. El crítico y la crítica van a tener que abandonar sus pretensiones, cerrar el cubículo, salir a la calle, empezar el camino de regreso en la deconstrucción de sus hábitos para construir un nuevo discurso, roto, fragmentado.

La lengua no sólo es la composición perfecta del palindroma —luz azul; amor, roma— que traza un “orden iluminado”, sino de la frase miserable, común como la de la mosca, ser invertebrado. “Frasas perseguidoras de que están llenos nuestros libros”, que representan la escritura de Monterroso. Frases “terrenas que para atrás no significan nunca lo mismo, que incluso para ningún lado significan nada”.

Desde la crítica erudita, imaginativa de Pedro Henríquez Ureña que arraigó en por lo menos dos generaciones de escritores de México, Argentina y otros países, no hemos visto que esa disciplina o herramienta vuelva a su ruta original. Es preciso regresar al punto de partida: revalorar la literatura no consagrada, restablecer sus vínculos con los clásicos, analizando el paso de la escritura anotada de muchos autores. A Rulfo llega través de *Los cuadernos de Juan Rulfo*, no la obra que se supone terminada, como es *Pedro Páramo*. El proceso de lectura sufre una inversión: ya no es partir de un universo total, sino de los

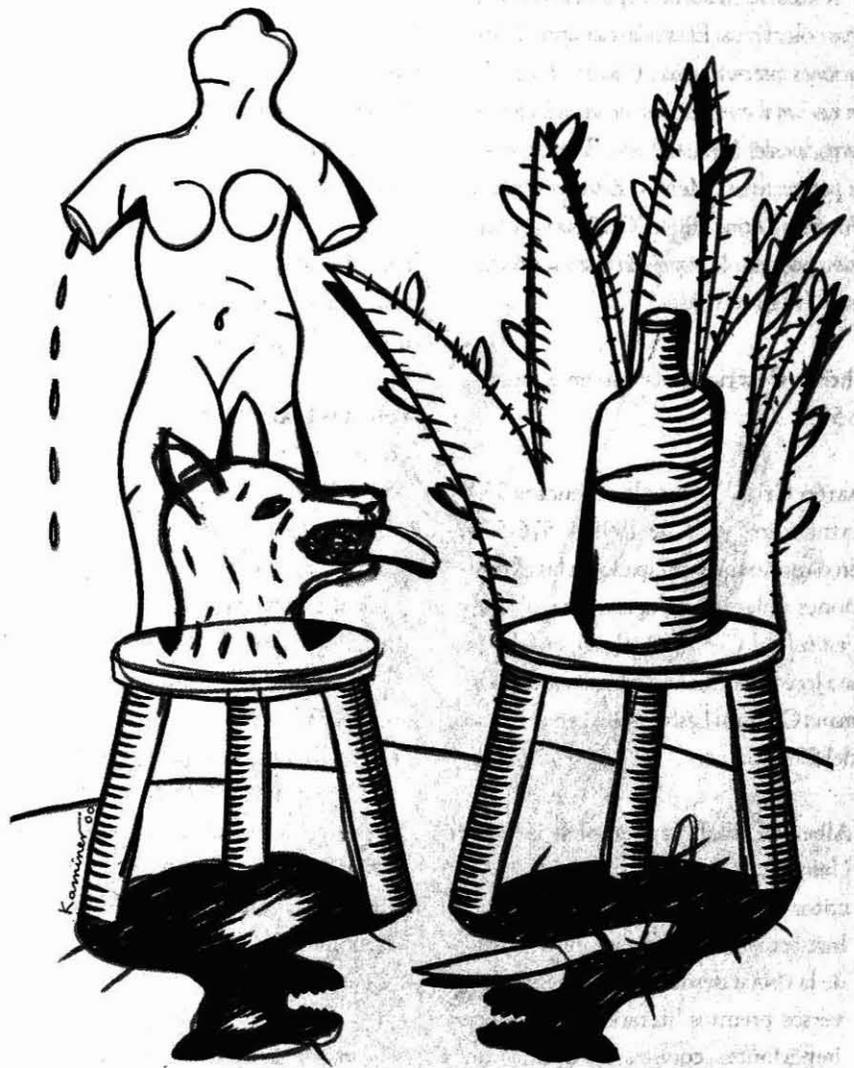
apuntes, la hoja suelta, que reconstruye el perfil fragmentario del autor, la dimensión inacabada de la obra.

Libros como el de Esperanza López Parada, *Una mirada al sesgo*, conjunto de ensayos sobre la literatura entendida como laberinto, como pluralidad voces inacabadas, es también una visión de mundo en la que el hombre aparece fuera del Paraíso, en lucha cotidiana ante la realidad fragmentada, huidiza, de la que forma parte. “En los márgenes entonces de las estructuras literarias consagradas, el relato limítrofe, híbrido realiza la inversión y revisión de lo habitual. Propone una escritura abierta y exterior, ubicua y móvil, capaz de recoger y emplear todos los códigos, modificar las jerarquías, capaz de exigir una nueva definición del

hecho artístico, de los materiales y prohibiciones de la creación”.

Tratado de una clase de expresión literaria, reflexión que busca alumbrar la parte oscura de la escritura hecha de tropiezos, equívocos, textos inacabados o que el autor abortó, *Una mirada al sesgo* es algo más que un ensayo sobre la escritura de las orillas. Es una mirada a la otra orilla en la que pasa la vida en su incensante fragilidad. Pero principalmente es un trabajo de gran concentración, en el que incide la prosa directa y poética de la autora con su imaginación puesta al servicio de una idea libre de la escritura y sus distintas formas de expresión. ♦

Esperanza López Parada, *Una mirada al sesgo. Literatura hispanoamericana desde los márgenes*, Iberoamericana, Madrid, 1999.



Saúl Kammer

**María de Lourdes Alvarado.** Colaboró en el número Extraordinario I de 1998.  
mdlame@servidor.unam.mx

**Víctor Batta Fonseca** (Ciudad de México, 1951). Licenciado en relaciones internacionales por la UNAM. Es docente e investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Ha sido analista de temas internacionales en *El Nacional*, *El Día*, *Excelsior*, *El Financiero* y *El Universal*. Textos de su autoría aparecen en los libros colectivos: *El estudio científico de las relaciones internacionales* (UNAM), *La cuestión nacional en el estudio de las relaciones internacionales* (UNAM), *Viejos desafíos, nuevas perspectivas: México, Estados Unidos y América Latina* (Siglo XXI/UNAM) y *Sucesión pactada: la ingeniería política del salinismo* (Plaza y Valdés).

**Christa Cowrie.** Colaboró en el número 575.

**Aarón Cruz.** Véanse los números 550, Extraordinario II de 1998 y 576-577. En este año ha participado en las exposiciones colectivas: *Juguete arte objeto y Festival del Centro Histórico*, en el Museo José Luis Cuevas, y *Decimocuarta Semana Cultural Lésbico-Gay*, en el Museo del Chopo.

**Alberto Dallal.** Es director de la revista *Universidad de México* desde 1993. Escritor y periodista, es investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM desde 1975. Ha recibido diversos premios literarios y pertenece a importantes comités de evaluación y planificación académica. Su más reciente publicación: la cuarta edición, actuali-

zada, de *El "dancing" mexicano* (IIE-UNAM, 2000). La biblioteca del Centro Nacional de Danza Contemporánea en Santiago de Querétaro lleva su nombre desde julio de 2000.

dallal@servidor.unam.mx

**Saúl Kaminer.** En los números 550, 554-555 y 569 aparecen colaboraciones suyas. Desde 1997 es becario del Sistema Nacional de Creadores Artísticos del Fonca. En 1999 presentó las exposiciones *Les Chant des Sirenes*, Galería Claude Lemand (París), y *Crossroads*, Sazingg Fine Art Gallery (Miami); en este año, *Las voces de la tierra*, Casa Lamm y Galería Vértice (Guadalajara, Jal.).

**Irma Lombardo.** Colaboraciones suyas aparecen en los números 572 y 582-583.  
irmal@biblional.bibliog.unam.mx

**Felicitas López Portillo T.** Ha colaborado en los números 527, 534-535, 549, 556, 572, y 586-587.  
tostado@servidor.unam.mx

**Malcolm Lowry** (Inglaterra 1909-1957). Estudió filosofía en la Universidad de Cambridge (1929-1932). Vivió en México de 1936 a 1938. Se estableció en Cuernavaca, donde escribió la primera versión de *Bajo el volcán* (1947), considerada por la crítica su obra maestra y una de las grandes novelas del siglo XX. Otros de sus libros son: *Ultramarina*, *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo* y *Lunar Caustic*

**Nora María Matamoros Franco.** Véase el número Extraordinario II de 1998. Es autora del libro *Fenomenología: ontológica*

*explicación del mundo o los límites de la metafísica?* (UAEM).

noram@servidor.unam.mx

**Mónica Molina** (Rosario, Argentina, 1971). Periodista. Reside en México desde 1995. Entre otros medios, ha colaborado en los periódicos *Rosario 12*, *Desarrollo Zonal* (Argentina) y *Opcit* (México), en los suplementos *Revista Mexicana de Cultura* (*El Nacional*) y *Ovaciones en la Cultura*, así como en las revistas *Nexos* y *Los Universitarios*. Seleccionó el material de la *Primera antología de haikú infantil en Michoacán* (Frente de Afirmación Hispanista/Revista Norte). Participa en la redacción y edición de la revista *Confabulario, cuaderno de talleres*. Está en edición su poemario *Cielo subterráneo* (Ediciones Confabulario).  
nimo71@hotmail.com

**Dulce María Núñez.** Colaboró en los números 580 y 591-592.

**Pablo Padilla** (Ciudad de México, 1964). Licenciado en matemáticas por la UNAM y maestro y doctor en ciencias por el Instituto Courant de Ciencias Matemáticas de la Universidad de Nueva York. Es investigador del Instituto de Investigaciones en Matemáticas Aplicadas y Sistemas, UNAM. Ha desempeñado posiciones posdoctorales en el Instituto Politécnico Federal de Suiza en Zurich y en el Centro Internacional de Física Teórica en Trieste. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Actualmente es secretario general de la Mesa Directiva de la Sociedad Matemática Mexicana.  
pablo@uxmym1.iimas.unam.mx

**Felipe Posadas.** Colaboró en los números 550, Extraordinario II de 1998 y 576-577. Su exposición más reciente, *Otros freaks*, se presentó en la Galería del Sur (UAM-X, marzo 2000).

**Laura Quintanilla.** Véanse los números 556, Extraordinario II de 1998 y 576-577. En 1999 expuso en la Galería Óscar Román; la muestra se tituló *Estructuras del sueño*.

**Rubén Rosas.** Ilustró el número 575.

**Antonio Rubial García.** En los números Extraordinario de 1993 y 551 aparecen colaboraciones de su autoría. Sus libros más recientes son *La plaza, el palacio y el convento*. *La Ciudad de México en el siglo XVII* (CNCA) y *La santidad controvertida* (FCE/UNAM); además, es coautor de

*El héroe, entre el mito y la historia* (UNAM/CEMCA) y *Libro de historia universal de tercero de secundaria* (FCE).

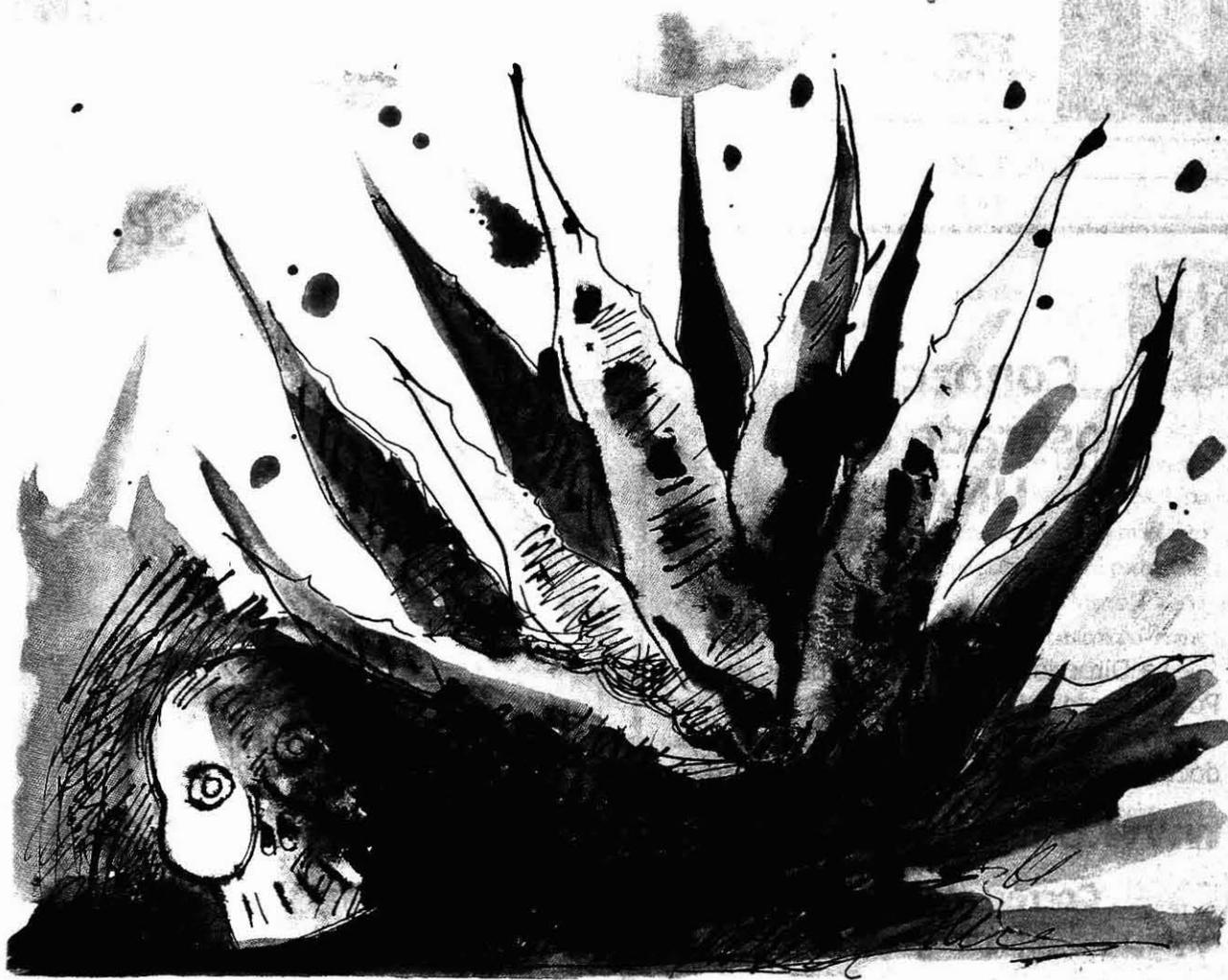
arubial@servidor.unam.mx

**Álvaro Ruiz Abreu** (Sánchez Magallanes, Tabasco, 1947). Crítico, escritor y biógrafo. Estudió ciencias de la comunicación en la Universidad Iberoamericana y el doctorado en letras hispánicas en el Colegio de México. Profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Es autor de, entre otros, *El puerto bajo la bruma* (novela, Cal y Arena), *Ciudad pintada en la ventana* (novela, Alfaguara), *José Revueltas. Los muros de la utopía* (UAM/Cal y Arena), *La ceiba en llamas: vida y obra de José Carlos Becerra* (Cal y Arena) y *Los ojos del paisaje. Tabasco en crónicas* (CNCA).  
rabreu@correoweb.com

**Margarita Suzán.** Colaboraciones suyas aparecen en los números 564-565, 581 y 590.

**Pedro C. Tapia Zúñiga.** Sus anteriores colaboraciones aparecen en los números 540, 566 y 586-587. Está en prensa su traducción de los *Fenómenos* de Arato (*Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, UNAM).  
ptapia@servidor.unam.mx

**Juan Tovar.** Ha colaborado en los números Extraordinario de 1993 y 554-555. Su obra dramática *El trato*, en colaboración con Joe Martin, fue publicada en la revista *Tramoya* (Universidad Veracruzana, número 56, julio-septiembre de 1998); también es autor de *Huaxilán* (El Milagro).



Rubén Rosas

Francisco **Toledo**



Arquitectura

Teodoro **González**



Cine

Javier **Rubio González**



Historia

Sergio **Hernández**



Poesía

Hugo **Gutiérrez Vega**



La cultura también se ve



Todos los sábados a las 18:30 hrs.

## Presencias del siglo: Diálogos entre generaciones

Una revisión de la dinámica y la transformación cultural en el México del siglo XX a través del pensamiento y las reflexiones de los grandes artistas del país, intelectuales y promotores culturales, en conversaciones con otras figuras destacadas de nuestra cultura.



Programación sujeta a cambios.



## PUBLICACIONES UNAM

**Argumentos trascendentales**  
*Isabel Cabrera*: Compilación  
Instituto de Investigaciones Filosóficas  
Colección Filosofía Contemporánea  
Serie: Antologías  
1999, 494 págs.

**Dinámica del sistema lechero mexicano en el marco regional y global**  
*Estela Martínez B.* y otros:  
Coordinación  
Instituto de Investigaciones Sociales  
Instituto de Investigaciones Económicas  
1999, 412 págs.

**El habla de Diego de Ordaz. Contribución a la historia del español americano**  
*Juan M. Lope Blanch*  
Instituto de Investigaciones Filológicas  
Publicaciones del Centro de Lingüística Hispánica 20  
1ª edición: 1985  
1ª reimpresión: 1998

**Utopística o las opciones históricas del siglo XXI**  
*Immanuel Wallerstein*  
*Adriana Hierro*: Traducción  
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades  
Colección El mundo del siglo XXI  
1998, 91 págs.

**Testimonios de arquitectura y diseño. Conservación y servicios 1997-1998**  
*Ernesto Velasco León*: Coordinación General  
Secretaría Administrativa  
Dirección General de Obras y Servicios Generales  
1999, 299 págs.

**Transiciones y diseños institucionales**  
*Maria del Refugio González y Sergio López Ayllón*: Edición  
Instituto de Investigaciones Jurídicas  
Serie Doctrina Jurídica 3  
1999, 432 págs.

Informes: Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial  
Av. del IMAN núm. 5, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México, D.F. Tel. y Fax 56 2265 82  
<http://bibliounam.unam.mx/libros> e-mail: [pfedico@servidor.unam.mx](mailto:pfedico@servidor.unam.mx)

Ventas: Red de Librerías UNAM



## Conozca el posgrado de la UNAM



Dirección General de Estudios de Posgrado

La Dirección General de Estudios de Posgrado de la UNAM le invita a conocer los programas de especialización, maestría y doctorado a través de su página de internet:

**[www.posgrado.unam.mx](http://www.posgrado.unam.mx)**

Correo electrónico:  
**[dgep@dgep.posgrado.unam.mx](mailto:dgep@dgep.posgrado.unam.mx)**

## Siga nuestra señal

**KEEP 1060 KHZ**  
**RADIO EDUCACIÓN**



**Nuestra frecuencia de amplitud modulada cada vez alcanza más destinos**

Estado de México, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, Aguascalientes, Zacatecas, Tlaxcala, Puebla, Veracruz, Hidalgo, Tamaulipas, Michoacán, Jalisco, Morelos, Guerrero y Oaxaca



## Fotografía de Luis Márquez Romay

Colección Luis Márquez Romay, Archivo fotográfico del Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM



Vista de capilla de hacienda cercana a San Miguel de Allende, Gto., c. 1932

Esta excursión obligada lo marcó profundamente: decide captar todo el esplendor de México con su cámara. Su compromiso con la fotografía lo llevó a ser uno de los fundadores del Sindicato de Cinefotógrafos, Fotógrafos y Similares (1928). Al principio de la década de 1930 conoce la obra de los fotógrafos Tisse y Alexandrov, del equipo de Eisenstein, que había trabajado en el sureste del país, y de ellos aprende la composición hierática.

Luis Márquez Romay (Ciudad de México, 1899-1978) nace y crece en el medio de la farándula de los últimos años del porfirismo, ya que su padre era el representante de Esperanza Iris. Al estallar la Revolución de 1910 sale del país con su familia y se instala en La Habana. Es en Cuba donde Márquez Romay se inicia en la fotografía; además, trabaja en el cine. El ambiente cultural en la joven República cubana es intenso, hay una búsqueda de identidad nacional y una preocupación por rescatar las tradiciones populares para hacer frente al largo periodo colonial recién superado y a la nueva y agobiante presencia de los Estados Unidos. En fotografía el florecimiento del periodismo permite que destaque la labor de los reporteros gráficos cubanos, que reflejan en sus placas preocupaciones sociales y políticas, sin duda inspirados por la Revolución mexicana y después por la Revolución rusa de 1917. Este ambiente influye a Márquez Romay al inicio de su carrera como fotógrafo. En 1921 regresa a México e ingresa al Taller de Fotografía y Cinematografía de la Secretaría de Educación Pública, encabezada por José Vasconcelos. Una de las primeras tareas como miembro del Taller fue acompañar al padre Canuto Flores, al etnógrafo Miguel Othón de Mendizábal y al musicólogo Francisco Domínguez a documentar una fiesta en el pueblo de Chalma. Aque-



C  
P  
Co  
Ce  
Pu